

RAPHAELIS LANDIVARI
RUSTICATIO
MEXICANA

EDITIO
ET

Revisio
Cura



CARA PARENS

Ensayos sobre
Rusticatio Mexicana

Ed. Lucrecia Méndez de Penedo

CARA PARENS

UNIVERSIDAD RAFAEL LANDÍVAR

Rector

Rolando Alvarado López, S.J.

Vicerrectora Académica

Lucrecia Méndez de Penedo

Vicerrector Administrativo

Ariel Rivera Irías

Vicerrector de Integración Universitaria

Eduardo Valdés, S.J.

Vicerrector de Investigación y Proyección

Carlos Cabarrús, S.J.

Secretaria General

Fabiola Padilla de Lorenzana

© Cara Parens

Publicación Universidad Rafael Landívar, 2009

Edición

Lucrecia Méndez de Penedo

Revisión de textos

Francisco Morales Santos

Diseño de portada

Diego Penedo

Impresión

Ediciones Papiro, S.A. Guatemala.

info@edipasa.com

© Universidad Rafael Landívar

Campus Central, Vista Hermosa III, Zona 16

PBX. 2426 2626 Ext. 2102

www.url.edu.gt

Ciudad de Guatemala, República de Guatemala

ISBN 978-99939-949-9-2



Rafael Landívar y Caballero
(1731 - 1793)

ÍNDICE

Presentación	
<i>Rolando Alvarado, S.J.</i>	9
Introducción	
<i>Lucrecia Méndez de Penedo</i>	11
Canto a Guatemala	
Traducción en verso de <i>Benjamín Moscoso</i>	13
Exhortación a los jóvenes	
Traducción del latín de <i>Octaviano Valdés, S.J.</i>	17
La religiosidad en la <i>Rusticatio</i>	
<i>Antonio Gallo, S.J.</i>	19
De la catástrofe a la utopía posible en la <i>Rusticatio Mexicana</i>	
<i>Lucrecia Méndez de Penedo</i>	35
Poesía, ciencia y utilidad: la <i>Rusticatio Mexicana</i> de Rafael Landívar entre instrucción y deleite	
<i>Stefano Tedeschi.</i>	65
Nuevos asedios a la <i>Rusticatio Mexicana.</i>	
<i>Francisco Albizúrez Palma</i>	85
Autores	141
Apéndice	143

Presentación

SOLEDAD Y COMUNIÓN

Rolando Alvarado, S.J.
Rector

Fue Octavio Paz quien hace varias décadas señaló que en los poetas líricos tiende a darse un tránsito de la soledad a la comunión. De la vivencia de abandono, de conciencia de individualidad herida, de destierro de raíces, de disolución de relaciones, de ruptura interior, el poeta aspira y exhorta con su expresión y su palabra, a rehacer y retejer las pertenencias y los lazos más hondos, decisivos y apremiantes. Rafael Landívar, en su emblemática obra *Rusticatio Mexicana*, escrita desde el exilio de su querida y añorada Guatemala, puede ser considerado como comprobación palpable de esa experiencia. La desesperación, el dolor y la melancolía, se tornan en su largo poema, canto, elogio y alabanza.

La transformación en palabra poética, en constelación de imágenes, en universo de metáforas, de tan humana y crucial experiencia, convierte en poetas clásicos a quienes lo logran. Rafael Landívar lo es y lo seguirá siendo. Releer y acudir de nuevo a su conocida y, a un mismo tiempo, desaprovechada obra, nunca deja con las manos vacías. Siempre encuentra el lector un nuevo aspecto, una nueva luz sobre temas y situaciones que, desde su particular presente, extrae del pasado, mediante un diálogo enriquecedor con el poeta, posibilidades y recursos para afrontar con coraje y dignamente su presente y para trazar utópicamente su futuro. Este es el principal motivo de la edición de este libro que tenemos en nuestras manos. Invitarnos a retornar a un clásico.

Retorno interesado, qué duda cabe, en cuanto que se realiza con la intención de explorar y encontrar respuesta a inquietudes y preguntas específicas. Los cuatro autores del libro, profundos conocedores de la vida y de la obra de Landívar, nos hacen de guías para que nuestro nuevo acercamiento a él resulte novedoso y

fructífero. Agradezco la empresa realizada por los cuatro pensadores y felicito a Santos Pérez, S.J., quien tuvo la feliz iniciativa de convocarlos solicitándoles su correspondiente estudio.

Otro poeta, el alucinado y alucinante Rimbaud, afirmó que la “poesía quiere cambiar la vida”. En su caso, la tornó aventura continua, un viaje en ocasiones grato y apasionante y, en otras, quizá en la mayoría, escabroso y sin rumbo. Landívar, sensible y sensibilizador, también pretende cambiarnos la vida con su dilatado poema. A él le ayudó a sobrellevarla, a encontrar consuelo y encontrarle sentido. A nosotros, guatemaltecos y/o residentes en estas tierras, nos invita a reconocernos habitantes de un lugar rico y bello, a cuidar de él cultivando todo aquello que lo pueda tornar en hogar y morada. Desterrando actitudes, como personas y como pueblo, que lo deterioren y dañen, y que a nosotros nos empujen al despeñadero de la violencia, la inseguridad, la degradación y la indigencia. Por supuesto que su invitación es utópica, pero no ilusoria o falsa. Es una exhortación impregnada de esperanza, de realismo impulsado por la convicción de que en ello laten la actuación y la gracia divinas; de realismo apoyado en las cualidades y capacidades que poseemos como personas y como colectividad culturalmente diversa.

Lucrecia Méndez propuso que la Universidad editara el libro con ocasión de su cuadragésimo octavo aniversario. Oportuna propuesta. Esta Universidad lleva en su nombre, Rafael Landívar, la concreción y el horizonte del humanismo al que aspira, un humanismo en el que la naturaleza y la historia, la ciencia y la filosofía, la técnica y la ética, la economía y la literatura, la política y el derecho, la psicología y la sociología, la comunicación y la administración; en fin, la razón y la fe, comulguen entre ellas, se integren, se complementen, se desafíen y se abracen. Humanismo del siglo XXI, donde la soledad sea repliegue en uno mismo y no aislamiento forzado, y la comunión sea entendimiento y atención mutua y no uniformidad o asimilación injusta.

Introducción

Lucrecia Méndez de Penedo

Editora

La *Rusticatio Mexicana* presenta muchas posibilidades de lectura. El texto poético, considerado como una de las obras más altas de la poesía neolatina americana, puede abordarse desde múltiples perspectivas dada su riqueza y variedad temática, fruto de la visión de un incipiente sujeto criollo dentro y fuera de las tierras del Nuevo Mundo. Pero también por el original uso de las estrategias propias de la escritura de la corriente neoclásica del siglo XVIII, que Landívar manejó con igual o superior maestría a los europeos.

La iniciativa de elaborar un volumen dedicado al poeta guatemalteco surgió del P. Santos Pérez, S.J., quien fuera Rector de la Universidad Rafael Landívar. El P. Rolando Alvarado, S.J., actual Rector de esta Casa de Estudios, dio su apoyo para que se realizara una edición del presente volumen con ocasión del XLVIII aniversario de fundación de esta institución. Para la edición, se contó con la valiosa colaboración de la Licda. Ana Echeverría, de Artes Landívar.

Esta publicación se propone manifestar el sostenido interés de nuestra universidad por ahondar en una obra que puede constituir un rico material de consulta no solo estética sino ética para los tiempos que corren. Y sobre todo, dirigido a la juventud que desde las áreas periféricas debe enfrentar los retos de un mundo globalizado y tecnificado para construir creativamente un futuro más justo y propio.

Los cuatro estudios son obra de investigadores de literatura colonial y de la figura y obra del ilustre jesuita. Los abordajes son diversos, pero complementarios ya que persiguen descifrar los varios niveles que tiene la obra: sociológico, histórico, antropológico, cultural, estético. El volumen, pues, presenta cuatro posibles lecturas de este poema fundacional de las letras y de la identidad mestiza de

lo que ahora es Guatemala. Pero además incursiona en una obra de la importante producción realizada por la diáspora jesuita del siglo XVIII, que constituye el primer grupo de intelectuales americanos exiliados. Desde lejos, ya arrancados de raíz de sus tierras, los jesuitas expulsos crearon discursos simbólicos que imaginan América no solo para los europeos de entonces, sino para los americanos de entonces y de ahora.

Guatemala, 4 agosto, 2009

URBI GUATIMALAE

Rafael Landívar

Salve, cara Parens, dulcis Guatimala, Salve,
delicium vitae, fons et origo meae:
quam iuvat, Alma, tuas animo, pervolvere dotes,
temperiem, fontes, compita, templa, lares.
Iam mihi frondosos videor discernere montes,
ac iugi virides munere veris agros.
Saepius in mentem subeunt labentia circum
flumina, et umbrosis litora tecta comis:
tum vario cultu penetralia compta domorum,
plurimaque Idaliis picta vireta rosis.
Quid vero, aurato repeto si splendida luxu
Serica, vel Tyrio vellera tincta mari?
Haec mihi semper erunt patrii nutrimentum amoris,
inque artis rebus dulce levamen erunt.

Sed fallor: placidam, ah! versant ludibria mentem,
illiduntque animo somnia vana meo!
Nam quae arces, nagnique caput spectabile regni
Urbs fuerat nuper, nunc lapidum cumulus.
Non aedes, non templa manent, non compita genti,
nec qua tuta petat culmina mentis habet.
Omnia praecipiti volvuntur lapsa ruina,
ceu Iovis alatis ignibus icta forent.
Quid tamen haec doleo? Surgunt iam celsa sepulcro
limina, se tollunt ardua templa polo.
Flumine iam fontes undant, iam compita turba,
iamque optata venit civibus alma quies.

Scilicet, ut Phariae volucris, felicior urbi,
e proprio rursus pulvere vita redit.

Gaude, igitur, rediviva Parens, Urbs inclita regni,
excidioque novo libera vive diu:
et clarum subita partum de morte triumphum
laudibus ipse tuum promptus in astra feram.
Interea raucum, luctus solacia, plectrum
Accipe; sisque loco muneris ipsa mihi.

A LA CIUDAD DE GUATEMALA

¡Salve, añorada patria, dulce Guatemala, salve,
Amor, fuente y origen de mi vida,
Cuánto deleita al espíritu, oh Patria, recordar
tus atributos: el clima, las fuentes, las calles,
los templos, las mansiones!
Ya me parece contemplar los frondosos montes
y los verdes campos, don de tu eterna primavera.
Con frecuencia vienen a mi recuerdo los ríos
que serpentean por todas partes
y sus riberas cubiertas de sombríos árboles.
Asimismo, los interiores de las casas, embellecidos
con variada ornamentación multicolor,
y muchísimos jardines cultivados con las rosas de Idalia.
¿Y qué tal si hago memoria de las resplandecientes
sedas de lujoso dorado o de los vellocinos
decorados en el mar de Tiro?
Estos recuerdos alimentarán siempre mi amor a la Patria
y serán para mí dulce alivio en la crucial tribulación
Pero ¡ay! Me equivoco: inquieta mi apacible ánimo la
imaginación falaz y vanos ensueños burlan mi espíritu.
Pues la ciudad que hasta hace poco fuera fortaleza y
gloriosa capital de noble reino,
ahora es un promontorio de piedras.
A la población no le quedan ni casas ni templos,
ni calles ni por donde, segura, dirigirse a las
cumbres de la montaña.
Todo se derrumba convertido en rápidos escombros,
como si fuera embestido por los alados rayos de
Júpiter.

Pero ¿por qué me afligen estas cosas? Ya se levantan
del sepulcro las altas moradas y se elevan al cielo
los imponentes templos.

Ya los manantiales se convierten en ríos; la multitud
ya llena las calles, y llega ya a los ciudadanos la
deseada amada paz.

En verdad, como ave fénix, de su propio polvo
vuelve de nuevo a la ciudad una vida más feliz.

Así, pues, alégrate renaciente Patria, célebre ciudad
del reino.

Que perdures por largo tiempo libre de una nueva
destrucción.

Y yo mismo, con mi canto, elevaré pronto hasta las
estrellas tu esclarecido triunfo, nacido de
imprevista muerte.

Entre tanto, acepta la inspiración profunda,
consuelo en el dolor, y tú misma, en cambio, seas
corona de laurel para mí.

Traducción: Benjamín Moscoso,
Universidad Rafael Landívar

EXHORTACIÓN A LOS JÓVENES

Aquí tienes, juventud que floreces con el fervor de la primera edad, a quien la naturaleza concedió gozar un clima benigno, deleitar el oído con las aves y contemplar sus bandadas disparándose a través del espacio con sus alas polícromas, y a quien vastamente el campo ofrece verde esplendor de balsámicos gramales, siempre deslumbrantes de flores; aquí tienes los cantos con que me esforzaba en engañar las penas torcedoras y los ocios, a las orillas del impetuoso Reno. Aprende a estimar en mucho sus fértiles tierras, a explorar animosamente y a investigar con paciente mirada las riquezas del campo y los excelente dones del cielo. Sea otro el que vaya por las campiñas, doradas por el sol con desapercibidos ojos, como los animales, y dilapide indolente todo el tiempo en juegos. Más tú, que posees gran agudeza de entendimiento, despójate de las antiguas ideas, vístete ahora con las nuevas, y resuelto a descubrir sagazmente los arcanos de la naturaleza, ejercita la búsqueda de todas las energías de tu ingenio, y con gustoso trabajo descubre tus riquezas.

Traducción del latín de Octaviano Valdés, S.J.

LA RELIGIOSIDAD EN LA *RUSTICATIO* DE RAFAEL LANDÍVAR

Antonio Gallo, S.J.
Universidad Rafael Landívar

Introducción: el espíritu de Landívar

¿Es religiosa la *Rusticatio*? Esta pregunta, por sí, no es necesaria, por tratarse de una descripción de la Naturaleza y de las costumbres de los habitantes de América, que pretende ser científica, en el sentido objetivo de las ciencias experimentales, como geografía, agricultura, minería o ganadería. Sin embargo para quienes conocen la historia y el carácter de Landívar, es una pregunta importante, en el cuadro entero de su vida de sacerdote y de jesuita, y de su actitud de poeta. A lo largo del poema hay suficientes elementos de religiosidad, que inducen la sospecha de que una intención de profunda espiritualidad transcurra por los quince cantos, como para darles el color de una reivindicación de la fe en América, a la par de que se exaltan sus bellezas y sus destrezas humanas.

Resulta así una naturaleza de grandes horizontes y posibilidades, y además animada, en sus valores e ingenio, por la presencia transparente de la divinidad: un mundo en que Dios está presente.

El poema se sitúa por los últimos años de vida de Rafael Landívar en la ciudad de Bolonia, en una condición económica y psicológica de extrema tensión del ex rector de San Borja, ex ciudadano desterrado, y por fin, ex jesuita a partir de 1773, hasta su muerte en 1793. Conociendo el lado intensamente religioso, de estudioso de las Escrituras, de consejero moral, de su práctica diaria en la parroquia delle Muratelle, de su interés por esta comunidad religiosa y la participación en sus fiestas, nos resultaría extraño no encontrar, en el poema de sus recuerdos de América, la presencia del espíritu religioso. Es necesario revisar su vida para tener una idea exacta del contexto en que nació el poema y su lado religioso.

La existencia de Rafael Landívar se divide fácilmente en cinco etapas. La primera es la de la adolescencia y el estudio universitario de filosofía, la del sabio precoz, en la ciudad de Santiago (por diecinueve años, 1731- 1750). La segunda es la de su preparación de jesuita en Tepozotlán y México para el noviciado, el estudio de teología, y la brillante actuación de profesor en los colegio de Puebla y México, así como la actividad de evangelización en ciudades y aldeas de esta región (por once años, 1751- 1762). La tercera es la del regreso a Guatemala, la dirección de la Congregación Mariana, de los universitarios de San Borja, de la predicación en las iglesias, la asistencia a los condenados en la cárcel de Santa Teresa (seis años, 1762-1767). La cuarta es la del destierro violento, expulsión de todos los territorios del reino español, búsqueda de una tierra hospitalaria y aterrizaje en Bolonia con un grupo de compañeros, algunos maduros y otros jóvenes estudiantes, su papel de rector en la casa de La Sapienza (seis años, 1767-1773). La quinta es la de la deshonra, del anonimato, posterior a la bula de supresión de la Compañía de Jesús, con la exclusión de toda actividad religiosa pública, hasta su muerte (veinte años, 1773-1793).

Vista así en sus cinco rígidas etapas, se parece a la cronología de un condenado, por ocultos crímenes, en su trayectoria hacia el abismo que lo espera al final. Desde la amplitud feliz del continente mexicano, a la pequeña y aldeana Guatemala, hasta la estrechez de un barco, y el final de sus días en un domicilio coacto, en una suite del palacio Albergati: en la nada. Los últimos veinte años marcan el carácter y la labor de Landívar. Su ser de no-jesuita, disperso, como sus compañeros. El aislamiento equivalía a un castigo, lo hacía sospechoso, indeseable, culpable de misteriosas intrigas. De hecho, uno de sus ex compañeros y amigos, el español Padre Isla, autor del ya famoso e iconoclasta, *Fray Gerundio de Campaças*, por alguna irrefrenable y chistosa agudeza, lanzada a la autoridad eclesiástica, terminó, por un mes, en la cárcel. Es el momento de la gran ruptura; Landívar se calla, pero en su alma herida brota un lamento que busca una forma de expresión. Desde el año de 1773 al 1780, en ocho años nacen los primeros 3327 hexámetros listos para la edición de Módena. Landívar no está dispuesto a desaparecer en la nada; la armonía y fluidez de sus versos lo aproximan a Virgilio, Horacio y Tibulo de

las “trisita”. Pero tampoco desaparece como cristiano y devoto de la Virgen.

Del año de 1773 al 80, la congoja y la humillación encuentran un camino de rescate en la nueva actividad de poeta geórgico y vate de América. Landívar evita cuidadosamente hacer intervenir en el poema personajes que puedan ser interpretados como una crítica a las autoridades civiles o religiosas, o de protesta contra las disposiciones de la Iglesia. No le queda más que cantar la pura naturaleza física y los hombres vinculados a la tierra, indios o españoles, implicados en los cultivos, cacerías, juegos, o en la elaboración de los productos. Su poesía, en tal atmósfera, encontraría un límite que no podía rebasar. Pero el poeta sacerdote logra romper este techo y elevarse a horizontes celestiales en dos tipos de ocasiones.

En primer lugar, la introducción de fenómenos extraños, cuya maravilla revela la fe religiosa de las poblaciones: gestos, monumentos, ceremonias, sentimientos y sitios sagrados. En segundo lugar, la creación de un horizonte místico que anima la naturaleza que le confiere un carácter sagrado, por la adopción de la cultura clásica, con la intervención de dioses y diosas, ninfas y héroes, de la tradición grecorromana, bíblica y mitológica.

En ambos casos la religiosidad de Landívar es disfrazada. Su participación en las fiestas, ceremonias, emociones, no rebasa la objetividad de mirada de un turista; conserva la indiferencia y la objetividad del cronista que apunta los fenómenos de una cultura extraña o del historiador que se limita a registrar hechos con la máxima objetividad. En la referencia a las divinidades de la cultura clásica, el disfraz es más completo. Con la invocación de dioses paganos, el poeta hace intervenir poderes mediadores, más integrados a las fuerzas del mundo físico: bosques, animales, fuego, vida, trabajo, deporte; que con las energías del mundo superior: cielo, alma, mente, justicia y libertad.

El disfraz domina, entonces, en ambos lados del poema, oscureciendo un impulso espiritual que transfigura la simple exaltación orgullosa de las energías materiales de América, y la convierte en lo que fue en realidad, un hervidero de luchas entre las tradiciones místicas y salvajes, previas a la conquista y la práctica

litúrgica, la organización de las cofradías, y parroquias, de la evangelización misionera. Aparentemente, la preocupación por la precisión científica lo obliga a renunciar a toda clase de interpretación personal, según la guía de sus modelos latinos, para conservar la sintonía entre el lenguaje latino y los conceptos de la poesía clásica. Esto le evita tomar posición frente a los conflictos políticos, culturales y religiosos, subyacentes a una esplendorosa apariencia.

Primera parte: la cruz entre las aguas

Para entender el sentido religioso de la *Rusticatio*, me colocaré junto a Landívar a orillas del río Reno que transcurre por el lado oriental de la ciudad de Bolonia. Está fuera de la puerta de la ciudad por la cual tenía inmediato acceso a la calle donde se situaba el palacio de los marqueses Albergati y la pequeña iglesia delle Muratelle, de la cual arrancaba ininterrumpido el largo porticado que asciende a la colina y que la conecta con el santuario de la Virgen protectora de la ciudad. De este punto arrancan los parámetros de la vida y de los movimientos de Landívar en sus últimos veinte años: los barrotes de una cárcel invisible pero real. En el año de 1773 Landívar acaba de enterarse de que su orden religiosa, la Compañía de Jesús, ha sido brutalmente disuelta por autoridad del Papa. La bula de supresión reduce a los miembros de la Compañía a sacerdotes condenados. Está prohibido que se reúnan, solo es permitido un culto privado. Excluida toda actividad evangelizadora, ministerio de predicación y de los sacramentos públicos.

Este fue el golpe mortal que alcanzó a cada jesuita y en modo especial a Landívar sin posibilidad de recurso para defender su inocencia. No es extraño que en el poema haga repetidas alusiones a su disgusto por el miedo que le impide una protesta pública en su condición de víctima. Frente a las aguas mansas del Reno, Landívar repasa la historia de su vida como de un decaimiento por gradas hasta el fracaso total. Cuando descubre el temor a manifestar sus desgracias, no asume una actitud retórica, ni se expresa con énfasis barroco, simplemente se atreve a proclamar su tristeza real.

Recuerda la adolescencia en Guatemala, en una familia pudiente, los privilegios que abreviaron los años de sus estudios y la simpatía

atenta de sus educadores, admirados de su inteligencia despierta. Diecinueve años felices, entre 1731 y 1750, a pesar de las incógnitas sociales y económicas y las destrucciones del terremoto de 1745. Su condición de precoz licenciado en filosofía lo colocaba entre la juventud dorada de este país. La *Philosophia Bellatrix* de su maestro Miguel Gutiérrez le advertía de la intrusión del positivismo de Benthan y de Comte, y esta no tuvo que ser de las últimas razones que lo indujeron a entrar a la Compañía de Jesús: la fe iba de la mano de la razón.

Se encuentra en México, en el segundo período de su vida, en su esplendorosa humanidad: primero en Tepozotlán para el noviciado, luego estudiando teología y por fin su profesorado en el colegio de Puebla, y en el de la ciudad capital, junto a la hermosa iglesia barroca de la Compañía y con su brillante examen final para conseguir el doctorado en teología. Fueron diez años de actividad desbordante en su campo cultural: de poesía, teatro con los jóvenes estudiantes, y de servicio pastoral, más allá de los límites de la capital. Diez años en la plenitud de vida sin excesivas cargas de responsabilidad y gozando el sofisticado ambiente cultural de Diego José Abad y de Sor Juana de la Cruz, así como del encendido fervor religioso del pueblo mexicano. México se abre delante de su ministerio por diez años como el gran mundo, cargado de oro y plata, abierto a los máximos horizontes, desde sus lagunas a los campos feraces en productos y ganados, como la planicie del Jorullo. Guatemala se le hacía lejana y pequeña como una región provinciana, y su capital Santiago, encajada entre tres volcanes. Es natural que ahora cobre en su espíritu una amplitud gigantesca, llena de todas formas de portentosa existencia. ¿Quién no moriría de nostalgia entre las diurnas nieblas y lluviosas riveras de Bolonia?

Se ve, en su regreso a Guatemala en 1761, que solo tenía 30 años. Y dio comienzo a su edad de madurez como consejero espiritual de distinguidas familias, Director de la Congregación Mariana, predicador y asistente de los condenados de la cárcel de Santa Teresa, y rector del Colegio Universitario de San Borja. ¿Había sido dura esta época? ¿Los jesuitas no gozaban de la simpatía de las demás órdenes religiosas, quizás por su influjo en familias de clase elevada, o por su rechazo de las ideas liberales, o su moral altamente crítica?

Las relaciones con la Universidad de San Carlos Borromeo fueron tensas, por las diatribas sobre el método experimental. Fue el tiempo de su total entrega a la vida espiritual devota y cultural.

El gran protector de los jesuitas, el Arzobispo Figueredo, había fenecido, y Landívar fue encargado de su elogio fúnebre. En su lamento vibraba el eco de la amenaza que se cernía sobre la Orden. Los jesuitas habían sido ya expulsados de Francia y de Portugal. El cielo se veía cargado de nubes amenazadoras. El regreso de México a Guatemala había significado una caída como desde el cielo a la tierra. Allí las amenazas habían transformado su actividad en un riesgo constante. Un compañero con el cual visitaba a los presos había sido asesinado por dos condenados a muerte. Él se había salvado solo por casualidad, por haberse ausentado ese día; pero el golpe a su extrema sensibilidad lo había enfermado. Más abajo solo le esperaba un abismo. Y esto aconteció con la decisión del rey español de expulsar a los jesuitas de todos sus dominios. El punto final se había fijado en Guatemala en 1767, y con eso había empezado el tercer período de su vida: la expropiación y el destierro.

Transportados en diferentes barcos, en busca de un puerto que los aceptara, habían desembarcado en la isla de Córcega, y finalmente en ciudades autónomas de los estados pontificios. Entre graves limitaciones los compañeros se habían reunido nuevamente colocándole como superior de una residencia para seguir preparando jesuitas jóvenes: seis años sin patria y sin recursos. La enseñanza y la actividad de estudio personal habían permitido sublimar la amargura de la humillación, y dado a estos años una modesta apariencia de dignidad, para justificar una vida que parecía cada día más precaria: de inmigrantes indeseados, apátridas. Todo ello gracias a su fidelidad a una vocación de fe: la religiosidad de Landívar se expresaba en las obras de cultura y de piadosa colaboración con el clero local. Pero había llegado el día en que también estas habían sido prohibidas.

Fue la bula de supresión de la Orden, de 1773 la que precipitó a Landívar al fondo de la desesperación. Primero de ciudadano a emigrante, y ahora de emigrante a inexistente, condenado sin previo juicio, sin derechos civiles, ni eclesiásticos. Este era el final de su larga carrera hacia el fracaso. Empezaría su existencia de no-existente, de no-Jesuita de no-eclesiástico, de religioso no-religioso. Fue el año

de la gran ruptura: un camino hacia la muerte, que duraría veinte años. Landívar, viendo correr el río, en su soledad regresa a sus días de América, a su patria chica, Guatemala, a la turba alegre de los fieles, fiestas y santuarios del nuevo mundo: veinte años de soledad y de suspiros, que estallan en un canto; por esto su poema, declaradamente científico, es también un poema religioso.

Entonces nace la idea de la *Rusticatio*, de una descripción minuciosamente objetiva, en la que la religión entra como a escondidas por sus expresiones más visibles y populares. Dios preside, por transparencia, todos los fenómenos naturales, y la fe cristiana es observada, aunque sea con la maravilla de un visitante. Landívar se sumerge en la poesía clásica del mundo natural. Lee y escudriña a Virgilio, Horacio, Lucrecio, Tibulo y Catulo. Se apodera del lenguaje y del ritmo latino y de sus expresiones técnicas que describen con precisión los fenómenos del tiempo y las formas de vida del campo. Entre 1773 y 1780 transcurren siete años llenando su soledad con toda clase de cultura, al mismo tiempo que presta sus servicios de religioso a la pequeña parroquia delle Muratelle y sigue cultivando las sagradas escrituras. Son dos dimensiones que le impiden morir del todo.

Pero Rafael Landívar no ha muerto. Tiene cuarenta y dos años, en la fuerza de su madurez levantará un monumento impercedero a su patria y a su fe. Se apodera de la técnica y del espíritu de la latinidad y quiere demostrar al mundo el valor humano de una cultura que todavía puede hablar al hombre científico del presente. Los compañeros se han ido, diseminados por decreto superior. Clavigero se ha entregado a la historia de México, Abad a la literatura, Astete a los comentarios históricos, y el Padre Isla, liberado por fin de la cárcel, ha sido recogido por unos amigos piadosos. La soledad es completa, y los fantasmas seductores de las maravillas de América llenan sus noches. Solo le queda la riqueza espiritual de su asistencia a los feligreses de las Muratelle y el deseo de rescatar ante el mundo las riquezas humanas y de fe del continente americano.

Los italianos que lo conocen, laicos y sacerdotes, lo tienen en la más alta consideración. En el palacio de los Albergati ocupa una pequeña suite que una pareja de ancianos cuida con todo esmero, y éstos le serán fieles hasta la muerte. Su vida espiritual le impide caer

en la depresión y la *Rusticatio* será su sueño en el desierto. Cada día perfecciona más su técnica versificadora en hexámetros virgilianos. El poema es construido como un análisis acucioso de las riquezas naturales de América y la laboriosidad de sus habitantes. Pero esta naturaleza es iluminada de reflejo por una población que profesa una ética y costumbres cristianas. Landívar dice a los sabios de Europa que América es cristiana. Pero lo dice disfrazadamente, exceptuado algunos episodios, como el de la cruz en el lago y el de la Virgen de Guadalupe. Además tienen sentido religioso sus dolorosas exclamaciones de los primeros versos. (18-27)

Debiera, confieso, con fúnebre peplo mi alma
enlutar, e inundarme los ojos de llantos amargos

No es la lejanía de su tierra la que causa tan grave sufrimiento, en su verso está presente entero como poeta y como sacerdote.

Mi vida y mi pecho serán prisioneros de llanto profundo.

Pero no puede manifestar abiertamente la naturaleza de su dolor que resume toda su historia y su frustración religiosa, que a gritos debería pedir justicia a las autoridades eclesiásticas y políticas, lo cual se da por imposible:

Mas me siento obligado a ocultar este gran dolor

El verso 25 expresa con precisión el momento subsiguiente a la disolución de la Compañía y su decisión de sublimar el dolor con el canto:

Subir hasta la cumbre del Pindo escarpado.

Lo cual significa recorrer con la poesía los territorios del gran continente americano y revestir su poesía con las metáforas y los ritmos de los antiguos clásicos.

Y al maestro de Musas llamaré suplicante a mi empresa

No especifica cuál es este maestro, que puede ser Apolo en el mundo griego o bien la Divina Sabiduría de la fe cristiana. A ambas se refiere el verso siguiente:

Que a veces el pecho doliente reclama consuelo.

No es la simple nostalgia de una patria perdida, ni se lamenta por las condiciones de pobreza y el abandono del destierro. Lo que hiere su alma es la triste degradación de su personalidad religiosa de cara al mundo y de cara a Dios. Por esto la idea de Dios expresa o latente siempre anima su canto. Por esto la primera imagen impresionante de sus recuerdos es la cruz de mármol sepultada entre las aguas de la laguna de México. Vista a distancia desde el fluir del agua del Reno, lo transporta a la luminosa claridad de la extensa meseta mexicana y al centro del espejo de aguas cristalinas de la laguna.

Circúndala varias lagunas de vítreas aguas (I, 37)

El espejo es un inmenso ojo de aguas mirando al cielo entre dos ciudades:

Junto a ellas en playas frondosas se yerguen dos villas (I, 49)

Entre Chalco y Texcoco, en el medio, la gran laguna de escasa profundidad, y de agua transparente. Alrededor está la gran planicie, y más lejos las montañas que cierran el horizonte. Esto es México, amplia región de América, un lugar feliz de vida y riquezas innumerables. En el centro del lago un surtidor de agua turbulenta brota desde las entrañas de la tierra. Sobre el espejo navegan delgadas canoas de pescadores y flotan las calabazas de los indios cazando patos y se desplazan las balsas de campos flotantes. ¿Qué significa esta extraordinaria visión? Es una síntesis de un extraño mundo: en el fondo del agua está sumergida una cruz de mármol tallada en la roca: es el centro del centro, el alma espiritual de América.

El símbolo de la fe cristiana descansa en el agua con la fuerza de la piedra que desafía el tiempo. Este mundo ha sido bautizado. Alrededor de este ojo luminoso giran las maravillas de la naturaleza y las creadas por la actividad humana. Indios y españoles la rodean, unificados por este signo cristiano. La cruz de piedra no es solo un símbolo, curiosamente depositado en el fondo, en el corazón del espacio. Es la consagración de la tierra, liberada de la violencia de la conquista y elegida como guardiana de la paz, fuera del tiempo, en la proyección de los siglos.

Insigne muy raro prodigio, de fama perpetua (I,116)

Para dar contexto al prodigio, Landívar lo coloca al lado de surtidores mitológicos como la fuente Castalia en Delfos o del dios Zeus-Amón la divinidad arcaica de Libia y Egipto, y como aquellas, duradera en los siglos. Con esto el poema entero es colocado bajo el signo de la cruz.

Segunda parte: temblores y terremotos

El segundo episodio de inspiración religiosa nos obliga a regresar junto al poeta sentado en la ribera del Reno. Un reciente temblor que ha sacudido la entera ciudad de Bolonia, lo regresa a los terremotos americanos, y la extraña aparición de un volcán en la llanura del Jorullo, cuyo recuerdo intensifica su tristeza.

Así modulando intentaba yo mismo engañar mis cuidados
cabe al Reno que corre vagante a través de las vegas, (II, 300)

La descripción de la explosión volcánica del Jorullo en México fue un recuerdo, pero ahora la tierra tiembla en Bolonia, y Landívar asocia los dos fenómenos buscando la causa de los terremotos en las energías químicas, subterráneas, el fuego, el azufre y el betún que en su explosión intenta salir al aire. Sin embargo, Bolonia está vinculada con la Virgen de San Lucas su protectora, un santuario situado en la colina cercana a la puerta de la ciudad por la cual sale el poeta y está conectada por un largo pórtico que protege a los devotos hasta la entrada del templo. La Virgen es la guardiana y contempla la ciudad desde lo alto. El poeta la interpela directamente. —”Oh Virgen Jesenia, la ciudad no debe temer el desastre del terremoto,”

Si abrumando incesante tus aras de ofrendas perpetuas
te rinde sumisa los más merecidos honores, (II, 347)

La invocación a María termina con una súplica devota:

Ea pues, Virgen Madre, socorre este pueblo que implora;
auxilia y consuela propicia la urbe gimiente: (II, 350)

El poeta ve en el miedo al temblor que agobia la ciudad un reflejo de su propia vida destruida. Pero al mismo tiempo indica el camino

para encontrar seguridad y consuelo: la devoción a la Virgen, protectora de la ciudad y de él mismo. En ambos casos hay una fe que es común a los habitantes de la ciudad y al propio poeta, por lo cual unifica en un solo canto ambas devociones.

...guardando en su pecho tus dones,
por siempre tu heraldo doquiera será por el orbe. (II, 355)

Este temblor cercano lo transporta a los terrores de la erupción de un volcán en la región del Jorullo. La maravilla terrorífica del Jorullo y el terremoto de Bolonia se convierten, en el corazón doliente del poeta, en ocasión para exaltar la fe de los campesinos mexicanos, apiñados cerca de su iglesia, como los boloñeses confían en la protección de María. También en el Jorullo hay un centro de culto al que acuden aterrorizados los trabajadores en la hora de los temblores.

Junto a ella surgía el recinto de templo pequeño
que antigua piedad adornara profuso con oro,
y que honró con su culto constante la gente devota. (II, 62)

El pueblo acude al sacerdote quien comparte con ellos la ruina general y los exhorta a huir del estallido de la tierra. Todo fue destruido por la fuerza de un volcán que va surgiendo a la vista, en el centro de la gran llanura, destruyendo todos los edificios del pueblo.

Y también hasta el templo de sólido mármol construido
parecía elevarse al hincharse la tierra hacia arriba. (II, 138)

Pero la población confía en las palabras del sacerdote. Este los exhorta a dejar prejuicios y supersticiones frente a los desastres naturales y a confiar en la protección divina, para que con su ayuda puedan regresar a sus campos.

¡Ay! –dice– huyamos de fúnebre ruina: que el cielo
permite y persuade la huida., (II, 154)

Con penas se renueva la actividad del campo, pero no han cesado los temblores.

Una turba de muchos pastores, después de calmado el temor
caminaba muy triste de vuelta a los campos paternos. (II-239)

Y al fin del extraño subvertirse de la tierra, y las aguas sulfúreas, se restablece un clima más favorable que el anterior, y las aguas son más templadas.

Sino que ganados y gente se gozan del clima benigno (II, 295)

A pesar de que la tierra posee la capacidad de regenerarse, necesita de la protección celeste. El poeta descubre las causas generales de los temblores. Son fuerzas que se comunican a través de cuevas profundas y el peligro es constante en diferentes lugares.

¡Oh, Dioses, tal monstruo alejad de nuestra comarca!

Tercera parte: la Virgen de Guadalupe

Un interés particular despierta la religiosidad del poeta al recordar la devoción del pueblo mexicano a la Virgen de Guadalupe. También ahora la tristeza de las aguas del Reno ofrece inspiración la majestad de los ríos de América con sus chorros y cascadas. El primero entre ellos es el río que nace donde se asienta el santuario de Guadalupe. La descripción del templo inspira los armoniosos versos:

Por donde sagrada mansión a las auras etéreas se yergue
cantores insigne y augusta en grandiosas columnas
y por fe de las gentes colmada de inmensas riquezas; (XII, 12)

La excelencia del templo y sus lujosos adornos no son más que el signo de la gran devoción popular que se expresa en prendas de oro, por la confianza en el poder milagroso de las aguas que brotan del cerro. En este esplendoroso escenario, Landívar sitúa gustosamente a la Reina Celestial.

En cuyo interior fulgurante, entre brillos dorados
y piedras preciosas y plata y el oro de muchos quilates
Guadalupeana, la Virgen, se asienta la Reina del Cielo

Por la naturaleza salobre del terreno fluye un río de aguas turbias y a pesar de ello apreciadas por sus virtudes curativas de fiebres y otras enfermedades. La masa de fieles las bebe superando la repugnancia instintiva:

Apura bebiendo, con linfas lodosas, seguro remedio (XI, 29)

Todo sucede en la historia del gran milagro de Juan Diego, porque, a la ciudad de México, la Virgen le regala el don de su visita “con patente clemencia”. En su fe, creen que los pequeños arroyos que brotan alrededor marcan las huellas donde se posaron los pies de la Virgen: “en donde la santa sus plantas virgíneas había grabado”. Así, la Virgen, acogida con amor, ha dejado en las fuentes el recuerdo de su sagrado hospedaje en el agua prodigiosa “que decora los prados”. No solo hay un paralelo entre el terremoto de México y el de Bolonia; hay una correspondencia en la fe. Como en Bolonia la Virgen Jesenia protege la ciudad, en México la Virgen guadalupana ha dejado la prueba de su cariño, no solo sobre la ciudad capital, sino sobre los pueblos del gran continente. De este modo el espíritu de fe cristiano desde el antiguo continente de Europa se ha extendido al nuevo de América.

Parte cuarta: la cruz en el monte

Un canto con vida propia es el que describe, en el Apéndice, un sorprendente milagro. Su valor estriba en la maravilla del hecho y su significado de fe: la cruz del pueblo de Tepic. Es como un signo de consagración de una tierra que ha sido convertida y liberada del paganismo.

Cantaré, de este mundo liberado las pruebas sagradas.

Con la solemne invocación a la Sabiduría Divina intenta infundir en su himno un carácter más elevado y espiritual. La alocución se dirige al Dios cristiano: “Tú sola, del Padre supremo Sapiencia infinita.”

Este milagro no es prenda de algún individuo en particular, sino que es una insignia y blasón que ilustra e identifica el entero continente americano. Tepic, junto a un río, es una modesta población entre los montes que corren desde la Baja California, camino al mar de Vallarta. Sobre la pendiente de la montaña se dibuja, con el césped una cruz, el símbolo del amor divino. Su carácter milagroso consiste en conservar el color verde de la hierba, en los meses, cuando todo lo de alrededor se marchita y reseca, volviéndose amarillo. Por contraste,

en los tiempos en que toda la campiña florece y verdea, la cruz se tiñe de un color oscuro y su alfombra se seca:

así de la cruz chamuscado el herbóreo mullido
puede verse marchito, al cobrar lozanía los campos
y cubrirse de verde otra vez mientras mueren los prados. 71

Como fenómeno adicional, el lugar de los clavos de la cruz es marcado por tres tallos de avena que rebrotan constantemente. Y en el lugar de la herida del costado hay un hoyo profundo del cual dimana un líquido de color rojo. Según se relata desde antiguos tiempos, ese líquido sanaba todas las enfermedades. Este fenómeno trae resonancias bíblicas. Gedeón, uno de los jueces, invitado por mensajero divino a liberar a su pueblo de las vejaciones de los vecinos, pide al ángel una prueba de la divinidad de su mensaje. Esta prueba consistía en que el rocío nocturno empapara, en la era, una piel de oveja con su vello, mientras los alrededores quedaran secos. A continuación, Gedeón pidió que la piel quedara seca mientras toda la era estuviera mojada. Cumplida la prueba según la petición, Gedeón ofreció a Dios un sacrificio. El ángel acercó la punta de su cayado, y el sacrificio fue consumido por un fuego milagroso. La analogía con la cruz de Tepic es demasiado estricta para pasar inadvertida. Y lo extraño del caso consiste en que todavía en nuestros días es posible fotografiar, a través del cancel la cruz encerrada en este patio; y la gente sustrae pedazos de esta tierra para curaciones milagrosas.

Pero el valor del canto a la cruz del Tepic, colocado como broche final del poema, asume un significado más extraordinario, cuando se relaciona con la cruz de piedra sumergida en la laguna, que abre el primer canto del poema. Allá se trata de bautizar todo un continente, aquí se asegura la presencia de la cruz que domina los montes y los infinitos horizontes del nuevo mundo. En la mente de Landívar, todo el continente americano es puesto bajo el signo de la cruz y recuerda a los fieles el sacrificio del Hijo de Dios, que consagra a la vez la tierra y los pueblos, los indios y los españoles unidos por la misma fe.

Quinta parte: los dioses paganos

El poeta pone en guardia al lector, a que no se deje engañar por la invocación de diferentes divinidades paganas a las que se dedica cada nuevo canto del poema, y que a veces se desafían, para acentuar un momento emotivo de un episodio. En la advertencia número cuatro explica “para evitar escándalo en el lector benévolo, hablaré al modo poético cuantas veces se haga mención de las vanas divinidades de la antigüedad”. Y a continuación añade “ningún significado tienen y mucho menos fuerza y en absoluto poder.” Con esto se disculpa de la frecuente invocación a dioses, buenos y malos de la cultura clásica, latina y griega y también egipcia y africana, lo mismo que bíblica.

El mismo traductor Chamorro se extraña y duda del significado de esta advertencia. “El poeta, después de encumbrar a su Guatemala, abre el concierto de su canto invocando la asistencia propicia de Apolo Conductor de las Musas y lo corona en el Apéndice con un imperativo de silencio para el Delfico vate, invocando a la —Tu sola Omnipotens summi Sapientia Patrís [Tú sola, del Padre supremo Sapiencia infinita] (Tepic 16), para que le asista propicia a pregonar el brillante triunfo de la Cruz” (p. XLVIII). De hecho no solo encabeza cada uno de los quince cantos con el nombre de un dios o protector de las maravillas naturales o humanas que desea exaltar, sino que los hace intervenir entre las mismas hazañas naturales y las artes humanas. ¿Por qué tanto insistir en negar la fuerzas de las divinidades paganas cuando se les solicita a cada paso su ayuda?

Ni Virgilio en las *Bucólicas* o *Geórgicas*, ni Horacio en las *Odas*, hacen uso tan frecuente de la presencia de los dioses. Se limitan a una llamada formal al comienzo de la obra o al final, no en cada canto o en cada oda. La diferencia está en que Landívar crea un espacio intermedio entre el mero mundo material y humano y el reinado del Dios cristiano. Su naturaleza, no solo es ideal y maravillosa, sino empapada de energías divinas: químicas, biológicas, intelectuales y espirituales. De tal modo las divinidades paganas están rebajadas por una parte, y sumergidas en la masa terrenal, y por otra, elevan la materia hacia un entendimiento superior. Los nombres de los dioses clásicos envuelven su naturaleza con una referencia constante al mundo sobrenatural. La naturaleza vive y

palpita por tener una alma divina. Así, Landívar, en lugar de ignorar su propio ser religioso, encuentra una forma elegante para introducirlo en todos los acontecimientos del maravilloso mundo americano. Esto significan las frecuentes llamadas a su estado actual de religioso herido y de su dolorosa situación a la orilla del Reno.

Entonces, sí, los dioses paganos tienen significado. Su función es mediadora. La separación entre lo terreno y lo celeste ha desaparecido. El esfuerzo científico del poeta se integra a su afirmación de la Fe.

Referencias

- Landívar, Rafael. *Rusticatio Mexicana seu rariora quaedam ex agris mexicanis decerpta, atque in libros decem distributa a Raphaele Landivar Mutinae MDCCLXXXI, apud Societatem Typographicam.*
- Landívar, Rafael. *Rusticatio Mexicana*, Edición bilingüe, introducción y traducción de Faustino Chamorro. San José, Costa Rica: Editorial Libro Libre, 1987.
- Landívar, Rafael. *Rusticatio Mexicana. Por los Campos de México.* Prólogo, versión y notas de Octaviano Valdés. México: Editorial Jus 1965.
- Fernández, Juan M. S.J. “El P. Rafael Landívar, S. J. y su poema ‘Rusticatio Mexicana’”, Revista *Humanidades*, Vol. V. Univ. Pontificia Comillas, 1953.
- Sáenz de Santamaría, Carmelo. *Historia de la educación jesuítica en Guatemala.* Madrid: Artes Gráficas, Benzal, 1978.
- Gutiérrez, Miguel. *Bellatrix Phylosophia, Patre Michaelae Gutierrez Soc. Iesu. Guatemala 1748.* (Manuscrito. Biblioteca Nacional de Guatemala).

DE LA CATÁSTROFE A LA UTOPIÍA POSIBLE EN LA *RUSTICATIO MEXICANA*

Lucrecia Méndez de Penedo
Universidad Rafael Landívar

Introducción

Desde una visión panorámica, la *Rusticatio Mexicana* puede considerarse un texto elaborado dentro de los más precisos cánones bucólicos neoclásicos; sin embargo, existen fragmentos que desbordan dicha normativa. La armonía pastoril se fragmenta en algunos pasajes cuando Landívar describe paisajes de proporciones desmesuradas, o bien las catástrofes naturales desequilibran la dulce armonía natural. Lo mismo sucede cuando el hombre americano frugal y laborioso en las labores del campo contrasta con aquél dedicado al vicio, que puede ir desde la intemperancia física y afectiva hasta lacras como la codicia o la violencia. Y en menor medida, este desequilibrio se filtra a través de los raros desahogos líricos, cuando da rienda suelta a su nostalgia de desterrado.

Landívar se vale de la índole simbólica de su discurso poético para reconstruir con la memoria y la imaginación la tierra dejada atrás —que incluye tanto lo que fue el Virreinato de la Nueva España y el Reino de Guatemala—, que correspondería aproximadamente al México y a la Guatemala actuales. Su mirada analítica atrapa minuciosamente su contemporaneidad: escenarios —sobre todo naturales a excepción de algunas ciudades y poblados— donde describe la flora y fauna de sus paisajes variados, las gentes que pueblan estos lugares, sus labores, sus costumbres, sus juegos. Todo podría suponer el material idóneo y exclusivo para un *locus amoenus* americano. Sin embargo, inesperadamente irrumpen elementos desestabilizadores: ya no los risueños riachuelos, sino las vertiginosas cataratas; no las cuevas acogedoras, sino otras inquietantes; no la suave brisa, sino el huracán inclemente; no la dulce flauta del pastor sino el estruendo del terremoto.

Este estudio pretende encontrar el significado de esta alternancia de imágenes y registros en el poema landivariano, incursionando en los diversos niveles articulados en el texto, tanto en el nivel referencial como en el semántico y el formal. *La Rusticatio Mexicana* constituye un texto híbrido: es un poema escrito por un criollo, letrado y jesuita. Estas marcas de vida y de cultura hacen que de alguna manera su discurso, forjado dentro de los cánones de la cultura occidental, pero desde la vivencia en tierra americana, y desde la perspectiva de un criollo en el exilio, presente la originalidad de las contaminaciones y negociaciones propias de la escritura colonial tardía, entre la metrópoli y su periferia.

Para tal fin, realizaré una lectura en clave metafórica de un elemento de ruptura de la armonía temática y normativa dentro del discurso bucólico: el terremoto, como símbolo de fragmentación en varios niveles: en el referencial: algunos desastres realmente acaecidos en los territorios del Virreinato de la Nueva España y el Reino de Guatemala; el sociopolítico: la fragmentación del orden colonial (enfrentamiento entre criollos y peninsulares, entre el imperio Borbón y la Compañía de Jesús), el personal (el exilio de su propia tierra y de la Compañía de Jesús clausurada por Clemente XIV, con la consecuente reducción al estado laico). Debido a la extensión de este trabajo, me limitaré a señalar algunos fragmentos del poema que puedan fundamentar mis puntos de vista.

Como apoyo teórico, me baso en el concepto de “sublime” que utiliza Antony Higgins¹ –con quien encuentro coincidencias en mi análisis– en su penetrante estudio sobre Landívar y la *Rusticatio Mexicana*. Para el desaparecido estudioso inglés, quien basa su punto de vista en un recorrido semántico del término desde Longino hasta Boileau, existe en el siglo XVIII un debate entre los conceptos de “belleza” –como sinónimo de orden, armonía, medida, totalidad: todos elementos de la preceptiva neoclásica–, y el de “sublime”, referido al desorden, la ruptura, la fragmentación, lo desmesurado, que resulta idóneo para la descripción de lo diverso, lo extraño, lo

1 Cfr. Higgins, Antony. *Constructing the Criollo Archive. Subjects of Knowledge in the Biblioteca Mexicana and the Rusticatio Mexicana*. Indiana: Purdue University Press, 2000. p. XV, pp.119-130.

Otro: América y los americanos. En un primer momento el sujeto puede sentirse sobrepasado por lo inconmensurable de ciertas visiones o experiencias, y por tanto, incapaz de expresarlas. Es entonces cuando la razón acude en su auxilio para restaurar el orden. Como puede apreciarse, el sujeto recupera literalmente sus facultades y su estabilidad a través del intelecto². En el caso del poema landivariano, la naturaleza desborda los modelos neoclásicos y la índole del asunto y tema superan el esquema de la belleza neoclásica, que aparece alternando con el registro “sublime”, como un discurso híbrido que expresa una identidad en construcción.

Este concepto, por otro lado, resulta parcialmente similar al de “telúrico”, utilizado por los críticos de la novela criollista hispanoamericana de las primeras décadas del siglo XX, en la llamada “novela de la naturaleza” en su vertiente de “telurismo místico”, en cuanto “fuerza de la tierra”, avasalladora, primitiva e inocente; hermosa, pero ingobernable:

La “fuerza de la tierra”, considerada por los ensayistas hispanoamericanos del siglo XX, difiere sustancialmente de la rígida teoría “científica” del medio... Para muchos... es una adoración casi mística de la naturaleza, una especie de relación entre el hombre y la tierra que libera más que ata. El que comprende la naturaleza, el que es sensible a la tierra y sus fuerzas elementales es más genuino, más auténtico que el extracivilizado habitante de las ciudades.³

En lo referente a lo inconmensurable de esta fuerza de la naturaleza y su imponente belleza incontaminada, ciertamente pueden encontrarse similitudes entre el concepto de “sublime” y el de

2 Higgins alude al concepto kantiano de “lo matemático sublime”. “Reason, thus, is seen to restore the subject’s stability and the assuredness of its faculties in the face of images of vastness and grandeur, particularly the most imposing manifestations of nature (*Critique of Judgement* 108-110)” Cit., p. 129.

3 Stabb, M. *América Latina: en busca de una identidad*. Citado por Acevedo. Ramón Luis. “La novela criollista: el descubrimiento del mundo rural centroamericano”, *La novela centroamericana*. Puerto Rico: Editorial Universitaria, 1982, p. 276.

“telúrico”. La diferencia reside en la actitud frente a esta poderosa fuerza: mientras que para el poeta jesuita, desde la perspectiva del racionalismo optimista a través de la observación es factible dominarla, para los criollistas, constituye fuerza irracional e incontrolable. (De allí se desprendió en su momento la famosa dicotomía civilización/barbarie, que adjudicaba a la naturaleza americana un cierto grado de salvajismo periférico frente a la civilización, procedente de los centros hegemónicos.)⁴

Existen abundantes ejemplos en el poema, como este: “Apenas en efecto, la antorcha solar baña de luz las flavas arenas, y principian bajo su resplandor a fulgir las aguas, luego, la linfa taciturna torciendo el camino, como si odiara los rayos del sol, se encierra en el antro negro del monte.”⁵

Antecedentes

Desde las crónicas de la conquista, fue evidente que la nueva realidad americana sobrepasaba los códigos lingüísticos con que contaban los colonizadores. Este nuevo paisaje geográfico y cultural demandaba frecuentemente nuevo léxico, nuevos símiles aproximativos que pudieran dar cuenta a los europeos de lo que se estaba literalmente descubriendo de diverso: la alteridad de lo conocido hasta entonces. Por otro lado, los cronistas, en cuanto mediadores entre dos realidades y constructores de archivos culturales iniciales, perseguían un reconocimiento a su labor.

Los criollos comenzaron a tomar conciencia de ser sujetos diversos a los peninsulares a partir del siglo XVI, pero con mayor claridad en la segunda mitad del siglo XVII.⁶ Se empezaban a percibir

4 Vid. Méndez de Penedo, Lucrecia. “Estructura y significado en la Rusticatio Mexicana”, *Cultura de Guatemala*, Año III-Vol. III, sep/dic, 1982. Guatemala, Universidad Rafael Landívar, pp. 157-158.

5 Landívar, Rafael. *Rusticatio Mexicana. Por los campos de México*. Prólogo, versión y notas de Octaviano Valdés. México: Ed. Jus, 1965 p. 296. (La versión del padre Valdés corresponde a la segunda edición, Bolonia, 1782; la primera es la de Módena de 1781). Mi estudio se refiere a la edición bononiense.

6 Vid. Moraña, Mabel. “Barroco y conciencia criolla en Hispanoamérica”. *Revista de Crítica Literaria Hispanoamericana*. No 28, Año XIV, Lima, 2do. semestre, 1988, pp. 229-251.

a sí mismos como los verdaderos forjadores de una identidad que se iba perfilando diversa a la de los enviados de la Corona. Ellos eran los nativos americanos y los productores de la riqueza local, pero paradójicamente no tenían acceso ni a los cargos ni a las honras realmente importantes, reservados para los españoles. Así, los criollos se encontraban atrapados en una situación contradictoria: a la par que constituían un núcleo importante de la clase dominante en lo económico y cultural, eran discriminados y explotados en su propia tierra por los peninsulares.

Los escritores criollos se movían en círculos simultáneamente coincidentes y excluyentes. Por una parte, poseían los instrumentos de la cultura central y conocían la producción literaria oficial que el imperio permitía exportar a las colonias. Por otra, formaban parte de la élite con acceso a la educación y a las esferas de poder político, religioso, cultural, económico, destinatarios principales de su obra. Sus textos, salvo contadas excepciones, no contaban con divulgación fuera de su región o continente. Sin embargo, la apropiación de los discursos centrales no fue una actividad pasiva de los escritores americanos durante la colonia. Tomaron los modelos canónicos y los adaptaron a otros contextos –anacrónicamente o no– en una original superposición de estilos y registros, con una variedad temática donde ya se filtraban los elementos americanos. Es precisamente en estos contrastes temáticos y estilísticos donde puede percibirse la singularidad de las letras americanas, la rica hibridez que da un sello original a su escritura.

Rafael Landívar⁷ forma parte de la diáspora jesuita que debió abandonar súbitamente tierras americanas, por orden de Carlos III, en 1767. Este selecto grupo de sacerdotes intelectuales fue formado en la Nueva España en algunas de las ideas filosóficas predominantes del siglo XVIII: “Bajo la influencia de su mentor, José Rafael Campoy (1723-1777) un no conformista ilustrado que se esforzaba en

7 Para los datos biográficos de Landívar, consultar: Accomazzi, Gervasio. y Méndez de Penedo, Lucrecia. “Rafael Landívar, vida y obra”, *Historia General de Guatemala* (III), Eds. Jorge Luján Muñoz y Cristina Zilbermann., Guatemala: Sociedad de Amigos del País, Fundación para la Cultura y el Desarrollo, 1995, pp. 553-563.

introducir todas las últimas corrientes filosóficas y científicas de Europa en sus clases, una nueva generación de jesuitas asimilaba las ideas de Galileo, Newton, Descartes, Gassendi, Leibniz y muchos otros profetas intelectuales de su tiempo.”⁸ Desde su posición de hombre de fe, Landívar realizó una apropiación selectiva de esas corrientes.

Como intelectuales formados en la cultura clásica y con conocimientos directos de la historia y la vida americana, debieron enfrentar en su azaroso exilio un eurocentrismo excluyente, ante el cual reaccionaron divulgando y exaltando la realidad americana que conocían. En Europa existían estereotipos y una visión distorsionada sobre el Nuevo Mundo y sus pobladores, no solo debida a la ignorancia y a la falta de conocimiento directo, sino también por intereses económicos y expansionistas, a veces apenas encubiertos de un barniz “cientificista”. En suma, América debía seguir siendo dependiente de la centralidad para su desarrollo, pues los americanos seguían siendo considerados fatalmente degenerados o inevitablemente buenos salvajes. Los jesuitas fueron, pues, el primer grupo de escritores americanos exiliados que pensaron e imaginaron América, convirtiéndose así en pioneros de la construcción de identidades, específicamente la del criollo.

En este sentido informativo y valorativo, la *Rusticatio Mexicana* puede considerarse, de manera similar a otros textos de las letras hispanoamericanas de la época, como un catálogo o enciclopedia que ordena, explica y divulga el conocimiento con rigor científico e intención pragmática, engarzando literatura con didactismo, lo que era usual en las letras del dieciocho.

Irrupción de lo desmesurado

En la *Rusticatio Mexicana*, puede apreciarse que el modelo arcádico en revisitación neoclásica era bien conocido por Landívar, a su vez poseedor de una precoz y sólida cultura clásica, así como conocedor de las corrientes filosóficas, científicas y estéticas propias de la

8 Klaiberg, Jeffrey. *Los jesuitas en América Latina, 1549-2000. 450 años de inculturación, defensa de los derechos humanos y testimonio profético*. Lima: Fondo Editorial de la Universidad Antonio Ruiz de Montoya, 2007, p. 163.

Ilustración. Sin embargo, la temática de su poema descriptivo aunada a la intención divulgativa y reivindicativa que lo sustenta desborda esos límites retóricos. De forma que, para el propósito de este estudio, resulta particularmente interesante estudiar estas fisuras por considerarlas más significativas, ya que el registro que sigue el patrón de la estética neoclásica ha sido exhaustiva y brillantemente investigado por la crítica⁹

El nivel denotativo de la escritura de Landívar resulta ejemplar en su claridad y referencialidad, tal como lo establecían las preceptivas neoclásicas, así como lo requería el abordaje racional y cientificista sobre temas y asuntos. De esta forma, los elementos de fractura que caben dentro de la categoría de lo “sublime” resultan inquietantes solo en un principio, ya que la razón surge para explicarlos y desmitificarlos. Sin embargo, esta dimensión “sublime” no puede reconducir al discurso barroco *tout court*, porque la intención es diferente. Mientras que esa corriente artística y literaria desempeñó una función de apoyo al afianzamiento del proyecto colonial y religioso español a través de un arte urbano y efectista,¹⁰ el registro y las estrategias de Landívar persiguen desentrañar esta grandiosidad extraña para explicar, ilustrar y enaltecer una realidad americana y propiciar así un lento proceso de inserción en una peculiar modernidad, sin caer en las estrategias crípticas del barroco. “Oculden otros sus pensamientos bajo arcanos símbolos por cuya tiniebla abstrusa nadie ose penetrar, ni torturarse la mente con estéril esfuerzo.”¹¹ La intención de fondo podría ser la de autorizar al criollo, en su calidad de sujeto letrado y versado en el campo científico, como conocedor único que maneja las herramientas de transformación de la realidad, y por lo tanto futuro agente de su propia historia.

9 Vid. Bendfeldt Rojas, Lourdes. “Bibliografía landivariana”, *Universidad de San Carlos*, No.61 (sept., oct., nov.) Guatemala: Editorial Universitaria, 1963, Mata Gavidia, José. *Introducción a la Rusticatio Mexicana*. Guatemala: Editorial Universitaria, Universidad de San Carlos de Guatemala, 1950 y Accomazzi, G. y Méndez de Penedo, L, Cit.

10 “Para Maraval, el barroco es ante todo una forma señorial-absolutista de cultura de masas...” Beverley, John. “Nuevas vacilaciones sobre el barroco”, *Revista de crítica literaria latinoamericana*. 1988, Año XIV, No. 28, Lima, 2º Semestre, p. 230.

11 Landívar, R. Cit., p. 50.

En efecto, existen en la *Rusticatio Mexicana* elementos perturbadores del equilibrio armónico que deben ser interpretados como una estrategia para desplegar el conocimiento y dominio de los criollos sobre su propio entorno y circunstancias:

...that envisages the sublime not as something unattainable or apocalyptic, but as a utopian sign that convey some sense of the infinite and, thereby, drives the desire of individuals and groups to constitute themselves as agents by undertaking projects through which they seek to achieve mastery of their surroundings and selves¹²

En el poema landivariano, lo americano terrible, oscuro, desmesurado es lo que diferencia a lo vernáculo frente a lo extranjero canonizado. Para explicarlo a su destinatario europeo ideal¹³ —un lector europeo culto, pero ignorante o mal informado sobre América— necesariamente tendrá que valerse de comparaciones con elementos sancionados por la cultura occidental, para lo cual valga este ejemplo entre muchos, donde compara las bellezas americanas con el Nilo:

Acallen los egipcios los verdes campos que el caudaloso Nilo fecunde con sus aguas ubérrimas, y el viejo mundo las siete maravillas, cuyas alabanzas riega el pregón de fama clamorosa. Esta cuenca vence en hermosura a todos los prodigios: nunca deja de ofrecer a las pudorosas ninfas escogidas sombras, siempre fragantes de balsámica vegetación agreste, sinfónicas con las dulces tonadas de los pájaros.¹⁴

12 Higgins, A. Cit., p. 127.

13 El otro destinatario ideal —no el inmediato que sería el europeo culto contemporáneo— serían los criollos, específicamente la juventud, como podrá observarse en la “*Exhortación a los jóvenes americanos*” con que cierra el poema, como expondremos al final de este trabajo Vid. Landívar, R. Cit., p. 376.

14 Landívar, R. Cit., p. 114.

Escenarios y catástrofes

El poeta jesuita se coloca en plan de observador analítico de las causas y efectos del fenómeno, tratando de sopesar los efectos negativos y positivos con el propósito de encontrar sentido a la tragedia, desde su doble óptica de fe y razón. Dentro de lo irracional que puede ser una catástrofe natural, él persigue racionalizarla y reconstruir la coherencia fragmentada, ya que la mutación de una realidad en otra causada por factores externos e imprevistos hace necesario un nuevo orden y enfoque.

En efecto, los desastres ofrecen nuevos retos y, a veces, oportunidades para mejorar lo previamente existente. Es en este sentido que su fe religiosa y el optimismo científicista del siglo XVIII se encuentran. Por otro lado, por su misma formación jesuita, su visión aparece muy marcada por el pragmatismo, actitud con la cual, como es bien sabido, debieron solucionar problemas reales en sus labores misioneras y buscar la autosostenibilidad mediante el manejo de sus propias haciendas y centros educativos.

Pero también existe otro nivel en el discurso landivariano. Si se realiza una lectura en clave metafórica de estas catástrofes, podemos aplicar el esquema de **destrucción/reacción** también a niveles simbólicos de colectividad y de individuo. Landívar, como autor y como voz poética, no desconoce el dolor humano. Hay fragmentos poéticos de gran intensidad lírica como estos: “Mas como la fortuna feroz me niega todo alivio, modulando dulces cantares al son del dócil plectro buscaré los campos entrañables, y a la vera de las doctas aguas del Helicón, con el canto agreste me consolaré de mis pesadumbres tumultuosas.”¹⁵, “Mientras me esforzaba en engañar mis pesares con estos cantos, cerca de las aguas errantes del Reno...”¹⁶

Ante el dolor urgen soluciones también de tipo ideológico, psicológico y espiritual. Las catástrofes arrancan de raíz y mueven los cimientos no sólo de casas y edificios, sino las del tejido social y de la subjetividad de la persona. Someten a prueba las convicciones, valores, identidad, tanto del patrimonio cultural e histórico como los individuales. En el momento de desequilibrio, a veces signado

15 Landívar, R., Cit., p. 291.

16 Landívar, R. Cit., p. 92.

por la premonición de una tragedia, surge el terror a lo desconocido y por lo tanto el desconcierto y el dolor. Sin embargo, en un segundo momento, la razón viene en ayuda e induce a una acción sensata para solucionar la crisis. La fe también tiene su parte, en el código de Landívar, para desplazar y resolver en última instancia la tragedia del plano humano al divino y providencial. Esta dura prueba puede transformarse en una nueva realidad que inclusive sea mejor que la anterior, si se enfoca desde una perspectiva positiva. Sobre todo si se le enmarca dentro de un código utópico donde privan los intereses comunes a los individualistas, en este caso no solo el cientificismo pragmático sino también la fe religiosa.

Landívar escribe sobre asuntos contemporáneos a su existencia; apenas menciona algunos hechos históricos del pasado, como aquellos referidos a las civilizaciones indígenas. Y algunas alusiones fugaces a los españoles. Como afirma en el *“Preámbulo del autor”*, solamente tratará de asuntos comprobables, como es usual en el abordaje científico y como además enfatizará a lo largo del texto, con notas explicativas al pie de página: “Narro las cosas que vi y las que me refirieron testigos oculares, por demás veracísimos. Cuidé, por otra parte, comprobar las afirmaciones —pocas en verdad— sostenibles por la autoridad de los testigos.”¹⁷

No obstante, se percata de que el lector puede encontrar algunos pasajes oscuros debido a la dificultad de verter una temática nueva en los hexámetros latinos. Asimismo, aclara que su profesión de fe no está reñida con las convenciones literarias:

...hablaré según el estilo poético cuantas veces ocurriere nombrar las vanas divinidades antiguas. Pues sé de sobra y lo confieso religiosamente, que tales númenes fabulosos no tienen facultad alguna, ni mucho menos fuerza y poder¹⁸.

Así, el poeta guatemalteco se apoya en la ciencia y en la razón, pero también, y sobre todo en última instancia, en la fe como puede apreciarse en varios pasajes del poema, signados de devoción mariana

17 Landívar, R. Cit., p. 46.

18 Landívar, R. Cit., p. 46.

invocadora de protección o bien relata milagros, solo comprobables a la luz de la fe.

Esta tensión hacia la trascendencia da una nota singular a la obra y la inserta dentro del proyecto universalista jesuita, aunque paradójicamente puede leerse parcialmente como un texto precursor –sin proponérselo– de los movimientos pre-independentistas. A este propósito es útil mencionar que, según el estudioso jesuita Jeffrey Klaiberg,¹⁹ entre los jesuitas exiliados, solamente el peruano Juan Pablo Viscardo y Guzmán (1748-1798) hizo abiertamente campaña a favor de la independencia y a él se debe “*La carta a los españoles americanos*”, que Francisco de Miranda traduciría del francés original y divulgaría en el continente. Aunque los otros jesuitas ni fueron activistas ni se propusieron proyectos políticos específicos, sus textos pueden considerarse fundadores de identidad, como paso previo al proceso de autonomía. Por otro lado, no se tiene conocimiento que los criollos ilustrados guatemaltecos, quienes iniciaron los movimientos independentistas, hayan sido lectores de la *Rusticatio* o se hayan inspirado en ella para elaborar su proyecto.

Los volcanes son monumentos naturales de gran belleza, cruzan profusamente todo el continente americano. Pero son gigantes dormidos. Debajo de su imponente figura bullen energía y fuerza potenciales, prontas a desatarse sin previo aviso. Y así la belleza armónica de sus conos puede transformarse inesperadamente en devastadora destrucción. En un sentido figurado podrían interpretarse como emblema de las fuerzas irracionales que desestabilizan el equilibrio de la razón, en diversos campos: social y personal. Frente a esta catástrofe natural, el sujeto puede oponer poca resistencia: se encuentra solo frente a la tragedia que lo asalta sin previo aviso. Solo podrá oponer su razón, voluntad y fe. Del poema de Landívar he seleccionado algunos fragmentos clave para ilustrar las catástrofes naturales referidas a movimientos telúricos: terremotos y erupciones e inundaciones de volcanes, indicando la fecha y el lugar:

19 Vid Klaiberg, J. Cit., pp. 185-193 Klaiberg menciona como una amarga ironía que los sucesores de estos jesuitas americanos, precursores de nacionalidad y de alguna manera de posiciones preindependentistas, fueron recibidos a su regreso en el siglo XIX en un ámbito anticlerical que los consideró elementos del dogmatismo católico más retrógrado al servicio incondicional del papado.

- “*Canto a Guatemala*”. Terremoto de Santa Marta, 1773, Ciudad de Santiago de Guatemala, tercera capital del Reino de Guatemala, Valle de Panchoy (actual ciudad de Antigua Guatemala).
- *Libro II “El Jorullo”*: Terremoto y surgimiento del volcán Jorullo 1759, Michoacán y terremoto Colima, Colima (México) (s.f./sismos Bolonia (Italia) (s.f.).
- *Libro III “Las cataratas guatemaltecas”*. Erupción del volcán de Agua con consecuente inundación, 1541, Ciudad de Santiago de Guatemala, segunda capital del Reino de Guatemala, Valle Quinicilapán o Almolonga (actual Ciudad Vieja, Guatemala). Terremoto de Santa Marta, 1773, Ciudad de Santiago, tercera capital del Reino de Guatemala, Valle de Panchoy (actual ciudad de Antigua Guatemala).

“Canto a Guatemala”: la reconstrucción simbólica

Este hermoso texto, un himno elegíaco a la propia tierra, contiene también un desastre: el terremoto de Santa Marta de 1773. La catástrofe de su ciudad natal sucedió cuando ya Rafael Landívar residía como exiliado en Bolonia, por lo que describe la escena como se la pudieron haber descrito o como él la imaginó. El texto se apoya en la memoria y la imaginación, que en efecto, en textos de este tipo muestran fronteras borrosas porque la distancia geográfica, y en este caso parcialmente la temporal, tienden a la distorsión originada en el recuerdo afectivo.

El *Canto* presenta tres movimientos. El primero reconstruye la ciudad y la tierra lejanas, después de una amorosa salutación a Guatemala, como arquetipo femenino de la Tierra/Madre (que también por extensión simbólico-afectiva podría referirse al recuerdo maternal propio): “Salve, patria querida, dulce Guatemala, salve;... Cuánto alienta madre, repasar la riqueza de tu hermosura: moderado clima, fuentes, vías, templos y hogares”²⁰. Este paraíso perdido y recobrado por la palabra poética constituía hasta ese momento su refugio íntimo: “Cosas, siempre para mí, todas ellas nutricias de patrio amor y alivio en la adversidad.”²¹

20 Landívar, R. Cit., p. 44.

21 Landívar, R. Cit., p. 44.

En el segundo movimiento, esta visión armónica es destruida imprevistamente por una catástrofe, esa energía devastadora que existe bajo la tierra, cuyos sismos también parecieran sacudir emocionalmente al poeta sin previo aviso: “Pero me engaño. Las ilusiones ¡ay! perturban el apacible espíritu y los vanos sueños burlan mi corazón.”²² Procede entonces a describir el terremoto que derrumba ciudad y afectos: “La insigne, hasta hace poco fortaleza y capital de gran reino, es ahora hacinamiento de escombros. Gente en desamparo de casas, templos y calles, sin pasos por donde ganar el seguro de las cumbres. Todo se derrumba en precipitada ruina, como herido por los alados fuegos de Júpiter.”²³

Es en el tercer movimiento que aparece la reacción frente al dolor humano, con una pregunta retórica: “Pero, ¿a qué inútil dolor?”²⁴ El poeta imagina el renacimiento desde los escombros: “Ya surgen del sepulcro elevadas mansiones y se levantan al cielo templos altivos.”²⁵ Hay una reconstrucción sobre las mismas bases de los mismos edificios: las mansiones y los templos, espacios ocupados por los grupos locales de poder: los oligarcas y el clero. Nótese, cómo los adjetivos “elevadas” y “altivos” (por encima de lo normal) se acompañan de los verbos “surgen” y “levantan” (acción ascendente) del “sepulcro” (la muerte) hacia el “cielo” (lo más alto en sentido real y trascendente). La vida se recrea a sí misma “y a los ciudadanos deseosos llega la fértil paz”²⁶; la paz, en cuanto armonía total de contrarios, es también fecunda en todo sentido. Con la alusión mitológica: “Otra vez la ciudad, ave de Faros, más feliz resurge de sus propias cenizas.”²⁷ Landívar se refiere al pájaro sagrado Fénix, que según la mitología griega, vivía en Faros, isla egipcia. Es un ser asociado a la resurrección e inmortalidad cíclicas, atributos que el poeta asigna a la ciudad renaciente de los escombros.

El “*Canto a Guatemala*” concluye con un saludo augural y esperanzador, para que la ciudad, nuevamente descrita como madre

22 Landívar, R. Cit., p. 44.

23 Landívar, R. Cit., p. 44.

24 Landívar, R. Cit., p. 44.

25 Landívar, R. Cit., p. 44.

26 Landívar, R. Cit., p. 44.

27 Landívar, R. Cit., p. 44.

vencedora sobre la adversidad, sea preservada de nuevas ruinas.”Alégrate, pues, rediviva madre, preclara ciudad del reino, vive largamente salva de nueva ruina.”²⁸ El poeta proyecta a su ciudad natal hacia el futuro como utópicamente indestructible y eterna. Cierra el poema prometiendo llevar con su canto la prodigiosa hazaña hasta las alturas.: “Pronto mis alabanzas elevarán hasta las estrellas tu luminoso triunfo, parto de súbita muerte.”²⁹ Por ahora, sólo puede enviarle su dolida devoción como hijo ausente: “Recibe, mientras, el rauco plectro, consuelo en la desgracia, y sé tú misma mi galardón”³⁰. De la desgracia ha surgido la esperanza en la construcción paulatina de la reconstrucción. Y el equilibrio se restaura.

Libro II “El Jorullo”: el magma apocalíptico y necesario

En 1759 Landívar residía en Pátzcuaro, lugar cercano a la catástrofe del valle del Jorullo, por lo que algunos presumen que pudo haber sido testigo presencial o inclusive protagonista dada la cercanía con el lugar del siniestro.³¹ Lo que sí podría presumirse, dado que enfatiza que en su poema hablará solo de lo que vio, es que pudo observarlo al menos desde lejos, según se desprende de la primera de las tres notas al pie de página que coloca en el *Libro* dedicado al Jorullo: “La ciudad de Pátzcuaro, cuarenta millas distante del Jorullo, se iluminaba con las llamas de éste”.³²

28 Landívar, R. Cit., p. 44.

29 Landívar, R. Cit., p. 44.

30 Landívar, R. Cit., p. 44.

31 El jesuita Octaviano Valdés cita como fuente de la presencia directa de Landívar al estudio preliminar a la *Rusticatio Mexicana* de José Mata Gavidia, edición de conmemoración por la repatriación de los restos del poeta jesuita a Guatemala en 1950, por iniciativa de la Universidad de San Carlos de Guatemala (Vid. Mata Gavidia, J. Cit.). Pero también cita la opinión contraria del P. Ignacio Gil Alonso, quien se remite a documentos de la época en donde se menciona que fue el jesuita Isidoro Molina del Colegio de la Ciudad de Pátzcuaro, quien brindó soporte espiritual y llevó a cabo diversas prácticas religiosas durante el desastre, a instancias del administrador de una de las haciendas del lugar afectado. (Gil Alonso, I.1947. *La Rusticatio Mexicana de Rafael Landívar. Ensayo de interpretación humanística*. Tesis de graduación de Maestro en Lenguas Clásicas. México. Universidad Autónoma de México) Vid. Valdés, O. “Introducción”, Cit., pp. 9-10.

32 Landívar, R. Cit., p. 86.

En el *Libro II “El Jorullo”*, el poeta guatemalteco va describiendo las etapas del desastre. Inicia con una descripción bucólica e idealizada del valle, donde los hombres gozaban de “...lentos rocíos de dulzura”,³³ lo que cabe muy bien dentro del molde pastoril, pero luego solicita a Pomona que le relate la tragedia causada por Vulcano. La descripción poética va por etapas: primero el vaticinio “...todo habría de perecer bajo las llamas inminentes”³⁴, que crea angustia en los pobladores.

Pero el amo, autorizado como símbolo del poder, los increpa por lo que considera cobardía ante lo imaginado y el irracional abandono del patrimonio:

¿Cuál locura se ha apoderado de vosotros ¡oh míseros!
para dar tanto crédito a las vanas historias de un desconocido,
de modo que con huida cobarde abandonéis irreflexivamente riquezas,
campos de los antepasados, hogares, y cuanto para vosotros adquirieron los mayores?
¿Es esto firmeza, valentía de espíritu, corazón varonil?³⁵

La tierra empieza a bramar poco antes de que suceda el terremoto que derriba la solariega casa del colono, el templo de mármol y las chozas de la aldea. Aterrorizados, los pobladores reaccionan con la queja o la plegaria. Entonces aparece un sacerdote, que funge como legitimada guía idónea —no solo espiritual—, quien los arenga para la acción pragmática: la huida como táctica estratégica eficaz para ese momento:

¿De qué sirve entregarse pusilánimes al dolor tan prolongado,
exponiendo la vida al extremo peligro? Acelerad la huida,
vale más abandonar los campos. ¡Oh! huyamos —dice—,
escapemos de la muerte; lo permite el cielo, aconseja la fuga;
huyamos amigos. Debéis por estas razones, evitar la muerte amenazadora.³⁶

33 Landívar. R. Cit., p. 78.

34 Landívar, R. Cit., p. 80.

35 Landívar, R. Cit., p. 82.

36 Landívar, R. Cit., p. 84.

Las erupciones de fuego y lava inician y va surgiendo el volcán Jorullo. Para que el lector europeo pueda darse una idea y para comparar también las tragedias con la misma o mayor magnitud, contrasta la calamidad del Jorullo con las ocasionadas por el Vesubio o el Etna: “Menos frenético es el Vesubio, cuando borracho de fuego, amenaza con sus teas a la ciudad de Nápoles. Ni el Etna violento conmueve a los sículos con tanto estrago, cuando los Cíclopes forjan el hierro en el sólido yunque...”³⁷

Mientras los pobladores huyen nuevamente, la escena se torna apocalíptica con una inversión inexplicable de los roles, como en el final de los tiempos. También las fieras son víctimas del terror y deambulan. “...olvidando completamente su antigua ferocidad, mansas frecuentan los poblados como antes las serranías”³⁸ La arcadia desaparece ennegrecida por el humo y el fuego. Y se cierne otro desastre: una nube negra envía rayos que incendian ulteriormente la naturaleza, los animales, las moradas.

Además, existe un fenómeno natural curioso: el río anteriormente cristalino y fresco: “...bebía de sus frescos rocíos la tierna vegetación y refrigeraba las greyes consumidas de sed por el bochorno.”³⁹, ahora hierve: “...un hervor de fuego penetró el río, y sus aguas, que eran alegría del retozón ganado, transidas de humeantes torrentes se volvieron cálidas.”⁴⁰ Para dar veracidad a su descripción, Landívar coloca una nota a pie de página informativa: existe un fenómeno similar en África según el naturalista Regnaud: “Se dice que la Cirenaica tiene una fuente que es fría de día y caliente por la noche. Dicha fuente me trae a la memoria la de Júpiter Amón, también fría de día y caliente en la noche. Regnaud, tom. 2. Entretien 12.”⁴¹ La catástrofe provoca dos inversiones notables del orden natural que alteran radicalmente su estadio anterior: las fieras, de salvajes a domesticadas, y las aguas, de frescas a hirvientes.

37 Landívar, R. Cit., pp. 86 y 88.

38 Landívar, R. Cit., p. 88.

39 Landívar, R. Cit., p. 90. *Libro II “El Jorullo”*: el magma apocalíptico y necesario

40 Landívar, R. Cit., p. 92.

41 Landívar, R. Cit., p. 92.

No obstante, esta transformación tiene en general un valor positivo, que puede apreciarse al paso del tiempo: el clima se templó y ya no es caluroso, lo que resulta mucho más confortable y las aguas también se templan y su temperatura ya es helada; la tierra se vuelve más fértil y por lo tanto más productiva hacia el futuro: "...aunque la tierra lozana quedó sin germinar, estéril a toda semilla durante un lustro, pasado aquel tiempo ha sido tan fecunda que los provechos posteriores superan el daño antiguo."⁴² El cambio, durísimo, trajo no obstante, la fecunda renovación. La catástrofe se tornó beneficiosa a largo plazo porque revitalizó el entorno y mejoró las condiciones de vida.

Finalmente, el poeta relata que coincidentemente mientras escribía estos versos en Bolonia, (aproximadamente en los inicios de la década del setenta del siglo XVIII), la tierra se sacude bruscamente y la gente, igual que en América, se aterroriza. Presenta entonces un paralelismo entre los sismos ocasionados por el Vesubio a Bolonia, con el Colima a el Jorullo, como anota a pie de página: "El Colima, monte igualmente volcánico, a setenta millas más o menos del Xorullo, se dice que extinguió sus fuegos cuando aquél comenzó a vomitar llamas."⁴³

El *Libro II* cierra con una plegaria mariana, como reacción ante la probable catástrofe. El poeta recurre a la fe: solicita la protección a la Virgen María y deposita la confianza en esa divinidad cristiana:

¿Pero por qué Bolonia, la preclara, ha de temer la ruina,
habiendo sin descansar, colmado de ofrendas tus altares;
si humillada te rinde merecidos honores y su reconocido
corazón te da las gracias debidas? Por ello ¡Virgen Madre!
socorre a tu pueblo que te aclama, pronta asiste con tu
auxilio a la ciudad llorosa,...⁴⁴

En este *Libro* destaca un sentido tremendista de la descripción que ilustra por medio de la palabra no solo el caos, sino casi apocalípticamente una vuelta al magma. Pero el magma siempre es

42 Landívar, R. Cit., p. 92.

43 Landívar, R. Cit., p. 94.

44 Landívar, R. Cit., p. 96.

germinal: de la tragedia y destrucción surge un entorno revitalizado. Desde una perspectiva científica, el escritor jesuita observa y pondera los factores negativos y positivos de la catástrofe tanto a nivel natural como humano y de la tragedia hace surgir la esperanza y la reconstrucción sobre nuevas bases. Lo que intenta es dar coherencia a un fenómeno —encontrarle sentido—, apoyándose tanto en los códigos científicos como en los religiosos y éticos que maneja. De la fractura a la recomposición.

Podría trazarse un paralelismo simbólico entre las tragedias inesperadas como los terremotos e inundaciones con la consecuente expulsión de los pobladores de sus tierras con el exilio, la muerte de sus seres familiares, la clausura de su orden religiosa. El dolor ante la injusticia y el abuso solo pueden esclarecerse reflexionando sobre sus causas y efectos, con el soporte de la fe: constituyen los únicos instrumentos que le permiten comprender coherentemente estos fenómenos, y superarlos en clave positiva. No se trata de subvertir el orden radicalmente, sino de reconstruir sobre bases aireadas. Esta actitud tiene más de reformismo que de revolución. Hay autores⁴⁵ que han querido ver en el poema de Landívar brotes de cambio radical, pero una contextualización del texto, del autor y sus circunstancias no permiten, en mi opinión, una apreciación de este tipo.⁴⁶

“Las cataratas guatemaltecas”, las raíces subvertidas

En el *Libro III “Las cataratas guatemaltecas”*, Landívar especifica desde el título el lugar geográfico. Después de establecer el tema y solicitar el auxilio de las musas, inesperadamente introduce un tema

45 Vid. Browning, John. “Rafael Landívar: poeta, historiados y nacionalista”, *Historia General de Guatemala* (III). Eds. Jorge Luján Muñoz y Cristina Zilbermann. Guatemala: Sociedad de Amigos del País. Fundación para la Cultura y el Desarrollo, 1995.

46 Para un análisis sobre el reformismo de Landívar, Vid. Méndez de Penedo, Lucrecia., “Perfil y función protagónica del sujeto criollo en el discurso poético landivariano”, *El discurso colonial. Construcción de una diferencia americana*. Eds. Poupenoy-Hart, Catherine y Albino Chacón Gutiérrez. Costa Rica: Editorial Universidad Nacional, 2002 y Méndez de Penedo, Lucrecia. “Perfil y función protagónica del sujeto criollo en el discurso poético landivariano”, *El hilo del discurso*. Guatemala: Universidad Rafael Landívar, 2007.

ajeno al central: la descripción de inundaciones y terremotos. El fragmento dedicado al terremoto de Santa Marta de 1773 es breve en extensión. Acaso podría trazarse una relación entre las cataratas y el siniestro por la temible magnificencia de las descripciones: las de cuevas y caídas de agua, siempre dentro de la órbita de lo que, como hemos anotado, Higgins califica de “sublime” y las de la destrucción terrible de la ciudad.

El Libro inicia así: “Hubo una desdichada ciudad, Guatemala, de dulce cielo y populosa, rica de aguas y ubérrima en frutos”.⁴⁷ La ciudad hermosa y próspera, aparece calificada de manera inquietante con el adjetivo “desdichada”, como preámbulo a una tragedia. El poeta va hacia un pasado perfecto: la ciudad la habían fundado los indios en medio de un paisaje perfecto y pacífico; Para refrescarse había: “...un limpio chorro, en el cual gustaba la robusta juventud apagar la sed abrasadora, y de sus dulces rocíos se empapaban los pomares”.⁴⁸

Estos habitantes nativos eran los dueños legítimos de estas posesiones, cuando entonces se cierne la primera tragedia: la conquista y la colonización, que simbólicamente constituyeron catástrofes históricas para los indígenas. El desastre físico vendría después:

Pero luego que los hispanos dominaron el reino y principiaron a gobernar al pueblo vencido, una inundación agravada por los aluviones del monte se tragó templos, casas y toda la ciudad.⁴⁹

Esta primera destrucción de la ciudad podría interpretarse como la primera destrucción del proyecto colonizador, que trae infelicidad a los habitantes, para luego reconstruir otra pequeña urbe y así sucesivamente.

Los colonizadores deciden trasladar la capital al Valle de Panchoy, con base en el modelo urbanístico hispano, dejando fuera a los indígenas. Esto marca fronteras sociales y culturales, porque este nuevo espacio será edificado para comodidad de criollos y

47 Landívar, R. Cit., p. 98.

48 Landívar, R. Cit., p. 98.

49 Landívar, R. Cit., p. 98.

peninsulares. Landívar describe la ciudad enfatizando siempre los lugares de poder, magníficos templos y casas, que: "...adjudicaban a la ciudad nombre y decoro eternos."⁵⁰

Otra catástrofe se cierne sobre la hermosa ciudad, calificada esta vez de "infeliz": "Pero a la infeliz ciudad le esperaba la destrucción."⁵¹ De nuevo está por colapsar simbólicamente el proyecto colonial por el terremoto de 1773, que reaparece aquí como en el "*Canto a Guatemala*" anteriormente analizado. La descripción del siniestro es sumamente efectista. Después de un fuerte temblor: "Caen templos y casas y no queda un solo paso por las calles obstruidas por el rodar de los escombros."⁵² Pero a esa calamidad sigue otra: la inundación:

En tanto, gruesa nube entenebreciendo el cielo arrebató el día y el sol a la ciudad sollozante; y súbitamente convertida en aguacero torrencial destruyó con fangosa inundación todas las riquezas, sepultándolas en lodo y agua.⁵³

La escena final es doblemente dantesca, porque esta vez no se alude a ninguna reconstrucción, por lo tanto, está ausente la esperanza:

El clamor de los hombres se arremolina con los lamentos desgarradores de las mujeres y todo el cielo revienta de gemidos. Los padres lloran a sus hijos sepultados, los hijos a sus padres, y todos, a la ciudad subvertida desde sus raíces.⁵⁴

La acción se corta y el poema continúa la línea temática del título del *Libro*, las cataratas. Mientras que en el "*Canto a Guatemala*" se aprecia un tono más lírico, en el *Libro III* la descripción presenta un registro más realista, afianzado en dos notas a pie de página, que indican las fechas precisas de ambas catástrofes. Por otro lado, es significativo que si interpretamos en clave histórica los desastres de destrucción urbana como fracasos del proyecto colonial, no se traza ningún futuro de reedificación, es decir de reconstrucción de dicho proyecto.

50 Landívar, R. Cit., p. 100.

51 Landívar, R. Cit., p. 100.

52 Landívar, R. Cit., p. 100.

53 Landívar, R. Cit., p. 100.

54 Landívar, R. Cit., p. 100.

La escena termina en la desesperación y el dolor. Y con un futuro incierto, pero abierto a todas las posibilidades, pues la ciudad se ha: “subvertido desde sus raíces”.⁵⁵

Otros factores importantes para tener en cuenta y comprender el tono de esta descripción tremenda es que en 1773 muere su madre, doña Juana Xaviera Ruiz de Bustamante, y es clausurada la Compañía de Jesús, por el papa Clemente XIV. De esta manera, el poeta guatemalteco se encuentra huérfano de madre y de orden religiosa. Se ve reducido al estado laico que durará hasta el fin de sus días.

La utopía posible: humanismo cristiano

Cualquier utopía propone un proyecto de vida político, social, económico, cultural, religioso, que mejore la situación actual y hacia donde todos los esfuerzos individuales y colectivos deben dirigirse. Constituye una especie de horizonte hacia el cual encaminarse, aunque sabiendo de antemano que en el momento en que dicho estado ideal se alcanzara, paradójicamente cesaría de ser una utopía como tal. El concepto se opone al de distopía, que es la negación de la posibilidad de cambio, sea por escepticismo, derrotismo, o inclusive por falta de fe en algo que no es tangible y se vislumbra solo como posibilidad.

Entre el científicismo optimista, el pragmatismo racional y la fe esperanzadora, Landívar elabora una propuesta de sociedad ideal, cuya base sería el humanismo cristiano, donde tanto la fe como la razón justifican que el bien común debe privar sobre el individual para llevar una existencia pacífica dentro de los valores cristianos.

En el texto aparece un Libro entero y un fragmento del apartado final del poema que apuntan hacia una utopía posible. En el primero de ellos aparece un proyecto hacia el futuro, mientras que el fragmento final devela los actores:

- *Libro VI “Los castores”*: proyecto y actores modélicos
- *“La cruz de Tepic. Exhortación a los jóvenes americanos”*: proyecto y actores reales

55 Landívar, R. Cit., p.100.

Los castores: actores modélicos zoomorfos

Landívar parte de una realidad zoológica científicamente comprobable para diseñar una utopía posible. Se vale de una estrategia formal alegórica y didáctica, muy dentro de los cánones de la estética del dieciocho. El poeta guatemalteco observa y selecciona una especie animal que, a pesar de las duras condiciones de subsistencia, logra vivir en paz y libertad mediante el trabajo comunitario racional y disciplinado.

Los castores no constituyen una especie característica de la zona mesoamericana, ni son agraciados, según los códigos de belleza neoclásica. Sin embargo, detrás de su modesta apariencia, Landívar, en su interpretación humanizada de la vida de estos animales, descubre unas cualidades éticas y un modo de vida ejemplar. Los castores demuestran dotes de industriiosidad y solidaridad, su vida familiar es armónica, sus diversiones sanas, construyendo así un modelo paradigmático al que podría aspirar el hombre americano, tan cercano a la naturaleza. De tal forma que las posibilidades de realización de este proyecto serían concretas y prácticas.

El castor aparece siempre como un animal de ánimo bondadoso. Sabe sacar el mejor provecho a la naturaleza que lo rodea y se contenta con una vida frugal pero cómoda para todo el grupo. La solidaridad constituye norma de vida: "...despojados del deseo de vida individual, luego se entregan de nuevo a vivir en común."⁵⁶ La paz es la del bienestar forjado y compartido colectivamente: "...que los tranquilos ciudadanos disfrutan de próspera paz."⁵⁷

Se muestra sumamente inteligente y astuto para sacar provecho de las dificultades y tiene la virtud de ser previsor y planificar con sensatez el futuro, adelantándose a las eventuales catástrofes: "Apretada multitud de castores se apiñan junto al sauce para oponer a las fluctuantes aguas los diques proyectados."⁵⁸, o la hambruna:

Como el agricultor que habiendo segado la mies
abundantísima en el espléndido campo, repleta avaro su

56 Landívar, R. Cit., p. 158.

57 Landívar, R. Cit., p. 160.

58 Landívar, R. Cit., p. 154.

casa,...así cuando este animal llena las suyas de la hoja
anhelada, dispone ordenadamente el dividido ramaje. ⁵⁹

La sobriedad de vida no los hace indiferentes ante la belleza y el decoro –que no es sinónimo de derroche. Su sencilla elegancia no desmerece frente a la opulencia de otros:

...los castores, gustosos de la belleza, dan la última mano a los muros de sus albergues con lujo agreste... Las mansiones principescas no resplandecen con tan bello decoro, aunque los muros se tapicen de sedas, y el oro y la plata conjuntamente engalanen los artesonados. ⁶⁰

El valor más alto para los castores es la libertad, por eso su pérdida es causa de aflicción. La trasgresión a los derechos de la propiedad comunitaria está considerada como la falta más grave y se castiga con el destierro. Así, el castor paga amargamente su condena:

No hay pesadumbre que abata al castor, sino cuando ésta lo toca en el honor precioso de su libertad. Pues si lo cautivan férreas cadenas, o lo retiene prisionero jaula inflexible, al instante, transidas las entrañas de gran dolor, se angustia y llena su cárcel de lastimeros clamores. Y no cesará su hondo lamento sino hasta que, rotas sus cadenas, regrese a los bosques familiares.” ⁶¹

El proyecto utópico de los castores se centra, a grandes rasgos, en el diseño de una sociedad autárquica rural, de convivencia comunitaria e índole reformista. Se coloca dentro del marco referencial de las virtudes y valores cristianos, aunque ya

59 Landívar, R. Cit., p. 160.

60 Landívar, R. Cit., p. 158.

61 Landívar, R. Cit., p. 150. Este fragmento puede leerse también como una alusión descriptiva de su propio exilio, con la diferencia que el suyo lo considera injustificado. Los lamentos en su caso no cesarán, porque además, como se ha indicado anteriormente, como jesuita fue reducido al estado laico en Italia, por decisión papal. Así su exilio es doble. Por otro lado, el regreso a su ciudad natal después del terremoto de 1773 era improbable, ya que se encontraba sin casa, sin familia y sin trabajo.

comprendería algunos atributos propios de una sociedad burguesa embrionaria como la división racional del trabajo, la diligencia laboral.

Si se sitúa este proyecto en el pleno del discurso landivariano, más allá del Libro específico dedicado a los castores, y se le contextualiza en su marco histórico, es posible ampliarlo. Puede entorse una futura sociedad libre, dueña de sus propios y florecientes recursos, con capacidad de dialogar y sostener relaciones de todo tipo, incluidas las comerciales para su propio beneficio. Este nuevo orden, por razones de conocimiento y autoridad, estaría en manos de quien conoce y puede realizar la tarea. De allí que sea una utopía criolla, que encuentra sus raíces en el humanismo cristiano del dieciocho y que tiene rasgos paternalistas hacia los grupos subordinados.

No hay que confundir esta propuesta velada con una incitación al cambio radical de estructuras. Se trata de una visión reformista que parte de una situación social injusta en diversa medida para todos los americanos, que carece de posibilidades de desarrollo autónomo, pero que debe ir encaminándose a su propia versión de inserción en los procesos de modernización. Otra lectura, en clave específicamente “revolucionaria” o tajantemente “preindependentista”, forzaría el análisis del poema y lo descontextualizaría de la posición del autor en su entorno histórico real. Ciertamente el texto puede constituir un proyecto indirectamente prefigurador de otro abiertamente independentista, que, como es sabido, se insertará posteriormente a finales del siglo XIX, como capitalismo dependiente de parte de los jóvenes estado-naciones hispanoamericanos. Por la extensión de este trabajo resulta imposible adentrarse a fondo en el tema.

Los jóvenes: actores-agentes de su propia historia

El poeta jesuita nunca se dejó doblegar por las circunstancias. La raíz estoica de su cristianismo constituyó un soporte ante la adversidad de todo tipo que sufrió durante su vida: el destierro, la muerte de sus familiares cercanos, la pérdida del estatuto sacerdotal, entre otras. Siempre se propuso reaccionar con actitud serena y realista ante las duras vicisitudes de su vida. Mucho de este talante se filtra de alguna manera en la *Rusticatio Mexicana*. En cuanto hombre de fe, poseía una sólida esperanza arraigada en sus creencias religiosas, por lo que no se le dificultaba esbozar utopías.

En efecto, la última unidad compositiva del texto, titulada “*La cruz de Tepic*” se refiere a un fenómeno milagroso, es decir comprobable solo a través de la fe. En el campo, cerca de Tepic, existe una cruz cubierta de vegetación que, al verdear de la campiña, se seca y cuando la campiña se seca, reverdece. En lugar de clavos, tiene espigas y en el sitio de la llaga del costado se aprecia un agujero por donde se dice que manaba agua saludable. Al finalizar esta descripción, aparece una “*Exhortación a la juventud americana*”, donde cambia el registro a otro, de tipo realista con un tono persuasivo. Ya no menciona ni milagros, ni mitología clásica.

El poema de Landívar abarca la temporalidad presente, salvo algunas menciones del pasado histórico como antecedentes o raíces. Sin embargo, por la índole de su discurso, el texto se proyecta hacia el futuro de la región y de sus habitantes. Asimismo, por su actitud optimista, el autor considera que a través de la razón analítica es posible encontrar sentido al caos y soluciones creativas a los problemas.

Además del destinatario culto europeo, Landívar se dirige, en este caso, al grupo criollo ilustrado americano y de manera especial a los jóvenes, en cuanto presente y futuro. Son ellos en ese momento histórico quienes aparecen legitimados para llevar a cabo esta utopía criolla:⁶² adueñarse del presente y del porvenir de estas tierras. Ellos tendrían la capacidad —y la obligación— de comprometerse a consolidar y desarrollar este proyecto utópico-base presentado a través de la alegoría de los castores.

Landívar se dirige directamente a la juventud valiéndose de una sinécdoque —la juventud representa en singular al plural de los jóvenes a quienes se dirige utilizando la segunda persona— para inducirla a aceptar un compromiso. La naturaleza la ha privilegiado con un escenario paradisíaco donde puede:

62 La conceptualización que Higgins elabora sobre la utopía criolla lo resume: “I do not mean to imply that educated criollos, in their capacities as clerics, pedagogues, and/or lawyers, always maintained the idea that the indigenous and mestizo populations existed solely to be exploited, or that every trace of their presence should be effaced from all legitimate forms of culture...even if such interventions derived from a classically paternalistic and hierarchizing conception of social relations...it is my concern to determine the degree to which the inclusion of indigenous and subaltern elements in the textual production of these *letrados* was only deemed permissible as long as it was mediated by them...” Higgins, A. Cit., p. 12.

Gozar del clima benigno, deleitar el oído con las aves y contemplar sus bandadas disparándose a través del espacio con sus alas policromas... el campo ofrece verde esplendor de balsámicos gramales, siempre deslumbrantes de flores,...

Luego, exhorta a la observación y acción inteligentes para cumplir su tarea: “Aprende a estimar en mucho tus fértiles tierras, a explorar animosamente y a investigar con paciente mirada las riquezas del campo y los excelentes dones del cielo.”⁶⁴ El imperativo—en calidad de ruego persuasivo—, a través de los verbos “aprender”, “explorar” e “investigar”, resulta idóneo para motivar una actitud reflexiva y analítica, pero animosa y propiciatoria al cultivo y explotación de las riquezas naturales, consideradas dones divinos a los pobladores del continente.

Landívar describe un antimodelo de joven: el que ni conoce ni aprecia lo propio, holgazanea y no utiliza su inteligencia para el trabajo productivo: “Sea otro el que vaya por las campiñas, doradas por el sol, con desapercibidos ojos, como los animales, y dilapide indolente todo el tiempo en juegos.”⁶⁵ De nuevo se dirige a su destinatario ideal, el joven emprendedor:

mas tú, que posees gran agudeza de entendimiento, despojándote de las antiguas ideas, vístete ahora con las nuevas y resuelto a descubrir sagazmente los arcanos de la naturaleza, ejercita en la búsqueda todas las energías de tu ingenio y con gustoso trabajo descubre tus riquezas.⁶⁶

Este joven americano tiene la tarea de estimar lo propio frente a lo ajeno, de desechar lo viejo por lo nuevo y de utilizar el propio ingenio para el trabajo. Necesita, sin embargo, tanto de la imaginación como de la acción para cumplir su tarea de futuro constructor de otro mundo americano posible. Estos jóvenes actores deben adueñarse de su historia para edificar su futuro.

63 Landívar, R. Cit., p. 376.

64 Landívar, R. Cit., p. 376.

65 Landívar, R. Cit., p. 376.

66 Landívar, R. Cit., p. 376.

Conclusiones

La alternancia del registro bucólico de raíz europea en su vertiente de exaltación de la armonía natural —pero no de paisaje artificioso que sirve de telón de fondo mitificador— por una parte, y por otra, el telúrico que describe una realidad nueva, contrastante, potente y potencial están en la base de la *Rusticatio Mexicana*. Esta oscilación constituye la estrategia escritural del texto, que revela negociaciones y cambios culturales. El poema aparece contaminado por ambas líneas de escritura. Es un texto de espléndida hibridez cultural, entre los más significativos de las letras coloniales del siglo XVIII, ya superado el barroco.

Landívar se vale del motivo de la catástrofe natural —terremotos e inundaciones— en cuanto fenómenos físicos que fracturan la armonía natural del paisaje geográfico inesperadamente, obligando a los pobladores a reaccionar a corto y largo plazos. La reacción ante la calamidad obliga a dominar las emociones para salir de la pasividad y realizar acciones sensatas y pragmáticas valiéndose de las propias capacidades y de la fe. A través de esta firmeza de conducta se persigue la reconstrucción con visión hacia el futuro.

Si aplicamos este esquema de destrucción/reconstrucción en clave metafórica tanto a la vida del autor guatemalteco como a su poema, es de señalar que existe una correspondencia entre actitud de vida y escritura. En el nivel meramente personal, Landívar sufrió serias desventuras: el exilio —que en esa época prácticamente era de por vida—, la muerte de la madre y su única hermana desde lejos, la destrucción de su ciudad natal y de su casa, la clausura de su orden sacerdotal. Frente a esta devastación interior, reaccionó estoicamente de manera coherente con su formación religiosa y filosófica. La fractura de su armonía interior, expresada en algunos momentos líricos del poema, cede ante su perseverancia por encontrar sentido a las desgracias dentro del marco no solo de una observación analítica, hasta donde eso es posible cuando se trata de emociones, pero sólidamente anclado en sus creencias religiosas trascendentalistas y providencialistas.

En lo que se refiere a una interpretación del motivo de la catástrofe natural al plano histórico y social, también allí se observa que la armonía, que vendría a ser sinónimo de paz y justicia, se

fragmenta cuando hay abuso, violencia. En este caso, puede señalarse, el propio proceso de colonización: los españoles que arrebatan las tierras a sus dueños naturales, los indígenas, la prepotencia y rapacidad de bienes y honores de parte de los peninsulares sobre los criollos. Existe, pues, una energía negativa acumulada que podría explotar sin previo aviso (como sucedió posteriormente con los movimientos independentistas). Pero también existe una energía positiva acumulada: la potencial riqueza agrícola y laboral americana, la de la fe religiosa que conformarían una utopía americana de cuño criollo.

Landívar trata de encontrar sentido al caos emocional y social. Para esto se vale de la razón analítica, desde una perspectiva de cientificismo optimista conjugada con la fe cristiana. Así, supera el dolor humano a través de la acción transformadora de las circunstancias, mediante la creación de otra realidad u objeto. El poema mismo es prueba fundamental de esta voluntad tenaz de dominar el sufrimiento. La fractura del orden provoca al final la elaboración de otro orden, a veces mejor que el anterior.

Encontrar sentido implica leer en los signos la tragedia, tan irracional en un primer momento. Pero si se inscribe y explica dentro de algún tipo de código, en este caso el racional y el religioso, puede encontrarse alguna validez al dolor. Lo importante, desde la óptica del poeta guatemalteco, es restaurar el equilibrio. Así la tragedia es un rito de conocimiento y autoconocimiento, porque provoca procesos de saneamiento exterior e interior que resultan purificadores.

Pero Landívar va más allá: propone un proyecto utópico. En efecto, a través de una lectura zoomórfica, los castores se convierten en modelos de conducta y de vida humanas. La selección de una especie animal poco agraciada pero de comprobada diligencia y solidaridad se transforma en paradigma de valores cristianos, fundamentos de esta utopía criolla. Estos nuevos sujetos americanos serían los actores autorizados para realizarla, ya que poseen el conocimiento y el poder, los cuales ejercitarían con visión americanista, y el sesgo paternalista —no hay que olvidar que estamos todavía en el siglo dieciocho. Este proyecto estaría basado en un humanismo cristiano, en el cual el interés colectivo debería privar sobre el individual. Es, pues, para el jesuita guatemalteco, una utopía realista, pragmática y posible para su momento y contexto.

Son los jóvenes criollos americanos quienes, según Landívar, deben comprometerse a realizar este proyecto que va más allá de una patria o nación guatemalteca que en ese momento no existía, tal como la entendemos ahora, por razones históricas. No se trata de una utopía revolucionaria, sino reformista, por etapas. Ellos son dueños del presente y futuro americano, y por tanto, los señalados para iniciar la construcción de otra realidad cultural e histórica americana y americanista, que de manera autónoma disfrute de sus bienes potenciales en medio de un sentido humanista cristiano. Ese es el sentido del discurso poético de Rafael Landívar: del caso momentáneo de la catástrofe natural o la tragedia personal puede —y debe— resurgir el equilibrio armónico con su modelo utópico en el horizonte, como brújula del nuevo camino.

BIBLIOGRAFÍA

- Acevedo, Ramón Luis. *La novela centroamericana*. Puerto Rico: Editorial Universitaria, 1982.
- Accomazzi, Gervasio y Méndez de Penedo, Lucrecia. “Rafael Landívar, vida y obra”, *Historia General de Guatemala (III)*, Eds. Jorge Luján Muñoz y Cristina Zilbermann. Guatemala: Sociedad de Amigos del País, Fundación para la Cultura y el Desarrollo, 1995.
- Bendfeldt Rojas, Lourdes. “Bibliografía landivariana”, *Universidad de San Carlos*, No. 61 (sep., oct., nov.), Guatemala: Editorial Universitaria, 1963.
- Beverly, John. “Nuevas vacilaciones sobre el barroco”, *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, Año XIV, NO. 28, Lima, 2º Semestre, 1988.
- Browning, John. “Landívar: poeta, historiador y nacionalista”, *Historia General de Guatemala (III)*. Eds. Jorge Luján Muñoz y Cristina Zilbermann. Guatemala: Sociedad de Amigos del País, Fundación para la Cultura y el Desarrollo, 1995.
- Higgings, Antony. *Constructing the Criollo Archive. Subjects of Knowledge in the Biblioteca Mexicana and the Rusticatio Mexicana*. Indiana: Purdue University Press, 2000.
- Klaiberg, Jeffrey. *Los jesuitas en América Latina, 1549-2000. 450 años de inculturación, defensa de los derechos humanos y testimonio profético*. Lima: Fondo Editorial de la Universidad Antonio Ruiz de Montoya, 2007.

- Landívar, Rafael. *Rusticatio Mexicana. Por los campos de México*. Prólogo, versión y notas de Octaviano Valdés. México: Editorial Jus, 1965.
- Mata Gavidia, José. *Introducción a la Rusticatio Mexicana*. Guatemala: Editorial Universitaria, Universidad de San Carlos de Guatemala, 1950.
- Méndez de Penedo, Lucrecia. “Estructura y significado en la Rusticatio Mexicana”, *Cultura de Guatemala*. Año III-Vol.III, sept./dic., Guatemala, Universidad Rafael Landívar, 1982.
- Méndez de Penedo, Lucrecia. “Perfil y función del sujeto criollo en el discurso poético landivariano”, *El discurso colonial: construcción de una diferencia americana*. Eds. Poupenoy-Hart, Catherine y Albino Chacón Gutiérrez. Costa Rica: Ed. Universitaria Nacional, 2002.
- Méndez de Penedo, Lucrecia. “Real Museo/Mausoleo del Dolor”, *La obra de Manuel Mariano de Iturriaga, S.J., en los reinos de la Nueva España y Guatemala*. Ed. Rosa Helena Chinchilla M. Guatemala: Universidad Rafael Landívar-University of Connecticut, 2006.
- Méndez de Penedo, Lucrecia. “Perfil y función del sujeto criollo en el discurso poético landivariano”, *El hilo del discurso*. Guatemala: Universidad Rafael Landívar, 2007.
- Moraña, Mabel. “Barroco y conciencia criolla en Hispanoamérica”, *Revista de Crítica Literaria Hispanoamericana*. No. 28, Año XIV, Lima, 2do. semestre, 1988.

POESÍA, CIENCIA Y UTILIDAD:
LA *RUSTICATIO MEXICANA*
DE RAFAEL LANDÍVAR
ENTRE INSTRUCCIÓN Y DELEITE

Stefano Tedeschi
Università di Roma “La Sapienza”.

La obra de los jesuitas americanos que viven en Italia a partir de la expulsión de 1767 ha sido objeto en los últimos años de notables estudios y de importantes valoraciones¹, mientras menor atención han despertado sus otras actividades culturales como naturalistas o como poetas, donde también lograron importantes resultados, como atestiguan los libros del guatemalteco Rafael Landívar o del chileno Juan Ignacio Molina.²

De hecho las largas listas de minerales, plantas y animales que acompañan las obras históricas de Francisco Javier Clavigero, Ignacio Molina, Juan de Velasco, José Jolí y otros, o las partes didácticas de la *Rusticatio Mexicana* no dejan hoy de ser meros repertorios curiosos, sin gran interés para los estudiosos modernos. Estas secciones sobre la naturaleza funcionan casi siempre nada más que como una introducción a la parte histórica, la que de verdad más interesa a nuestros autores. En todo caso, ellos se mueven totalmente dentro del gran debate polémico desatado por Cornelius

1 Bastará con recordar el libro fundamental y pionero de Miguel Batllori, *La cultura hispano-italiana de los jesuitas expulsos: españoles, hispanoamericanos, filipinos, 1767-1814*, Madrid, Gredos, 1968, y algunos textos recientes, ricos en bibliografía y en nuevas propuestas interpretativas, como los de J. Cañizares Esguerra, *How to write the History of the New World. Histories, Epistemologies and Identities in the Eighteenth-Century Atlantic World*, Stanford, 2001 y la compilación de M. Tietz (ed.), *Los jesuitas españoles expulsos*, Madrid-Frankfurt, Iberoamericana-Vervuert, 2001, K. Kohut, S.V. Rose, *La formación de la cultura virreinal*, vol. 3, El siglo XVIII, Madrid-Frankfurt, 2006.

2 L. Millones Figueroa, D. Ledezma (eds.), *El saber de los jesuitas, historias naturales y el Nuevo Mundo*, Madrid-Frankfurt, Iberoamericana-Vervuert, 2005.

de Pauw (y en menor medida por Buffon) sobre la supuesta inferioridad del mundo americano. Cuando la polémica amaina a comienzos del siglo XIX (o mejor dicho se transforma), muchas de las razones de los jesuitas se vuelven obvias, y por ejemplo el mismo Molina cambia unos capítulos de su ensayo al reimprimirlo en 1810³. Los futuros lectores podrán, pues, saltar esas partes sin gran remordimiento y las notas naturalísticas de los jesuitas quedarán al margen de los estudios, que se centrarán sobre todo, en las nuevas naciones americanas, en la revisión de las historias de los antiguos aztecas o de los habitantes del Reino de Quito. De la misma manera, el gran poema didáctico de Landívar, la *Rusticatio Mexicana* (Bolonía, 1781) se lee hoy más bien como un poema descriptivo, en el que se subraya la excelencia del arte de Landívar al dibujar los volcanes, los lagos, los ríos de su *cara parens, dulcis Guatimala*⁴.

Volviendo hoy a leer aquellas páginas no quiero de ninguna manera rescatar su valor científico, sino concentrarme en un sistema de clasificaciones y descripciones que revela una línea de interpretación del mundo americano original y aún interesante.

El punto de partida de los jesuitas se sitúa en la consideración que los errores de los europeos nacen esencialmente de la ignorancia sobre la realidad de la naturaleza americana como consecuencia de la falta de experiencia directa. De aquí nace la idea de su nueva misión en Europa: ellos podrán remedar los disparates de Pauw y Buffon, gracias al hecho de haber vivido tantos años “del lado de allá” (como afirman tantas veces en sus obras) y gracias a sus estudios pormenorizados de la realidad americana.

Según estos autores la falta de experiencia directa es la causa de otros dos grandes malentendidos para los europeos, uno concerniente a la novedad del continente americano⁵, y otro de tipo lingüístico,

3 Me refiero aquí a la que Antonello Gerbi llama “La disputa del nuevo mundo”, en su libro homónimo, ya un clásico sobre el tema (Milano-Napoli, Ricciardi, 1959).

4 R. Landívar, *Rusticatio Mexicana*, ed. J. Mata Gavidia, Guatemala, 1950, repr. Anastatica ed. 1781, p. III, v. 1.

resultado del abuso de la nomenclatura europea para realidades totalmente diferentes, un abuso que ya habían subrayado autores como Fernández de Oviedo, el padre Acosta y el mismo Buffon.

La problemática lingüística se coloca en el centro de la reflexión de los jesuitas, tanto para la toponomástica como para las clasificaciones de la naturaleza: si América es un mundo tan viejo como Europa, es en todo caso diferente, y no se podrán por lo tanto aplicar a él las palabras del Viejo, y habrá que recurrir a las lenguas autóctonas para comprenderlo mejor. Todos los escritores jesuitas utilizarán los nombres indígenas para indicar los lugares y los minerales, las plantas y los animales, por ejemplo Clavigero dedicará una parte de su sexta disertación a la exposición detallada de las maravillas de la lengua mexicana. Las cuestiones de la lengua sirven así como enlace entre la Historia Natural y lo que ellos llaman la *Historia Antigua* o la *Historia Civil*: si el conocimiento de las lenguas autóctonas sirve para describir el mundo geográfico y el natural, servirá también para presentar con autoridad los acontecimientos históricos de los diferentes pueblos americanos⁶. Landívar, como otros autores que eligen escribir en latín, se plantea en cambio el problema de inventar neologismos para aquellas realidades que no podía encontrar en los vocabularios de los antiguos romanos, prueba que supera con gran acierto, como se podrá observar más adelante.

5 Gerbi cita, por ejemplo, a Buffon: “Tout semble donc indiquer que les Américains étoient des hommes nouveaux, ou, pour mieux dire, des hommes si anciennement dépayés, qu’ils avoient perdu toute notion, toute idée de ce monde dont ils étoient issus. Tout semble s’accorder aussi pour prouver que la plus grande partie des continents de l’Amérique étoit une terre nouvelle, encore hors de la main de l’homme, et dans laquelle la nature n’avoit pas eu le temps, ni celui de se développer dans toute son étendue;” (A. Gerbi, op.cit., p. 21) , mientras Clavigero le responde con claridad: “Nuestro mundo que vosotros llamáis nuevo porque hace tres siglos no era conocido de vosotros, es tan antiguo como vuestro mundo, y nuestros animales son igualmente coetáneos de los vuestros.” *Historia Antigua de México*, México, Porrúa, 1982, p. 484.

6 La cuestión de la lengua resulta central en las obras de los jesuitas, ya que muchos de ellos estudian las lenguas autóctonas y al final escriben sus obras en italiano o en latín, para entrar en relación con el público europeo, y porque de alguna manera continúan las reflexiones que habían empezado Bernardino de Sahagún y Garcilaso el Inca.

Describir y clasificar el mundo de la naturaleza significa entonces para ellos dar el primer paso hacia un re-descubrimiento generalizado de América que pueda al mismo tiempo explicar el pasado y abrir una ventana hacia el futuro. Los dos grandes paradigmas clasificatorios disponibles para entonces se irán sumando en los escritos de los jesuitas en síntesis curiosas y significativas: se respetará la clásica tripartición en reino mineral, vegetal y animal, pero Molina juntará por ejemplo una descripción al estilo de Buffon a una clasificación (en las notas al pie) derivada del sistema de Linneo, mientras Clavigero propone una presentación de los vegetales bastante curiosa, ya que estos resultan divididos en “recomendables por sus flores, otras por su fruto, otras por sus hojas, por su raíz, por su tallo o por su madera, y otras finalmente por sus gomas, resinas, aceites y jugos”.⁷

Observando más de cerca los tres reinos de la naturaleza descubrimos que, como todo el mundo sabía muy bien, el reino mineral se recomendaba por su variedad y riqueza, pero una observación de Clavigero refiriéndose a la plata, cambia radicalmente el punto de vista respecto a las necesidades europeas: “La plata que *tenía allí mucho menor aprecio* que entre otras naciones, se sacaba de las minas de Tlachco (hoy Taxco), de Tzopmanco y otras.”⁸

Molina en cambio, presentando la *mica membranacea* construye una comparación entre Chile y Rusia, conjugando afán enciclopédico, apreciación estética y utilidad:

La mica membranacea detta altrimenti Vetro di Moscovia, vi è perfetta nel suo genere, così per la grandezza, come per la nettezza delle sue lamine, le quali vengono impiegate dai paesani nel compor fiori artificiali, e sulle finestre in vece di lastre di vetro, come usano i Russi. Molti ancora la preferiscono al vetro, perché non essendo soggette a rompersi, hanno di più la comodità di lasciar vedere alle persone di dentro gli oggetti esterni, e d'impedire a quelle di fuori di osservare gl' interni.⁹

7 F.J. Clavigero, *Historia Antigua de México*, México, Porrúa, 1982, p. 11.

8 F.J. Clavigero, *Historia Antigua de México*, México, Porrúa, 1982, p. 9.

9 J. I. Molina, *Saggio sulla storia naturale del Chili*, Bologna, 1782, p. 77.

Landívar dedica dos cantos de la *Rusticatio*, el séptimo y el octavo, a las minas y a los beneficios de la plata y del oro, y los dos resultan entre los más didácticos del poema, ya que aquí se explican con muchos detalles la búsqueda de los campos ricos en minerales preciosos, la construcción de las minas, con todas las cautelas necesarias y los peligros posibles, para terminar con la organización tan peculiar de la sociedad de los mineros y de los beneficios económicos que se sacan de esta actividad, tan importante para la Nueva España. La descripción de las múltiples tareas de los mineros es minuciosa y en estos versos se juega la dialéctica entre el “deleite” y la “instrucción” que mueve todo el poema landivariano. En efecto, el tema no encuentra su mejor expresión en un texto poético, y Landívar lo reconoce, casi en seguida, oponiendo, en las primeras líneas del séptimo canto, las maravillas del mundo natural a las profundidades de la tierra: aquí lo que importa es la abundancia de las riquezas, *quae divitiis complerunt prodiga mundum*¹⁰ La adjetivación de los cantos, y la construcción sintáctica se hacen a menudo difíciles, abruptas, y para el poeta es arduo explicar el duro trabajo de un mundo habitado por hombres descritos en términos inequívocos:

Scilicet has semper fodiunt mercede cavernas
impatiens tolerare jugum faex infima vulgi:
quos inter multis, gravibusque obnoxia poenis
improba gens latitat, plebique admixta laborat.¹¹

Problema parecido se encuentra en el canto octavo, al explicar el mecanismo de separación de la plata por medio del mercurio, el *argentum vivo*, y aquí el verso resulta de verdad enrevesado, y la

10 R. Landívar, *Rusticatio Mexicana*, cit., p. 76, v. 9.

11 R. Landívar, *Rusticatio Mexicana*, cit., p. 86, vv. 302-305; “Ya que siempre cava las minas mediante salario la infima hez del vulgo, que no sufre servidumbre: entre ellos se encuentran criminales condenados a graves castigos, y trabajan junto a la plebe” (de aquí en adelante la traducción es mía). La descripción que sigue es aún más explícita: *Turpibus addictum poenis ob crimina furem, / Crudelesque manus rorantes sanguine cernes, / Et qui perfectae ruperunt vincula vitae, / Gaudentes potius tetros habitare recessus, / Quam sacro submissa jugo supponere colla*. “Allí se observan el ladrón castigado por sus crímenes a penas ignominiosas, y manos crueles chorreantes de sangre, y quien rompió los lazos de la vida honesta, dichoso más bien de vivir en siniestras guaridas, que someterse a odiosa prisión” (vv. 306-310).

“istruzione” rebasa abundantemente el “deleite”, pero es propiamente en estos versos que llegamos a medir la novedad del poema landivariano. Lo había notado Giuseppe Petronio al hablar de los poetas didácticos italianos, contemporáneos de nuestro autor, y sobre los cuales habrá que volver:

Il loro illuminismo allora, ciò che li distingue dagli scrittori della generazione precedente, è che essi intendono il rapporto tra ammaestrare e dilettere in misura diversa, e riempiono quei due termini di un significato nuovo, dando all’ammaestrare un peso maggiore e assegnando alla poesia un compito di ammaestramento non genericamente morale e interiore, ma sociale, a fini dunque legati alla situazione concreta.¹²

Sin embargo serán los reinos vegetales y animales los espacios donde la estrategia de los jesuitas se desarrollará con más evidencia. Hemos observado ya la original subdivisión de Clavigero, pero cuando nos acercamos a cada especie podemos apreciar un movimiento peculiar, que parte de una definición para llegar a una descripción, siguiendo las ideas de Buffon con el objetivo de corregirlo. Así Molina habla de la *quinna* como de una “una specie di Chenopodio, che cresce da tre in quattro piedi”, describe sus hojas y sus flores, y todas las variedades para concluir con el uso culinario y farmacéutico.¹³

Se puede notar cómo en pocas líneas Molina pasa de la definición científica a la descripción física, para terminar con el uso alimenticio, entonces desconocido para los europeos. Lo mismo ocurre con muchísimos otros vegetales, todos de gran importancia para el mundo americano, entre los cuales se destaca naturalmente el maíz, así descrito por Clavigero, con una acumulación típica de elementos positivos, subrayados por la repetición de los superlativos:

Entre los granos nativos de Anáhuac, el principal, el más usual y el más útil era el maíz, que los mexicanos llamaron *tlaolli*, del cual hay muchas especies diferentes en magnitud, color, peso y gusto; pero todas superiores al que hemos

12 G. Petronio, “Letteratura e Scienza nell’età dell’Illuminismo”, in AA.VV. *Letteratura e scienza nella storia della cultura italiana*, Palermo, 1978, p. 186.

13 J. I. Molina, *Saggio sulla storia naturale del Chili*, Bologna, 1782, p. 130.

comido en Europa. Lo hay grande y menudo, blanco, amarillo, azul, morado, rojo y negro. Del maíz hacían los mexicanos su pan e innumerables manjares y bebidas, como diremos en otro lugar.¹⁴

Tampoco las flores escapan de ese mismo criterio:

El *yolloxóchitl* (flor de corazón) es también grande y no menos recomendable por su belleza que por su olor, el cual es tan intenso que basta una sola flor para embalsamar el ambiente de toda una casa. Consta de muchas hojas glutinosas y apretadas unas contra otras a manera de repollo, blancas por fuera y un poco rojas por dentro y distribuidas de tal suerte que abierta la flor y extendidas sus hojas forman una estrella, que, cerrada, remeda la figura de un corazón, lo cual dio motivo al nombre que le pusieron los mexicanos.¹⁵

Landívar no dedica un canto específico a la flora de Guatemala, pero todo el canto IX está consagrado al azúcar, empezando por la elección del campo, el sembradío, la limpieza de las plantas:

Roscida sed tandem, ter quinis lucibus actis,
luxurie canneta videns velata comanti,
ac totum teneris vestitum frondibus agrum,
protinus afra manus propriis accingitur armis,
et curva runcare parat sata laeta securi,
rustica ne faetus accrescens herba novellos
(ut solet interdum furiis agitata noverca)
suffocet, nocuosque tegat longo agmine mures.
Hinc terram videas totam nigrescere turba,
inque atrum subito viridem mutare colorem.¹⁶

14 F.J. Clavigero, *Historia Antigua de México*, México, Porrúa, 1982, p. 15.

15 F.J. Clavigero, *Historia Antigua de México*, México, Porrúa, 1982, p. 11.

16 R. Landívar, *Rusticatio Mexicana*, cit., p. 103, vv. 70-83; “Viendo después de quince días los rociados cañaverales cubiertos abundantemente de hierba, y todo el campo revestido de tiernos follajes, pronto la mano africana, con sus instrumentos, se dispone a escardar con la curva hoz el exuberante sembradío, para que la rebosante yerba agreste no sofoque los renuevos –como a veces acostumbra la enfurecida madrastra– y esconda el numeroso ejército de nocivos ratones. Verás así toda la tierra ennegrecerse de gente, y el color verde cambiarse en oscuro”.

Al final llega a la explicación de los diferentes tipos de trapiches, acompañada por dos dibujos: aquí lo que en Molina y Clavigero eran notas de color en el interior de un texto más amplio, llega a ser materia de toda una sección del poema, que se presenta como un verdadero ejemplo de todas las preocupaciones del autor: se pueden apreciar en efecto versos sobre los peligros del trabajo en los trapiches, con una nota doliente sobre las víctimas, evidentemente numerosas:

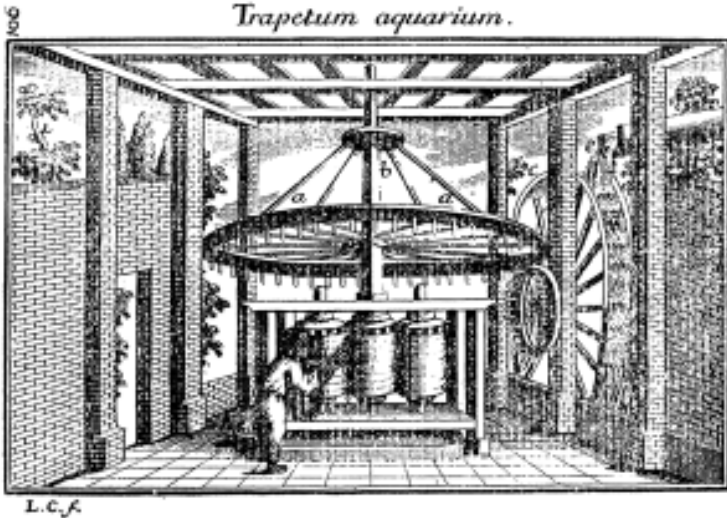
Vae tamen huic, digitos cui moles forte momordit!
 Quippe magnus digitos sequetur, sequiturque lacertus,
 integrumque dein abducunt brachia corpus.
 [...]
 Ah! quoties fato truncati membra maligno
 indolui sortem transfixus saeva dolore!¹⁷

Landívar dedica después largas partes a la transformación del jugo de la caña en el azúcar blanco, a la utilidad comercial del producto, y a las grandes riquezas que nacen de las plantaciones, para terminar con una descripción sobre el uso del azúcar moreno, preferido por los grupos populares, que lo utilizan para cocinar dulces y para extraer licores, con el usual comentario que abre una ventana sobre la vida cotidiana del mundo colonial:



17 R. Landívar, *Rusticatio Mexicana*, cit., p. 108, vv. 204-214; “¡Ay de aquél a quien los dedos mordiera la máquina! porque detrás de los dedos viene la mano, y el brazo, y los brazos arrastran todo el cuerpo. ¡Ah! Cuántas veces, transido de pena lloré la suerte dolorosa del que, desdichada fatalidad, sufrió la mutilación de su cuerpo.”.

Tum formis brevibus nuper densata recondit,
 Quae durata ferunt calido sub Sole placentas.
 Ore subobscuram, ceramque referre recentem
 advertas massam: mirum at, quam laeta coemptis
 exiguo pretio vilis plebecula plaudat.
 His onerat dapibus mensas, epulasque coronat;
 his quoque probrosa validos trahit arte liquores,
 ebria quæis planta graditur titubante per urbes.
 Hinc facile exilio non nulli candida pellunt
 sacchara, et obscuras gaudent pensare placentas:
 scilicet ut pretio merces breviorè parandæ
 allicerent plebem, nummosque augetet avarus.¹⁸



18 R. Landívar, *Rusticatio Mexicana*, cit., p. 114, vv. 373-382: “Luego lo meten, espesado, en moldes pequeños, y al sol caliente se reduce a tortas endurecidas. Su masa te parecerá casi obscura, semejante a la cera reciente, pero es admirable cómo le gusta al vulgo, que las compra a bajo precio. Con estos alimentos rellena las mesas y adorna los convites; y también extrafuertes licores con despreciable industria, con los cuales se tambalea ebrio por las ciudades. Por esto algunos prefieren desterrar los nevados azúcares y cuajar oscuras tortas, para que la mercancía más barata atraiga a la plebe y aumente la ganancia de los avaros.”.

Una descrizione tan entusiasta de la naturaleza americana no podía dejar de lado el mundo animal, extraordinario por la cantidad y calidad de las especies, es decir, lo exacto, contrario de lo que habían afirmado los científicos europeos. Molina, Clavigero y los otros jesuitas se explayan en descripciones de peces, aves y cuadrúpedos, y muchos de ellos les parecen de verdad muy útiles, como el guanaco para Molina, y también aquí la descripción física deja el paso a la manera de capturarlos con los lazos, y a la importancia económica del animal, por su carne y sus pieles, característica totalmente desconocida en Europa.¹⁹

El mismo estilo de descripción, aunque en forma más resumida, se encuentra en los textos de Clavigero, llenos de animales con nombres extraños, del *tlacuatzin* al *techichi*, del *amixtli* al *abuizotl*, para terminar con el *axolotl* y con las innumerables especies de insectos, entre los cuales resaltan la grana y la cochinilla, tan apreciadas por el historiador veracruzano que les dedica más de una página.

Por otro lado, no se puede olvidar que también Rafael Landívar describe el mundo animal con gran riqueza de detalles: cantos enteros del poema están dedicados a la cochinilla, a los grandes y pequeños cuadrúpedos (cantos X y XI), las aves (canto XIII) y las fieras (canto XIV). Uno de los más importantes, el sexto, se centra en la sociedad de los castores, metáfora no tan encubierta de un proyecto utópico de sociedad bien ordenada, como se podrá ver más adelante.

19 J. I. Molina, *Saggio sulla storia naturale del Chili*, Bologna, 1782, p. 319-320. Por su interés vale la pena citar el texto por entero: “I Nazionali danno loro la caccia coi cani. Gl’ indiani montati sopra cavalli leggierissimi giungono a prenderli vivi, gettando loro da lontano un laccio alle gambe. Questo laccio, che essi chiamano *Laque*, è fatto di una striscia di cuojo lunga cinque, o sei piedi, alla cui estremità attaccano due sassi della grossezza di una palla di tre libbre. [...] Costoro sono così destri a maneggiare questa specie di frombola, che con essa colpiscono qualunque animale anche in distanza di trecento o più passi: ma quando vogliono averlo vivo, lo lanciano in maniera che la corda venga ad incontrare solamente le gambe, e le allacci, e le stringa colla forza, e col movimento di rotazione dei sassi. [...] Se i Chilesi s’ applicassero a domesticare un animale così importante, aggiungerebbero un nuovo ramo di commercio alle altre produzioni del loro Paese. La carne di questi animali specialmente giovani è preziosa, e non la cede a quella del vitello: quella degli adulti è un poco dura, ma salata diventa eccellente, e vien ricercata dai marinai per servirsene nelle navigazioni di lungo corso, non tanto perché si conserva meglio di qualunque altra carne, quanto perché riesce sanissima: il pelo è anche ottimo per fare cappelli, e potrebbe anche impregnarsi nelle manifatture de’ ciambellotti.”

Para describir el mundo animal, Landívar debe resolver un problema terminológico, ya que no halla en el vocabulario latino las palabras para las especies típicas de América, y resuelve la cuestión de dos maneras, ambas de gran elegancia y con buenos resultados estéticos. Una primera solución consiste en la adaptación de palabras latinas para especies de alguna manera similares a las europeas, por ejemplo el *pavum*, al que se añade el adjetivo *indum*.

Jamque Indum longe nemora inter frondea Pavum
agmine densato sobolis, turbaque sororum
stipatum cerno gramen tondere sub umbra.²⁰

O el bisonte, al que se llama *bobis jubati*:

Hoc nemus, has undas, haec gramina torvus amavit
impexis per terga comis *bos* saepe *jubatus*
dictus, et antiquo forma spectabilis orbi.²¹

O finalmente el coyote, llamado *lycisca*, que se compara con el lobo y el zorro, como ya había pasado en los primeros autores que lo habían descrito.

La otra solución se basa en la creación de neologismos que se insertan en los versos latinos, como ocurre con el centzontle, *Centzontlus fucato nomine dictus*²² o con el tapir, al nombre del cual se añade una nota explicativa sobre otro nombre americano del mismo animal²³.

Aquí también la descripción naturalística se acompaña de una constante preocupación por la “utilidad”, ya que casi para cada animal se explica la manera de cazarlo y el posible uso alimenticio, lo que era una gran novedad para el público europeo.

20 R. Landívar, *Rusticatio Mexicana*, cit., p. 161, vv. 29-31: “Ya contemplo entre las espesuras del bosque el Pavo Indígena con su numerosa prole y la multitud de las hembras que pacen a la sombra de la tupida hierba.”

21 R. Landívar, *Rusticatio Mexicana*, cit., p. 175, vv. 15-17: “Este bosque, con sus aguas y pastos, amaba el toro crinado, así conocido por la melena de su dorso, y de aspecto sorprendente para los del viejo mundo”. La descripción del bisonte sigue hasta el verso 50, siendo una de las más largas de todo el poema.

22 R. Landívar, *Rusticatio Mexicana*, cit., p. 167, v. 200.

23 R. Landívar, *Rusticatio Mexicana*, cit., p. 177, vv 51 ss. La nota dice: “Fera haec in America Septentrionalis Danta appellatur”.

Acercándonos al poema de Landívar para observarlo mejor, descubrimos entonces que su fama ha perjudicado una profundización interpretativa y que, por otro lado, sus características literarias han favorecido una catalogación no problemática, más cercana al elogio erudito que a una lectura analítica. Lectura analítica que, en cambio, permite situar al poeta guatemalteco en una trayectoria cultural más cercana a la de los historiadores y de los científicos que a la de los poetas contemporáneos.

La *Rusticatio* se sitúa en efecto en el centro de un sistema de coordenadas culturales muy concretas, entre las cuales habrá que destacar por lo menos algunas. La primera es la obvia derivación clásica, que Landívar recuerda claramente (Virgilio, Ovidio, Columella, hasta la poesía didáctica del Humanismo italiano), y de la cual aprende una lección fundamental sobre la importancia de los trabajos concretos, a veces humildes: en esto se revela más cercano a Virgilio de lo que la crítica ha pensado hasta hoy. Nos parecen muy adecuadas las palabras de Gian Biagio Conte en su introducción a las *Geórgicas*:

Il compito *grande* sta ora nelle cose *piccole*: il problema di Virgilio non è più di mostrare e descrivere qualcosa che sia intrinsecamente meraviglioso, bensì di far scoprire come oggetto di meraviglia quel che già è posseduto. Ed ecco che il mondo delle api si fa spettacolo mirabile ma anche insegnamento etico, e la loro umile fatica merita il *labor* del poeta [...] Forse una semplificazione può in qualche modo aiutarci: schematizzando, e facendo appello a un binomio di categorie astratte, potremmo dire che se Lucrezio tende a ricondurre tutta la realtà delle cose, e con esse la stessa cultura umana, alla *natura*, lo sforzo di Virgilio va in senso opposto: per quel che può, egli asseconda la trasformazione della natura in *cultura* degli uomini.²⁴

La segunda referencia es la que concierne a la tradición de la poesía encomiástica colonial: había empezado Bernardo de Balbuena,

24 G.B. Conte, "Introduzione" a *Georgiche*, en Virgilio, Opere Minori, Milano, Mondadori, pp. 125-126.

con su *Grandeza Mexicana*, e innumerables poetas menores habían seguido en la misma línea: Landívar abre el poema con la descripción de la belleza de las capitales novohispanas, pero pronto deja el espacio urbano para celebrar la hermosura de los campos, de las montañas, de los lagos y los ríos, con una acentuación positiva de gran importancia.

En tercer lugar hay que recordar la enorme cantidad de poemas didácticos, en latín y en italiano que se publica a lo largo del siglo XVIII, algunos escritos propiamente por jesuitas, que recuperan la herencia de la Arcadia para expresar los nuevos intereses científicos y económicos de la Ilustración. Ya Arnold L. Kerson había señalado que en el mismo año 1781 se habían publicado en Roma dos poemas didácticos en latín dedicados al Brasil, obra de dos jesuitas portugueses²⁵. Por otra parte las posibles influencias de los autores italianos son múltiples, a partir de la ineludible referencia a Giuseppe Parini, al que hay que añadir algunos autores menores, seguramente conocidos por Landívar sea porque son jesuitas o ex jesuitas, sea porque viven y publican en regiones cercanas a Bolonia. Creo que se debe recordar por lo menos *Il Canapaio* del poeta Girolamo Baruffaldi (Bolonia, 1741), dedicado al cultivo del cáñamo, *Le Perle* de Giambattista Roberti, interesante poema sobre las perlas (Bologna, 1756), con referencias curiosas al mundo americano²⁶, el *Baco da seta*, del poeta-agricultor Zaccaria Betti (Verona, 1756), *La coltivazione del riso* de Giambattista Spolverini (Verona, 1758), que tiene notables parecidos estructurales con algunos cantos de la *Rusticatio* y, finalmente *La coltivazione de' monti*, de Bartolomeo Lorenzi, poeta, científico e importante reformador (Verona, 1778), con una sección sobre el uso de las minas explosivas que recuerda los versos de Landívar sobre la minería.

Finalmente, habrá que recordar los estudios científicos de sus colegas americanos y la omnipresente polémica sobre el Nuevo Mundo a la que ya hemos aludido. Estas múltiples referencias se unen a una pluralidad de motivaciones que es posible encontrar en el poema: al

25 Se trata de *De Rusticis Brasiliae Rebus*, de José Rodrigues Melo, y *De sacchari opificio*, de Prudencio do Amaral (citados en A. L. Kerson, "El concepto de Utopía de Rafael Landívar en la *Rusticatio Mexicana*", en *Revista Iberoamericana*, n. 96-97, Julio-Diciembre 1976, pp. 363-381).

26 Se trata de los versos 633-638, acompañados por una nota explicativa del mismo autor, en la que se describen los lugares más famosos para la pesca de las perlas.

lado de un propósito más evidente, el de facilitar al lector europeo un panorama interesante y agradable de la Nueva España, se encuentran otros menos obvios, que identifican otros posibles destinatarios.

La adjetivación, siempre sustentada en tono de elogio, nos revela ya una doble eficacia: la de una polémica subterránea contra los “filósofos modernos”, pero que puede funcionar al mismo tiempo como exhortación hacia los lectores americanos para que conozcan mejor su tierra, digna de recibir toda atención. El público americano, lejano geográficamente pero bien presente en el proyecto de escritura de Landívar, será entonces el destinatario de la parte didáctica del poema, un proyecto que quizás sea su característica más original.

Este proyecto se puede apreciar claramente con una lectura que tome en consideración paralelamente las partes descriptivas de la *Rusticatio* con las secciones exhortativas. En el poema, el espacio natural, lugar donde viven los hombres, tanto del pasado como del presente, ocupa un puesto central, tanto que su fama está justamente en las descripciones de las maravillas naturales, las cataratas, los volcanes, los lagos. Se encuentran aquí los núcleos conceptuales del estudio de la naturaleza del siglo XVIII: la belleza de la naturaleza se junta sin fisuras a su interés científico y a su utilidad económica. La idea de “utilidad” representa el eje central para Landívar, que se viste de cantor para exaltar la fecundidad de la tierra, la riqueza de las ciudades, la opulencia del subsuelo, la variedad y la exuberancia de la flora y de la fauna, la peculiaridad y el valor de las actividades humanas.

Sin embargo, su tarea no termina con enumerar y describir la cantidad de los dones del Nuevo Mundo, más urgente aun le parece indicar el provecho que se puede sacar de ellos, su intrínseca utilidad. La idea, muy dieciochesca, de la armonía entre la naturaleza y sus usos posibles se manifiesta como una de las mejores claves interpretativas del poema, así como la dialéctica entre la “instrucción” y el “deleite”.

Poner la obra landivariana al comienzo de una tradición de poesía didascálica americana, que tendrá en Andrés Bello y en Gregorio Gutiérrez González sus inmediatos seguidores decimonónicos,

permite además una mejor definición del público subyacente a la escritura del guatemalteco. El “tú” vocativo que aparece muchas veces en sus versos no evoca una figura anónima y universal, ni un Mecenas concreto, como en Virgilio, y tampoco un genérico “americano”, sino que adquiere una densidad precisa, sobre todo si se imagina la relación con los grupos étnicos y sociales que surgen de las páginas del poema. La “juventud americana” a quien se dirige la exhortación final es justamente la juventud criolla, destinataria principal de la labor educativa de los jesuitas, y para ella es la tarea de redescubrir y de desarrollar el continente:

Tu tamen interea, magnum cui mentis acumen,
antiquos exuta, novos nunc indue sensus,
et reserare sagax naturae arcana professa
ingenii totas vestigans exsere vires,
thesaurosque tuos grato reclude labore.²⁷

La voluntad de llevar a cabo este proyecto supone la necesidad de abrir una perspectiva más amplia, hay que pasar del “como es” al “como podría ser”. El valor utópico de la *Rusticatio* se puede constatar visiblemente en la descripción de la sociedad de los castores²⁸, a la cual está dedicado el sexto canto, y en la presentación de los juegos típicos de la Nueva España, que se encuentra, en cambio, en el último canto. Los castores pueden ser entonces la imagen más cercana al nuevo hombre americano y sus virtudes un ejemplo para los jóvenes criollos:

Sed turpes quamvis, insuetosque induat artus,
attamen ingenuos sortitur bellua mores.
Hinc, nec dente ferox proprios in praelia poscit
invida quos rabies in se commoverat, hostes,
nec nimia fragilis plecta cupidine rerum
insomnes dubio nutrit sub pectore curas.
Non ira, aut odio, ventrisque furore movetur,

27 R. Landívar, *Rusticatio Mexicana*, cit., p. 209, vv. 108-112; “Mas tú, sin embargo, con gran agudeza de entendimiento, despójate ahora de las antiguas ideas y vístete con las nuevas, y resuelto a descubrir con sagacidad los arcanos de la naturaleza, ejercita en la búsqueda todas las energías de tu ingenio, y con placentero trabajo descubre tus riquezas.”.

28 De esto habla detenidamente el artículo de Arnold L. Kerson ya citado.

non rabie ultrici, non curis angitur ullis:
ac nisi libertas pretioso tangat honore,
nulla Fibrum poterit curae prosternere moles.
[...]

Hunc etiam placuisse Febris mirabere morem,
quod vigil ingenium, sollersque industria ripis
hospitium populo, fluviisque repagula condat,
ingentemque urbem tranquilla pace gubernet.²⁹

El canto final recomienda en cambio a la misma juventud americana construir una armonía, evidentemente perdida, entre los diversos grupos étnicos que habitan aquellas tierras, acuerdo que se revela como posible en sus actividades lúdicas, desde siempre imagen de una deseable convivencia social.

Se puede apreciar en los variados ejemplos propuestos, y muchísimos más se podrían añadir, que en muchos de ellos hay una misma forma de razonar, que cabe observar más de cerca.

El punto de partida de la observación, científica o poética, es casi siempre la referencia a un elemento del pasado, el nombre indígena en las historias naturales, las tradiciones antiguas en los versos de Landívar, y solo a través de esto se podrá redescubrir, apreciar y proponer la sabiduría de los primeros habitantes de América: de ellos viene la raíz ancestral de los conocimientos sobre la naturaleza americana, y no será posible evitar esta relación directa con los indígenas, sean ellos la *Indica Gens* de Landívar³⁰ los *mexica* de Clavigero, o los *Chilesi* de Molina.

29 R. Landívar, *Rusticatio Mexicana*, cit., p. 63-64, vv. 39-48; vv. 55-58; “Pero aunque este animal lleva miembros deformes y extraños, le tocó en suerte tener nobles costumbres. Por esto no busca pelea a dentelladas por ferocidad con los enemigos que la insidiosa rabia levanta en su contra, ni flaquea seducido por desmesurada ambición, nutriendo angustias en el corazón insomne. Ni la ira, ni el odio, o el desenfreno de la gula lo agitan, no el vengativo rencor, ni preocupaciones ulteriores. No hay pesadumbre que toque al castor, sino cuando ésta afecta al honor precioso de su libertad. [...] Admirarás también la costumbre que gusta al castor: con instinto despierto y hábil industria, construye casas para su población, diques en los ríos y gobierna en tranquila paz su ciudad crecida.”

30 Octaviano Valdés traduce, en su *Por los campos de México*, “Indica Gens”, con “Raza Indiana”, empleando la palabra “raza”, totalmente extraña al universo mental de un poeta del siglo XVIII.

Aquella antigua sabiduría no será de todos modos suficiente si no se conecta con la ciencia moderna: en efecto la polémica de los jesuitas apunta contra el uso ilícito de descabelladas teorías de parte de algunos autores, y no contra el método científico moderno en sí, que ellos conocen y aprecian, y que incluso habían intentado introducir en sus universidades americanas, aunque fuera con mucha prudencia. De hecho, muestran una atención puntual hacia las teorías de Linneo y Buffon, de Tournefort y Spallanzani, y sabemos que Molina, Landívar, Clavigero y sus compañeros están considerados en el mismo nivel de los científicos e historiadores europeos.

Tradición americana y modernidad se podrán encontrar así en una forma ecléctica y mestiza de conocimiento³¹, y, por ejemplo, la cuestión de la taxonomía, así como la de los neologismos, aparentemente sólo nominalistas, se revelan entonces como el primer eslabón de una propuesta más amplia, que los llevará a imaginar una ciencia “americana”, capaz de integrar la sabiduría antigua con los métodos de la modernidad.

Pero los jesuitas no se limitan a eso, sino que se abren hacia un futuro diferente, como hemos visto en Landívar y como expresa claramente Clavigero en el Prólogo de la *Historia Antigua*:

Lo poco que hasta aquí hemos apuntado del reino vegetal de Anáhuac, ha sido con el dolor de ver ya perdido en gran parte el conocimiento de la historia natural que tuvieron los antiguos mexicanos. Sabemos que aquellos bosques, montes y valles están llenos de producciones utilísimas y preciosas sin que haya uno sólo que vuelva sus ojos a reconocerlas. ¿A quién no moverá a compasión el ver que de tantos tesoros que se gastan pródigamente y con lujo ruinoso en ostentación y delicias, no se destine una parte a fundar academias de

31 La filosofía de los jesuitas expulsos es una mezcla curiosa de varias aportaciones, tradicionales como el aristotelismo y el tomismo canónicos, y nuevas, como el interés hacia las teorías científicas modernas. Sobre este tema son importantes los estudios de M. Góngora, “Estudios sobre el Galicanismo y la ‘Ilustración católica’ en la América española”, en *Revista Chilena de Historia y Geografía*, CXV, 1957, pp. 96-151, Santiago de Chile, y los de P. González Casanova, *El misonéismo y la modernidad cristiana en el siglo XVIII*, México, 1948.

naturalistas que descubran y utilicen los dones que con tanta liberalidad le ha franqueado el Creador? Este empleo de tanto honor y provecho aseguraría la subsistencia y ocuparía útilmente a tanta gente baldía, que por no tener en qué emplearse pasa la vida en el ocio más ignominioso.³²

La conexión entre tradición indígena y ciencia moderna encuentra aquí un protagonista inesperado, esa “gente baldía” en la que se puede reconocer el verdadero destinatario no sólo de las obras de Clavigero, sino de las de todos los jesuitas americanos³³.

En efecto, ellos escriben en Europa, y muchas veces en lenguas diferentes de la española, participan en una polémica europea para dar voz al continente americano, y para esto quieren encontrar un público inmediato, pero su atención se dirige siempre al otro lado del océano, a sus posibles, y deseados lectores criollos. Son ellos, en la cita de Clavigero, los “ociosos” que tendrían que recoger las tradiciones antiguas para fundar una ciencia moderna en América, y para transformarla en una ciencia de la utilidad, provechosa para todos.

El valor utópico de la *Rusticatio* acerca, además, ulteriormente, a Landívar a la corriente de redescubrimiento de la naturaleza americana, una tendencia que se manifiesta en una gran variedad de obras, vinculadas todas a un fuerte intento pedagógico, a una presencia tangible del autor sobre la página, a una aceptación de las responsabilidades que huye de los artificios de la ficción para llegar a una forma de “literatura empírica” que instaura una dialéctica constante con la experiencia humana: a partir de allí se deduce el objeto de la escritura para proponer un cambio, ya sea en la escritura misma o en el ámbito concreto de las obras como objetos sociales.

32 F.J. Clavigero, *Historia Antigua de México*, México, Porrúa, 1982, p. 21.

33 En este sentido se observa una gran diferencia entre los jesuitas expulsos nacidos en Europa, y para los cuales la expulsión es una especie de “vuelta a casa”, respecto a los criollos, que viven esta experiencia como un verdadero exilio, el primero de una larga serie de exilios americanos.

Una funcionalidad de la literatura que resulta central más allá del siglo XVIII: quedará como herencia a través del desarrollo de la cultura americana, no solamente como sinónimo de un genérico “compromiso de los intelectuales”, sino cada vez que la escritura, la lectura, la acción social y los proyectos de cambio se condensan en textos que se propondrán al mismo tiempo como testimonios y protagonistas de sus tiempos.

Para realizar este proyecto, se nota en los libros de los jesuitas el afán de insertar la minuciosidad de las definiciones científicas en la vida cotidiana, o en los versos didácticos: en sus historias naturales y en sus versos nos encontramos continuamente ante escenas que recuerdan las pinturas de castas, género tan propio del siglo XVIII, en las cuales se quiere insertar la maravilla asombrada de los dibujantes de las expediciones científicas, que producen millares de tablas sobre la flora y la fauna americanas. Esta doble, y coincidente, atención, produce un indudable efecto de modernidad, y consigue que podamos todavía leer estas páginas con interés: el mestizaje taxonómico de los jesuitas no es solo una respuesta intelectual a una polémica contingente, o una curiosidad erudita, sino que más bien intenta presentar la complejidad americana en toda su riqueza, y ofrecer a sus lectores europeos y americanos, la posibilidad de comprender y comprenderse, por fin, de una manera mejor³⁴.

34 En este sentido me parecen ya definitivamente superadas las cuestiones sobre el papel de los jesuitas como precursores de la independencia: creo que, en realidad, sus obras abren perspectivas más amplias, que los ideólogos de la Independencia utilizan solo en parte.

BIBLIOGRAFÍA

- M. Batllori, *La cultura hispano-italiana de los jesuitas expulsos: españoles, hispanoamericanos, filipinos, 1767-1814*, Madrid, Gredos, 1968.
- J. Cañizares Esguerra, *How to write the History of the New World. Histories, Epistemologies and Identities in the Eighteenth-Century Atlantic World*, Stanford, 2001.
- S. Ciarla, *Avvicinamento alla terra chilense*, Antologia, introduzione e note al *Saggio sulla Storia Naturale del Chili* di Juan Ignacio Molina S.J., 2006 (tesis no publicada).
- F.J. Clavigero, *Historia antigua de México*, México, Porrúa, 1982.
- G.B. Conte, "Introduzione" a *Georgiche*, en Virgilio, *Opere Minori*, Milano, Mondadori, 2007.
- A. Gerbi, *La disputa del nuevo mundo*, Milano-Napoli, Ricciardi, 1959.
- M. Góngora, "Estudios sobre el Galicanismo y la 'Ilustración católica' en la América española", en *Revista Chilena de Historia y Geografía*, CXV, 1957, pp. 96-151, Santiago de Chile.
- P. González Casanova, *El misonéismo y la modernidad cristiana en el siglo XVIII*, México, 1948.
- A. L. Kerson, "El concepto de Utopía de Rafael Landívar en la *Rusticatio Mexicana*", en *Revista Iberoamericana*, n. 96-97, Julio-Diciembre 1976, pp. 363-381.
- K. Kohut, S.V. Rose, *La formación de la cultura virreinal*, vol. 3 *El siglo XVIII*, Madrid-Frankfurt, 2006.
- R. Landívar, *Rusticatio Mexicana*, ed. J. Mata Gavidia, Guatemala, 1950, repr. Anastatica ed. 1781.
- L. Millones Figueroa, D. Ledezma (eds.), *El saber de los jesuitas, historias naturales y el Nuevo Mundo*, Madrid-Frankfurt, Iberoamericana-Vervuert, 2005.
- J. I. Molina, *Saggio sulla storia naturale del Chili*, Bologna, 1782.
- G. Petronio, "Letteratura e Scienza nell'età dell'Illuminismo", in AA.VV. *Letteratura e scienza nella storia della cultura italiana*, Palermo, 1978.
- S. Tedeschi, *La riscoperta dell'America. L'opera storica di Francisco Javier Clavigero e dei gesuiti messicani in Italia*, Roma, Aracne, 2006.
- M. Tietz (ed.), *Los jesuitas españoles expulsos*, Madrid-Frankfurt, Iberoamericana-Vervuert, 2001.

NUEVOS ASEDIOS A LA *RUSTICATIO MEXICANA*

Francisco Albizúrez Palma
Academia Guatemalteca de la Lengua

1. Un repaso biográfico

Nació Rafael Landívar en el seno de un acomodado hogar de criollos, en la ciudad de Santiago de los Caballeros de Guatemala, el 27 de octubre de 1731. El padre, Pedro de Landívar y Caballero, era de origen navarro y gozaba del privilegio de la venta de pólvora, salitre y aguas fuertes, lo cual le generó abundantes ingresos. La madre se llamaba Juana Ruiz de Bustamante, y su origen era castellano.

La familia Landívar habitaba una rica y amplia mansión, situada en un extenso paraje. La casa se dañó con los terremotos de 1773 y con otros que ha sufrido el valle donde se asienta la urbe, pero también se ha visto perjudicada por el descuido en cuanto a su conservación o restauración. Es penoso contemplar hoy el estado lamentable de aquella vivienda que aparece descrita con precisión en el estudio llamado “El solar de los Landívar”, de José Joaquín Pardo, publicado en el diario *El Imparcial*, de la ciudad de Guatemala, el 22 de octubre de 1931. La mansión se ubicaba, usando la nomenclatura actual, en la 5ª calle poniente de La Antigua Guatemala, o sea la calle que conduce hacia el cementerio San Lázaro, atrás del monumento donde descansan los restos de Landívar.

La casa de los Landívar estaba rodeada por un extenso terreno, y se ubicaba cercana a un amplio predio en donde había molino, granja, huerto, jardín y estribaciones montañosas. Este predio se llamaba El Portal. Los Landívar también poseían una finca en la zona sur de Guatemala.

Nuestro poeta comenzó sus estudios desde muy temprana edad, en una casa denominada La Asesoría, donde dos profesores contratados a tiempo completo, a cambio de una remuneración

mensual de 30 pesos y las comidas, se dedicaron a la formación de aquel niño que revelaba un talento prodigioso, y que se educaba en un ambiente natural muy bello, el cual iba nutriendo y acrecentando el amor por la naturaleza que se revela en la *Rusticatio Mexicana*.

Aquellos estudios particulares concluyeron en 1738, cuando ingresa a los colegios jesuitas de San Lucas y de San Francisco de Borja, donde cursa, primero, los llamados estudios elementales, y después, las asignaturas correspondientes a Filosofía y Teología. En el colegio de San Francisco de Borja fue alumno, junto con otros 76 estudiantes, en la cátedra impartida por el franciscano Pedro de Arochena, quien explicaba el pensamiento de Duns Scoto. Este dato no ha recibido la debida atención por parte de los estudiosos landivarianos. Actualmente reviste singular importancia el hecho de haber tenido acceso al pensamiento de aquel intelectual franciscano, dado que, desde la segunda mitad del siglo XX, ha habido en los ámbitos filosóficos y teológicos una revaloración del pensamiento franciscano, cuyos pilares son el ya citado Scoto y San Buenaventura. En el siglo XXI no se concibe, al menos en las instituciones eclesiásticas serias, la omisión del pensamiento franciscano, que formula planteamientos apartados de la tradición, dominante en la Iglesia Católica, fundamentada en Santo Tomás de Aquino. En el ámbito teológico, hoy se reexaminan con gran interés los enfoques de San Buenaventura sobre la encarnación, la vida y la muerte de Cristo, temas en los cuales el autor franciscano se distancia de las formulaciones que todavía plantean los teólogos que se limitan a repetir conocimientos adocenados. Por otra parte, se sabe que Arochena concedió interés especial a los estudios de Física Natural, los cuales Landívar acrecentó en México y, luego de su exilio, en Italia.

En 1744 nuestro autor inició los estudios de Filosofía en la Universidad de San Carlos de Guatemala, y en ella ascendió a los grados académicos de Bachiller en Artes (1746), Licenciado y Maestro (1747) y Doctor en Filosofía (1748). En los años 1747 y 1748, o sea a una edad muy temprana, desempeña labores docentes en las cátedras de Retórica y Poética del Colegio San Borja, y allí mismo, así como por su cuenta, avanza en el dominio de la lengua latina.

El 10 de agosto de 1749 fallece el padre de Landívar, y a finales de aquel año, el joven vástago parte hacia México para realizar el noviciado de la Compañía de Jesús.

Se inicia entonces una etapa decisiva en la formación de nuestro autor. Por una parte, en México encuentra centros educativos jesuitas de muy alto nivel académico, en los cuales desenvuelve provechosamente su vocación de aprendizaje. Por otra parte, en los círculos jesuitas mexicanos se estaba desarrollando por entonces un proceso de discernimiento respecto de la Ilustración, el cual condujo a la renovación profunda del pensamiento y la metodología de las ciencias naturales y exactas, al remozamiento del pensamiento filosófico y al acendramiento del sentido de pertenencia a América. En este último aspecto, se estaba forjando la identidad del criollo, en lo cual los jesuitas coinciden con la generalidad de intelectuales tanto de México como del resto de Hispanoamérica. En efecto, la segunda mitad del siglo XVIII resultó decisiva en cuanto a la consolidación de esa identidad.

Landívar ingresó el 17 de febrero de 1750 en el Noviciado de Tepotzotlán. En el Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo, situado en la ciudad de México, cursó Filosofía y Teología. Este Colegio era, juntamente con el de San Ildefonso, la principal institución académica de los jesuitas mexicanos. Enseñó sintaxis en el Colegio del Espíritu Santo (Puebla); luego, asumió la cátedra de Retórica en el citado Colegio Máximo. Se ordenó como sacerdote católico en 1755, y el 22 de abril de 1756 celebró la profesión menor. Ya desde 1755 se encontraba en el Seminario de San Jerónimo (Puebla). En 1759, se hallaba en el Colegio Jesuita de Pátzcuaro, justo en las cercanías del Jorullo, lo cual ha inducido a creer que fue testigo presencial de la erupción de este coloso, dato desmentido por el jesuita Ignacio Gil Alonso en su *Tesis para el grado de Maestro en Lenguas Clásicas*.

Landívar retornó a su ciudad natal en 1761; fue nombrado profesor y, luego, Rector en el Colegio de San Francisco de Borja, donde enseñó Filosofía. Asimismo, sus superiores le encargaron desempeñarse como Prefecto de la Congregación de la Annunziata, cargo singular dada la importancia que las congregaciones marianas tienen en la acción pastoral de la Compañía de Jesús.

Llegados a este punto debemos referirnos a la presencia de la Compañía de Jesús en la Guatemala colonial. Para ello nos serviremos del discurso pronunciado por Gonzalo de Villa, S.J., en la inauguración del Coloquio Internacional e Interdisciplinario “Universos Coloniales Centroamericanos”, patrocinado por la Universidad Rafael Landívar, y realizado en el campus central de esta casa de estudios los días 27, 28 y 29 de octubre de 2003. El discurso monseñor De Villa figura en el tomo I de las Actas de aquel evento, publicadas como volumen II (2004) de la revista *Cultura de Guatemala*. Citamos la información ofrecida por este colega.

1. (...) la institucionalización de la presencia jesuita en Guatemala arranca en el año 1606-1607 con la llegada de un par de jesuitas hacia 1580, pero fueron simplemente episodios de un jesuita que pasó y de un misionero que llegó a Guatemala. El otro punto es que también, durante los últimos 54 años de la Colonia, tampoco hubo presencia jesuita en Guatemala por la expulsión de los jesuitas en 1767.
2. (...) la presencia de los jesuitas es una presencia numéricamente muy reducida. El número de jesuitas que hubo se centró, fundamentalmente, en la Antigua y creo que nunca, o muy rara vez, llegaron a ser más de veinte jesuitas, a la vez, en Guatemala; de manera que cuando uno habla de la Compañía, en la época colonial, está refiriéndose a grupos humanos de diez, doce, quince, dieciocho personas que simultáneamente estuvieron en el país, que es un número muy inferior al que, por ejemplo, los dominicos y franciscanos tuvieron.
3. (...) los jesuitas se centraron fundamentalmente en la capital, es decir, en La Antigua y todo el trabajo jesuita en los siglos XVII y XVIII estuvo enraizado en la ciudad de Antigua Guatemala, como la llamamos hoy.
4. En cuarto lugar, este trabajo tiene dos frentes fundamentales: uno de carácter educativo y otro de carácter religioso pastoral. (...) (Quizá la cara fundamental) del trabajo jesuítico va a ser el educativo, el cual va a realizarse también en la Antigua, centrándose propiamente en la existencia de dos instituciones. En primer lugar, el colegio San Lucas, el cual va a tener una vida

más larga, y va a surgir casi desde los inicios de la presencia de la Compañía en Guatemala y, en segundo lugar, el colegio San Borja que va a ser el internado aldeaño al colegio de San Lucas pero que va a nacer muy posteriormente; de manera que el colegio San Lucas tuvo una vida total de ciento cincuenta y cinco años, el colegio San Borja tuvo una vida de entre sesenta y cinco y setenta años.

5. Cuando se abre el colegio San Lucas va a comenzar como colegio o escuela de primeras letras, si tuviéramos que decirlo hoy, ofreciendo el equivalente a la primaria. Va atraer (*sic*) a los niños más jóvenes pero con el esfuerzo y la intención muy explícita de retenerlos en el largo proceso educativo. (...) los jesuitas, en aquel tiempo, no recibían estipendio ninguno por la enseñanza, facilitando más la inscripción de los hijos de familias pobres de solemnidad. Esa educación gratuita que daban los jesuitas en el siglo XVIII, estaba evidentemente inscrita en la realidad de colegios fundados con un capital tal que, con las rentas del mismo, se podía sostener el colegio independientemente del pago o no de sus estudiantes. Ese capital en el caso de la Colonia lo generaban las fincas, las haciendas y los ingenios.
6. El siglo XVIII va a significar el surgimiento de San Borja y esto va a tener la importancia de la existencia de un internado que ofrece no sólo la posibilidad de que vivan estudiantes venidos de fuera de la ciudad de Guatemala sino que también pudieran hacer estudios completos. Era una especie de colegio mayor, vamos a decirlo así, para ponerlo en términos actuales. Era, si se quiere, el modelo que todavía hoy ha prevalecido en Estados Unidos, el del College, donde el estudiante tiene dónde vivir y dónde estudiar y donde se genera un ambiente educativo que comprende las veinticuatro horas, los siete días a la semana.

Este panorama sirve a De Villa para calificar a Landívar como “quizá el producto más acabado de la educación jesuita, también expresión más acabada del calor jesuita y, en el exilio, expresión más acabada de hombre de letras, de hombre profundamente enamorado de una Guatemala perdida por el destierro, por el exilio y de un hombre que en ese amor, combinado con el amor a la

palabra, pudo dar lugar a la *Rusticatio Mexicana*, al *Salve Cara Parens* y a todos estos textos suyos que se acuñaron allá en Bolonia a finales del siglo XVIII, recordando a Guatemala”.

Pasados pocos años, nuestro autor, al igual que todos los jesuitas de los territorios hispanos, incluida España, se vio afectado por la orden de expulsión decretada por el rey Carlos III. Él, junto con los otros diez jesuitas (De Villa, 2004, 15) residentes en Guatemala y buen número de los de México buscaron asilo primeramente en Córcega, de donde debieron emigrar en aquel mismo año. El grupo de jesuitas trató de refugiarse en algunas ciudades italianas. Landívar y otros de sus hermanos religiosos fueron recibidos en Bolonia, en donde el ilustre guatemalteco permaneció hasta su deceso, ocurrido el 27 de septiembre de 1793.

Debemos recordar que la Compañía de Jesús fue disuelta por el papa Clemente XIV, el 21 de julio de 1773. Entonces, Landívar pasó a convertirse en miembro del clero secular, y se ganó la vida con los estipendios recibidos por sus labores eclesiásticas en dos parroquias de Bolonia, sobre todo en la de Santa María delle Muratelle, y con la remuneración como profesor particular. Vivió primero en unas casas del señor Lipparini, pero la mayor parte del tiempo habitó como inquilino de un cuarto del Palacio del Marqués Hugo Albergati. En el ínterin entre su expulsión y su muerte le llegan las noticias de la muerte de su única hermana, Rita (1768), de su madre (1771) y de los terremotos de Santa Marta (1773), que dieron por tierra con la ciudad natal de Landívar. Asimismo, le toca experimentar el terremoto de Bolonia ocurrido en junio de 1779, y que le ha de haber hecho recordar los estremecimientos frecuentes que sufre su tierra natal.

Conviene precisar que en territorio italiano residió un gran número de jesuitas hispanoamericanos y españoles, que dejaron obras muy importantes relativas a diversas disciplinas. Entre los más cercanos a Landívar debe recordarse a los padres Alegre y Clavigero, ilustres estudiosos a quienes nuestro autor había conocido en México.

Literariamente hablando, antes del exilio, solamente se había publicado un texto de Landívar, la *Funebris Declamatio pro Iustis*, pronunciada como oración fúnebre en los funerales que los jesuitas celebraron, en su hermoso templo de Santiago de los Caballeros de

Guatemala, en honor de Francisco de Figueredo y Victoria, arzobispo de Guatemala. De este texto hay una edición crítica y una traducción preparada por el sacerdote salesiano Gervasio Accomazzi (1961). La *Rusticatio Mexicana* apareció en su primera edición en 1781, impresa en la ciudad de Módena; la segunda y definitiva edición data de 1782 y fue impresa en Bolonia. La primera tiene diez libros o cantos; la segunda lleva el subtítulo “Segunda edición bastante aumentada, y enmendada”, consta de quince libros o cantos, el poema “*A la ciudad de Guatemala*” y el *Apéndice*. La edición de Módena consta de 3,327 versos, mientras que la de Bolonia suma 5,348.

2. De y hacia la *Rusticatio*: aporte emotivo de un devoto landivariano

Durante la escuela secundaria, tuve apenas un conocimiento muy parcial de la gran obra landivariana. Y me acerqué a ella por dos causas: a) el plan de estudios incluía una materia sobre literatura guatemalteca y b) aquellos años coincidieron con la repatriación de los restos del eminente poeta jesuita. No fue hasta cuando, en la Universidad de San Carlos de Guatemala, cursé la carrera de Letras, que aquel libro se convirtió en objeto de lectura detenida y de análisis.

Allí, el maestro José Mata Gavidia, a quien, junto a Faustino Chamorro, considero los más grandes conocedores de la *Rusticatio* con que América ha contado, nos introdujo, a mis compañeros de estudios y a mí, en la obra magna de aquel bardo jesuita. A ella dedicamos un seminario que se prolongó por más de un año, y sobre ella versó mi tesis de licenciatura. Después, al fundarse la Universidad Rafael Landívar, enseñé, durante cinco semanas anuales, temas relativos a este poema, en los años 1962, 1963 y 1964.

Por una u otra razón, continué vinculado con el excelso texto landivariano. Llegó así el año 1981, bicentenario de la edición de Módena de la *Rusticatio* y vigésimo aniversario de haberse fundado la Universidad Rafael Landívar. Esta institución decidió celebrar tan notables hechos, y encargó a la doctora Lucrecia Méndez de Penedo y a este servidor la preparación de dos investigaciones acerca de Landívar y la *Rusticatio*. Nacieron así las monografías “Estructura y significado en la *Rusticatio Mexicana*” y “Landívar y sus contextos”,

publicadas en el volumen III, año III, correspondiente al lapso septiembre-diciembre de 1982, de la revista *Cultura de Guatemala*.

Luego, esta misma casa de estudios me ha invitado a disertar sobre diversos temas landivarianos, así como a enseñar un curso monográfico sobre Landívar, dirigido a estudiantes de diversas facultades, y a dirigir un seminario sobre la *Rusticatio*, en la Maestría en Literatura Hispanoamericana. Y ahora, se me ha honrado con el encargo de preparar la investigación de la cual doy cuenta en el presente texto. Digamos, asimismo, que en 2001, la Universidad Rafael Landívar patrocinó la edición crítica de aquella magna obra, arduo trabajo realizado por Faustino Chamorro. Ya antes, esta Universidad había dado a luz una selección de textos landivarianos tomados de la traducción de Octaviano Valdés.

3. Landívar criollo-ilustrado *sui géneris*. Recuento crítico de varias perspectivas

Como parte del auge que ha tomado el examen de la Colonia, sobre todo al calor de los llamados “estudios culturales”, por fin la crítica concentrada en los centros académicos hegemónicos reparó en Landívar y su poema. Antes de este interés, que se ha ido mostrando en los recientes cuarenta años, debemos mencionar a Graydon Regenos, quien, con el patrocinio de la Universidad de Tulane, tradujo la *Rusticatio* al inglés (1948). Entre los estudiosos de los últimos decenios, Browning publicó un estudio en 1985, del cual se sirvió para la monografía que le encargaron los editores de la obra colectiva *Historia de Guatemala*. Kerson publicó un volumen (1968, presentado en 1963 como tesis doctoral) donde contextualiza a Landívar en el conjunto de tendencias literarias de la Nueva España en el siglo XVIII, un estudio (1976) sobre el concepto de utopía aplicado al libro VI de la *Rusticatio* y otro (1990) sobre el estilo (*mode*) heroico en dicha obra. Graciela Nemes, por su parte, dio a luz un breve estudio sobre el influjo de la Ilustración sobre Landívar y su obra. Pero la obra que hoy goza de mayor favor en los ámbitos académicos estadounidenses es el estudio de Anthony Higgins llamado *Rafael Landívar's Rusticatio Mexicana: Expanding the Criollo Archive*, publicado junto con su trabajo sobre la *Bibliotheca Mexicana*,

de Eguiara y Eguren en el volumen *Constructing the Criollo Archive*, editado por la Universidad de Purdue en 2000.

Este autor postula como principios centrales las siguientes ideas:

- a. Landívar fue un factor fundamental para la construcción del imaginario criollo.
- b. La *Rusticatio* se inscribe en una compleja red de relaciones económicas, sociales, culturales y literarias que se dieron en la Nueva España a lo largo del XVIII, y que resultan, en el caso de la obra landivariana, en un ‘producto’ literario empapado de las ideas de la Ilustración, apartado de los modelos convencionales hispanos vigentes en aquella época. Más aún: para Higgins, Landívar rompe por entero con el escolasticismo, al concebir y realizar una obra basada en la observación y la comprobación.

Para estos efectos, Higgins divide la *Rusticatio Mexicana* en tres sectores:

- a. el *Urbi Guatimalae*, el *Monitum*, los libros uno, dos y tres, dedicados a presentar los escenarios geográficos del territorio de Nueva España;
- b. los libros cinco al once, dedicados a caracterizar las áreas clave de la producción económica del Virreinato;
- c. los libros doce, trece, catorce, quince y el *Apéndice*, que reflejan animales específicos de estas tierras, costumbres y religiosidad populares.

Esta división nos parece simplista, entre otras razones, porque en ella se engloba dentro de un sector —el segundo— el libro VI, cuya especificidad lo singulariza dentro del conjunto de la RM, al punto de que puede leerse independientemente, es decir, sin leer el resto de la obra. Se trata de un Libro en el cual se diseña una utopía sociomoral por demás sugerente, tomando como sujetos a los castores, cuya peculiar vida comunal permite a Landívar formular un canto que es, todo él, una metáfora cuyo referente es la vida social del ser humano. En él no se caracterizan aspectos geográficos ni económicos, ni se cantan aves o animales, sino que se plasma un tipo de ideal social fundamentado en los más recios valores de un cristianismo auténticamente entendido; una utopía que permite

—no denunciando, sino ‘anunciando’— conocer el pensamiento social de Landívar y, cabe decirlo, de muchos de los jesuitas renovadores a quienes conoció en México, varios de los cuales, por cierto, lo acompañaron en el exilio italiano. Este singular Libro ha merecido el estudio de diversos autores, entre ellos el que escribe estas líneas: hace ya más de cuarenta años lo probé in extenso en mi tesis de graduación como Licenciado en Letras (USAC, 1961), publicada, luego de revisarla en varios sentidos, en 1985 por la misma Universidad. Ya Mata, en su *Introducción a la RM*, dada a luz con motivo de la repatriación de los restos de Landívar, e incluida en la edición facsimilar de la *Rusticatio* según el texto de 1782 (USAC, 1950), y también editada como volumen independiente en 1950, en la Colección 20 de Octubre, afirma, entre otras cosas, en el apartado que dedica a este tema:

El libro de los castores es algo más que la vida en comunidad de una especie de mamíferos, es nada menos que una teoría utópica de sociedad humanizada, descrita con todo lujo poético y sistematización social, hermanando lo natural y lo humano en estrecho consorcio.

Luego, a lo largo de cuatro páginas, explica los elementos principales de esta utopía. Acevedo, por su parte, involucra este libro en su sobresaliente estudio “Landívar y Batres Montúfar: dos visiones arquetípicas de la naturaleza americana”, publicado en *Cultura de Guatemala* (1983, 67-87).

En todo caso, la singularidad de este Libro llevó a Higgins a ocuparse de él en forma específica (177-186), pero dentro del referido segundo sector, el cual estudia en el capítulo cinco de su obra: *After the Sublime, The Rationalization of Colonial Space*. Por otra parte, además de que el Libro VI no cabe en este segundo sector, debió haber merecido a Higgins una consideración más extensa, pues contiene aportes de especial valor para el tema de que trata su libro.

En cuanto a los componentes económicos incluidos en este segundo sector, no son las únicas áreas clave de la economía del virreinato, como juzga Higgins: azúcar, minas de oro y plata, añil, cochinilla, ganados. Basta leer cualquier manual de historia económica

hispanoamericana para percatarse de que la economía colonial del Virreinato abarcaba otros sectores, uno de ellos, el algodón.

Por otra parte, el alejamiento jesuita respecto de la Escolástica viene de muchos años atrás de Landívar, pues es bien sabido que los intelectuales de la Compañía de Jesús fueron elaborando, desde el nacimiento de la Sociedad, un sistema de pensamiento propiamente jesuita que, llegado el siglo XVIII, se enriqueció con algunas de las ideas propias del racionalismo y de la Ilustración.

Higgins, apoyado en Browning, revela el desconocimiento de lo que ya en 1982 afirmábamos en el estudio citado, y que nos llevó a postular que Landívar y otros ilustres jesuitas contemporáneos suyos aceptaron aquellas ideas de la Ilustración que no reñían con la doctrina cristiana, pero en una aceptación que no fue servil, sino que buscaba una asimilación entre la tradición y la innovación (1982, 10). En este sentido, en nuestro mencionado estudio puede encontrarse un recuento específico del proceso de aproximación, e incluso de aceptación, realizado en México por destacados intelectuales jesuitas de quienes Landívar fue discípulo o compañero. A esto súmese nuestro enfoque del antropocentrismo como uno de los componentes básicos de la RM, lo cual —según apuntamos en el citado estudio— va “muy en consonancia con el pensamiento del siglo XVIII” (1982, 49). Asimismo, hemos aseverado con claridad que la actitud ideológica que fundamenta la RM se nutre del pensamiento ilustrado. En efecto, Landívar desecha partir de premisas, y se basa en la observación y, en pocos casos, en el aporte de testigos confiables, como lo postula en el “Monitum” y como lo hace a lo largo del poema.

Pero aun en el modesto ambiente intelectual guatemalteco del siglo XVIII hubo ya intentos renovadores, como el del aludido franciscano Arochena y los franciscanos en general. En el seno mismo de la Compañía hubo un núcleo renovador. Estos y otros datos escapan a Higgins, quien apenas dedica media página (112-113) al ambiente intelectual guatemalteco porque casi no consultó fuentes relativas a Guatemala, verbigracia la *Historia moderna de Centro América*, de Chinchilla Aguilar, quien en la página 330 de esa obra recoge la información aludida. El mismo Mata alude de paso a Arochena como profesor de Landívar (1950,13).

Ahora bien, justamente cuando Landívar sufría el exilio, crecía en la ciudad de Guatemala un núcleo de intelectuales y científicos ilustrados cuyo auge ocurre a partir de la década de 1790. Este fenómeno ha sido expuesto en detalle por Tate Lanning (1978). Este núcleo, formado por criollos, caminó poco a poco hacia el fermento independentista, que generó el Acta de Independencia de Centro América suscrita en 1821. Hay un proceso de gestación y desarrollo de la Ilustración guatemalteca, que se inicia con figuras como Arochena y va creciendo —no sin roces y choques con las autoridades eclesiásticas— a lo largo de la segunda mitad del siglo XVIII. Landívar es ajeno a ese contexto, por cuanto a causa del exilio su vida se inserta en el contexto italiano, y no consta en el epistolario landivariano que mantuviera relación con los sectores pensantes de su ciudad nativa. Por su parte, la RM se gestó y se difundió en el contexto europeo, y no mereció atención detenida sino en el siglo XX. De suerte que el gran poema landivariano no nace en el contexto de los criollos guatemaltecos que consolidan su presencia cuando Landívar está fuera de Guatemala. Más aún: la actitud ideológica y el propósito que la alimentan obedece a la voluntad de un criollo-culto que acepta partes importantes de la Ilustración y de la literatura neoclásica. El propósito: divulgar y valorar las excelencias y riquezas de Mesoamérica (Albizúrez, 1982, 81).

Entonces, si Landívar era desde luego un criollo y como tal fue formado, ¿cuál era la índole de su pensamiento una vez desterrado? A nuestro juicio, esa índole es la que, con base en el contacto con la Naturaleza y con la vida urbana de estas tierras, y sobre la base de la formación escolar recibida en Guatemala y México, va tomando un carácter peculiar, nacido de a) la convivencia con destacados jesuitas que comparten con él el exilio; b) el conocimiento del contexto cultural, científico y literario de Italia y de Europa en la segunda mitad del XVIII. En este sentido, concedo una importancia especial a las experiencias obtenidas por Landívar en Italia. Los aproximadamente seis años en que nuestro autor se desempeñó como profesor y como superior de La Sapienza, casa de formación jesuita situada en las afueras de Bolonia, revelan, según el padre Sebastián, que allí “gobernó a una Comunidad de hombres grandes en letras y virtudes, y que al mismo tiempo eran maestros de varias ciencias”

(citado por Chamorro, 2001, XLI-XLII). Luego, disuelta la Compañía en 1773, si bien Landívar, reducido al estatus de presbítero secular, ya no vive en una comunidad jesuita, mantiene relación con hermanos suyos de la extinta Compañía y se dedica al estudio. Si repasamos, de la mano de Sebastián, el ritmo de la vida landivariana en Bolonia, podremos legítimamente inferir que contaba con tiempo más que suficiente para leer y para mantener los coloquios a que la vida intelectual le había acostumbrado. Asevera Sebastián (citado por Valdés, 11) que la vida de Landívar en Bolonia “está dicha en dos palabras, orar y estudiar. (...) Salía por la tarde un rato a visitar el Sacramento a alguna iglesia y luego a ver a algunos de sus condesterrados compañeros (...)” Uno de los obligados temas de conversación, seguramente acompañado de lecturas, ha de haber sido el ascenso irrefrenable de las ideas ilustradas, juntamente con los avances de la ciencia y las nuevas manifestaciones artísticas, especialmente musicales. Tampoco ha de haber escapado a la inquietud de aquellos jesuitas el conocimiento de obras literarias de primer orden que se editaron en Europa en la segunda mitad del siglo XVIII. Es decir, el doloroso exilio resultó para los jesuitas una ocasión privilegiada para vivir de cerca el por demás fecundo acontecer cultural de la Europa del XVIII, dedicados siempre a la oración, el estudio y el coloquio.

Aquí me parece obligado recordar, aunque sea brevemente, algunos hechos propios de la ciencia, la filosofía y el arte que ocurrieron en Europa en el XVIII y, especialmente, durante el lapso en que Landívar vivió en Italia. Asimismo, juzgo obligado remitirme al acucioso libro del jesuita Miguel Batllori, *La cultura hispano-italiana de los jesuitas expulsos* (1966). Ciertamente, no es esta la ocasión para entrar a fondo en la densidad de ese volumen. Esa tarea merece insertarse en una investigación que, hasta donde sabemos, no se ha realizado. Me refiero a la génesis de la *Rusticatio Mexicana*, que, a la luz de lo expuesto por Batllori, forma parte de una fecunda etapa de la cultura italiana, protagonizada por los jesuitas españoles, hispanoamericanos y filipinos radicados en la Península a causa de la expulsión ya mencionada. Ciertamente, una indagación genética sobre el texto landivariano requiere hurgar en diversos archivos y aplicar al texto una metodología apropiada para descubrir pistas que iluminen el origen contextual de la *Rusticatio*.

En cuanto al primer aspecto, formulemos siquiera un recuento que ayude a situar algunos parámetros y a suscitar algunas reflexiones:

- Kant vivió entre 1724 y 1804, y su *Crítica de la razón pura* apareció en hora favorable para que Landívar tuviera noticia de ella.
- El físico holandés Cristian Huygens vivió entre 1629 y 1695.
- Roberto Boyle, considerado el padre de la química moderna, vivió entre 1627 y 1691.
- José Black aisló, en 1755, un gas que, con los años, se definiría como anhídrido carbónico.
- En 1744, Georges Priestley aisló el oxígeno.
- En 1766, Henry Cavendish aisló el hidrógeno y pasados pocos años demostró la composición del aire y el agua.
- Laurent de Lavoissier (1743-1794) comprobó que la combustión y la respiración son formas de la oxidación.
- El biólogo Marcel Malpighi (1628-1694) demostró la sexualidad de las plantas y la función de las hojas vegetales como similar a la de los pulmones.
- El físico Jan Swammerdam caracterizó, hacia 1670, la evolución de algunos insectos desde el estado de oruga hasta la madurez y precisó la analogía entre la evolución del renacuajo en rana y el desarrollo del embrión humano.
- Linneo (Carl von Linné, 1707-1778) estableció los reinos animal, vegetal y mineral y creó la nomenclatura biológica al uso.
- Buffon (1707-1788), el máximo exponente de la biología descriptiva, dio a luz, en cuarenta y cuatro volúmenes, su *Historia natural*.
- Jacob Hutton fue el primero en dedicar totalmente sus afanes al estudio científico de las rocas, con lo cual fundó la Geología.

En el caso de Italia, apuntemos las siguientes informaciones:

- La economía mereció especial atención, como lo prueban los trabajos de Beccaria, Ortes, Genovesi y, en particular, Pietro Verri, milanés (1728-1797), quien fundó la revista *Il Caffé*, principal órgano divulgador, en Italia, de la Ilustración.

- Gian Rinaldi Carlo (1720-1795) sistematizó el estudio monetario y se ocupó de los fenómenos náuticos y astronómicos.
- Beccaria (1738-1794) dejando sus afanes por la Economía, se volcó a los estudios jurídicos, en los cuales destaca todavía hoy. Jurista ilustre fue también Gaetano Filangieri (1753-1788), autor de *La ciencia de la legislación* (1780-1791), magna obra influenciada por D'Alembert, Montesquieu, Mably, Hume, Locke, entre otros pensadores.
- Antonio Genovesi (1713-1769) teorizó sobre el liberalismo económico y fue, en Italia, el primer docente de Política Comercial. Defendió el impulso de las fuentes de producción, impulsó la idea de un sistema escolar apropiado a la realidad donde el educando presumiblemente vivirá, se opuso a la acumulación del dinero y al lujo, condenó el fatalismo y la inercia.
- Giambattista Vasco (1733-1796) defendió la monarquía moderada, propugnó por la redistribución de la propiedad de la tierra y propuso remedios de índole económica contra la mendicidad.
- En Bolonia, pese a las restricciones allí operantes como Estado Pontificio, surgió el Instituto de la Ciencia, donde enseñó el célebre Galvani (1737-1798), contemporáneo de Landívar, como otros de los prohombres citados.

En este breve recuento no debemos olvidar el desarrollo musical. Algunos nombres: Scarlatti falleció en 1725, Vivaldi en 1741; Haendel en 1759; Haydn vivió entre 1732 y 1809, Mozart entre 1756 y 1791. Estos compositores, sumados a otros tantos, como Salieri, contribuyeron a fomentar el desarrollo musical europeo justamente cuando Landívar residía en Bolonia. Por otra parte, es durante el XVIII cuando nace en Nápoles la nueva ópera, donde el recitado y el solo introducen una nueva fisonomía.

De suerte, pues, que aunque Landívar mantenga su visión de criollo-ilustrado, esa visión no es la misma que si hubiera permanecido en Guatemala o en México. Es la visión de un americano, amante de su tierra natal, enriquecido por la inserción en una de las épocas más importantes y agitados de la historia europea. Landívar vive y escribe, usando palabras de Chamorro (XLVI), “seguro de su pertenencia al

grupo étnico territorial americano”. Así pues, estudiar la *Rusticatio* reduciéndose únicamente a las experiencias americanas de Landívar genera un resultado incompleto, parcializado. A los estudios, al desempeño docente, a la observación geográfica y social y demás actividades realizadas en México y Guatemala debe sumarse la estancia en Europa, no solamente por el acceso que allá tuvo Landívar a la cultura del Viejo Continente, sino por otras razones, que pueden concretarse así:

- 1) El destierro favoreció en nuestro autor un proceso de evocación que le hizo decantar, con base en recuerdos y en consultas bibliográficas, las experiencias vividas en Guatemala y México, las cuales le habían proporcionado un conocimiento envidiable de nuestra geografía física y humana. El recuerdo, los lazos con otros jesuitas americanos, sobre todo de México, van fortaleciendo en Landívar el sentimiento de pertenencia a un conglomerado humano que ya no es España, pero que tampoco se identifica con los aborígenes. Estando en el exilio, Landívar afirma, no por un proceso intelectual sino por un mecanismo afectivo, su sentido de pertenencia a una realidad que no es ya la española y tampoco la indígena o la negra. Es decir, su identidad de criollo se acrecienta en Italia al calor de la evocación y estimulada por la nostalgia. Otros jesuitas expulsos definen también su identidad contextualizada por Europa, como se infiere de esta frase colocada por Clavigero con relación a su *Historia antigua de México*, preparada en el exilio: “Emprendí esta obra por servir en lo que pudiese a mi patria, y por divertir honestamente el ocio desabrido de mi destierro” (Valdés, 12, en cita tomada de una carta dirigida por Clavigero al historiador Mariano Fernández de Echeverría y Veytia, y que figura en el prólogo de la citada *Historia*). Por demás elocuente es la construcción “mi patria”, que muestra claramente cuáles eran las raíces nativas que reconocían como suyas Clavigero y compañeros de destierro. En este sentido, Batllori trae a cuento la forma como el jesuita Viscardo llama a aquellos jesuitas. Les aplica una construcción quizá más elocuente que la voz “criollo”; los denomina “españoles americanos” (Batllori, 578), y agrega Batllori que “no eran ya

españoles puros ni todavía americanos puros: representan una fase regionalista prenatal, en la que la nostalgia de desterrados representó el papel que el romanticismo histórico había de ejercer en las situaciones similares que en Europa conocerán, más de un siglo después, los Estados faltos de homogeneidad etnográfica y lingüística”. Desde luego, este apunte de Batllori abre perspectivas novedosas para el estudio de la vida de Landívar en su etapa italiana y para un enfoque histórico-cultural de la *Rusticatio*.

- 2) Con base en este enfoque, cabe afirmar que Landívar se marchó de la tierra natal con una identidad criolla ajustada a los condicionantes propios de las regiones en donde había vivido hasta entonces. Pero, en plena madurez, a los treinta y cinco años de edad, se ve forzado a instalarse en un medio muy distinto del americano, un medio en donde no eran extrañas las actitudes de menosprecio u hostilidad hacia América. Fue en medio de esos nuevos factores y, como hemos dicho, al calor de la nostalgia y del amor patrio, donde Landívar acabó de configurar su índole de criollo, no tanto como fruto de un proceso de análisis racional, sino como resultado de un proceso de progresiva construcción de una identidad que lo definiera y lo singularizara frente al contexto europeo. Se trata de una operación síquica nada extraña, sino muy común: una persona, al verse compelida a abandonar su tierra nativa, puede, *grosso modo*, adoptar una de dos actitudes: asimilarse a la cultura del sitio adonde se ha trasladado o acrecentar su identidad frente a los retos de una sociedad extraña a la suya original.
- 3) Por lo tanto, la identidad criolla de Landívar es muy diferente de la de aquellos criollos que desarrollaron su personalidad insertados en tierras americanas. En este sentido, el factor económico asume un papel relevante, porque nuestro autor, a diferencia de la elite criolla de Guatemala, no tenía intereses territoriales o financieros que defender. Por el contrario, renunció a sus posesiones, según testamento cuya transcripción debemos al eminente historiador guatemalteco José Joaquín Pardo (*El Imparcial*, 23-10-1931).

Así pues, el caso de Landívar, y el de los otros jesuitas expulsados, es peculiar, y se sale del proceso de consolidación de la identidad criolla experimentado por los criollos residentes en tierras americanas. Pero hay otra peculiaridad muy digna de ser subrayada, y a la cual, hasta donde sabemos, ningún estudioso landivariano se ha referido. Esa peculiaridad cabe caracterizarla así:

Landívar, y el resto de jesuitas desterrados en Italia (y en otras tierras), no se dejaron dominar por el trauma del exilio, por la nostalgia de la tierra nativa, ni se sumieron en actitudes apáticas, ni dieron muestras de amargura, ni cayeron en el ocio y/o el desinterés respecto de lo que podríamos llamar sus “especialidades profesionales”. No. Muy por el contrario, este numeroso conglomerado de compañeros de Ignacio y seguidores de Jesús prosiguieron intensamente sus labores académicas; y quizá con más empeño —si cabe— de cara al reto de un contexto europeo más bien negativo respecto de lo americano.

En esta actitud creemos ver, por una parte, el optimismo y la laboriosidad propios de los verdaderos discípulos de Cristo, y por otra, la concreción del “Magis”, esa divisa ignaciana que impulsa no solo a buscar la excelencia, sino a entregar lo mejor de sí mismo en aras de la vocación personal y de las aptitudes recibidas de Dios. En esta perspectiva, la *Rusticatio Mexicana* se nos aparece como: a) el fruto del empeño de Landívar por reivindicar lo valioso de América sirviéndose de la capacidad de creación literaria; b) un texto preñado de ilusión y de mirada positiva, en el cual el yo poético no se deja abatir por el desencanto o la amargura, sino por el amor al ser humano y a la Creación.

Creo que esta caracterización ayuda a disfrutar, entender y valorar el poema landivariano en una perspectiva fecunda para el creyente cristiano y para el no cristiano, pues revela el esfuerzo, la ilusión y la tenacidad de un varón que no se dejó abatir por la dureza del exilio, sino que hizo de este la catapulta de su excelsa obra.

Existen, entonces, dos etapas en la formación de la identidad criolla landivariana: a) la que se cumplió en México y Guatemala

hasta 1767, y b) la que se cumplió en Italia desde cuando fijó allá su residencia a partir de 1768 (recuérdese que, negado a los jesuitas expulsos el asilo de los Estados Pontificios, residen en Córcega hasta 1768, cuando son desterrados de la isla y logran acogida en Génova. Un grupo de ellos se traslada a Bolonia). En todo caso, la *Rusticatio Mexicana* no hubiera existido sin el exilio y sin los condicionamientos e influjos de la cultura europea y de los colegas jesuitas de Landívar desterrados como él.

En cuanto al aporte de Landívar a la configuración del imaginario criollo, creo que Mata Gavidia, Valdés, Lucrecia Méndez de Penedo y yo mismo hemos demostrado que la ideología que nutre la RM revela una mentalidad por demás criolla. De singular valor en el enfoque de este tema nos parece un estudio reciente de la citada colega Méndez de Penedo, (2002), el cual ilumina aún más la figura de Landívar como un criollo *sui generis*. En todo caso, respecto de la índole criolla de Landívar, Higgins desconoce, pues no lo cita ni una sola vez, el excelente libro de Saint-Lu llamado *Condición colonial y conciencia criolla (1524-1821)* (1978), publicado primeramente en París en 1970 y cuya versión al español se editó en Guatemala en 1977. Las páginas 130 a 135 de ese libro se dedican a la RM, pero todo él es una fuente de consulta indispensable para ocuparse con propiedad del tema del criollo en Guatemala.

Ahora bien, ese aporte landivariano a la construcción del imaginario criollo es débil, porque, por los factores ya expuestos, su obra no se insertó en el proceso de esa formación, a diferencia de las obras y/o la docencia de personas como Goicoechea, Esparragosa, Matías de Córdova, García Goyena, Valle, Molina.

En cuanto a las interesantes reflexiones formuladas por Higgins, ocurre que este distinguido estudioso toma poco en cuenta dos temas esenciales para ocuparse de la *Rusticatio*: a) los años pasados por Landívar en Guatemala; b) la génesis de la RM en suelo italiano, al calor de la nostalgia y del amor patrio, como criollo-exiliado, que desde la distancia evoca la tierra americana y canta aspectos esenciales de ella, a la cual defiende con las armas que sabía manejar: las letras, contra el menosprecio hacia lo americano profesado por autores como Buffon.

4. Los componentes económicos de la *Rusticatio*

Una de las discusiones más frecuentes entre los estudiosos de Landívar consiste en tratar de identificar los referentes específicos de la obra, es decir, cuáles asuntos provienen de territorio mexicano y cuáles de territorio guatemalteco o centroamericano en general. Esta discusión puede resultar ociosa a menos que se dirija, bien a caracterizar y valorar el tratamiento estético otorgado por el autor a esos referentes, bien a profundizar los condicionamientos culturales de la obra con base en su contexto histórico y en la extracción social de Landívar, o sea en su carácter de criollo. Pero también cabe considerar esta discusión como una manera de esclarecer las condiciones ambientales, económicas y culturales donde Landívar creció y se formó.

El poema se refiere a una vasta zona geográfica que abarca todo lo que hoy es México, Guatemala, parte del área centroamericana; pero esos asuntos geográficos resultan representativos de realidades comunes a toda América. Ahora bien: no cabe duda de que Landívar profesaba un amor entrañable a su ciudad natal, como lo demuestran el poema “A la ciudad de Guatemala”, texto que sirve de pórtico a la *Rusticatio*, y una apreciable cantidad de versos del Libro Tercero. Este Libro contiene, además, el elogio de las Cataratas de San Pedro Mártir, que aunque disminuidas todavía existen, y que se localizan en la bocacosta sur de Guatemala.

Sin embargo, ha de tenerse en cuenta que para un hombre del siglo XVIII, como lo era Landívar, no existía la noción de un país llamado Guatemala, carecía de la noción de un Estado guatemalteco. Este hecho afecta no solo a nuestro poeta sino a cualquier habitante de los países europeos y americanos del siglo XVIII, por cuanto el concepto de los parámetros sociogeográficos era muy diferente del actual. Fue justamente durante la etapa final de la vida de Landívar cuando comenzó a vigorizarse el concepto de “nación-estado”, que se fue plasmando lentamente, conforme se descomponían los imperios existentes. Alemania, por ejemplo, no se conformó como Estado sino en la segunda mitad del siglo XIX, y lo mismo ocurrió, por citar otro caso, con Italia. Incluso hubo naciones pequeñas, como Eslovaquia o como Lituania, que no obtuvieron la configuración de Estados hasta

el término de la Primera Guerra Mundial (1918). Pero, aun entonces, ciertos pueblos no lograron figurar como Estados; Eslovaquia, por citar un caso, se vio forzada a unirse con el pueblo checo, para integrar un Estado, Checoslovaquia, que pretendía fusionar dos pueblos sustancialmente distintos. Este proceso formativo se estancó, en lo relativo a ciertas regiones europeas, a causa de la formación de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas y de la redistribución sociogeográfica generada por la Segunda Guerra Mundial. En verdad, aquel proceso se reactivó y se aceleró en la última década del siglo XX, una vez que se derrumbó la URSS.

De suerte que para un criollo, como Landívar, su percepción era, en primer lugar, de pertenencia a la ciudad en donde nació; luego, a la circunscripción sociopolítica más cercana, a la cual pertenecía la mencionada ciudad; en este caso, primeramente el Reino de Guatemala, y luego, el Virreinato de la Nueva España, en cuya jurisdicción figuraba el Reino. Pero, a la vez, un criollo como Landívar se identificaba con España, nombre que en aquellos tiempos rebasaba los actuales límites de ese país, y abarcaba todos los territorios sometidos a la jurisdicción de la Corona hispana.

Esta consideración atañe a lo que llamaríamos “la percepción subjetiva del autor”; pero, desde un punto de vista objetivo, tiene que ver con los asuntos de los cuales se sirve Landívar en su magistral poema, y gran parte de los asuntos tratados en la *Rusticatio*, sobre todo los de índole económica, corresponden al territorio de lo que hoy es México. El autor lo confiesa en el “Monitum”: “(...) casi todo lo en él (se refiere al poema) recogido hace referencia a los campos Mexicanos”.

¿Cómo explicarse, entonces, la presencia de “Guatemala”? Este nombre podía referirse a dos realidades sociogeográficas: a) la ciudad de Santiago de los Caballeros de Guatemala; b) el Reino de Guatemala, o sea Chiapas, Soconusco, Guatemala y los demás países centroamericanos. Más todavía: para un hombre de elevada cultura, como Landívar, el nombre Guatemala se integraba, hemos dicho ya, en una circunscripción mucho mayor: el Virreinato de la Nueva España, cuya capital era la Ciudad de México, y del cual dependía el Reino de Guatemala. Estas consideraciones, así como el conjunto de referentes de la *Rusticatio*, nos llevan a pensar que Landívar no

concibió su obra teniendo conciencia de pertenecer a un país llamado Guatemala, sino al Virreinato de la Nueva España. Lo que sí tenía nuestro poeta era una característica muy común antes de que se definieran las nacionalidades en forma estricta. Me refiero al sentido de pertenencia a la ciudad natal, un sentido que, según afirmamos antes, se manifiesta con vigor en el poema landivariano.

Hay una reflexión más, cuya trascendencia resulta esencial en cuanto a la estima del poema landivariano como emblema de Guatemala: hasta ahora se ha leído la *Rusticatio Mexicana* desde la perspectiva del proyecto de nación guatemalteca, propio de la modernidad. Hoy, en plena Posmodernidad, la leemos dentro de un contexto de ‘desterritorialización’, característico de una época en donde las fronteras nacionales se van diluyendo como parte de un proceso cada vez más intenso de globalización. Así pues, una lectura ‘actualizada’ de esta obra, junto con una desapasionada identificación geográfica y económica de sus contenidos, conduce a verla más como un emblema de lo iberoamericano que como un emblema de un país en particular.

4.1. Los referentes económicos guatemaltecos

La *Rusticatio Mexicana* contiene, según hemos mencionado antes, varios Libros centrados en temas económicos. Ellos son el Quinto, ‘*El Añil*’; el Séptimo, ‘*Las Minas de Plata y de Oro*’; el Octavo, ‘*Beneficio de la Plata y el Oro*’; el Noveno, ‘*El Azúcar*’; el Décimo, ‘*Los Ganados Mayores*’, y el Undécimo, ‘*Los Ganados Menores*’. En los dos últimos, si bien los referentes contienen temas vinculados con el quehacer económico, comportan una importante carga bucólica, según la tradición inaugurada por los antiguos griegos.

Ahora bien: el referente de las minas tratado por Landívar se identifica más con México que con Guatemala, pero aun otros asuntos, como la cochinilla, el añil, el azúcar mismo, aunque formaban parte de la economía guatemalteca, nos parece que Landívar los relaciona más con sus experiencias mexicanas. Para sustentar esta afirmación, se debe tener en cuenta lo siguiente:

- a) La economía agrícola guatemalteca era sumamente modesta, con excepción del añil.
- b) Guatemala carecía de las riquezas que el subsuelo contenía en otros territorios americanos, como es el caso de México. En Guatemala no había vetas importantes de oro, material que seducía a los conquistadores españoles, y las vetas de plata eran por demás modestas.

En este sentido, resulta sumamente ilustrativa la información de Mac Leod, citada por Lutz (333), según la cual “la economía colonial centroamericana se componía de dos sistemas complementarios: (a) la economía de abastecimiento de ganado y cereales, que formaban la base de la ‘estructura de clases existente,’ y (b) la economía de exportación, que era más dinámica”. Y comenta Lutz: “La economía de exportación, ya fuera de productos minerales (oro y plata) o agrícolas (entre otros, el cacao y el añil) ofrecía a los españoles que dominaban este ramo, perspectivas de gran riqueza pero también el peligro de la ruina total”.

Resulta necesario, para esta parte de nuestro estudio, recurrir al aludido libro *Tierra y sociedad en el Reino de Guatemala* (1977), fruto de indagaciones realizadas en el Archivo General de Indias y de dos fuentes inteligentemente aprovechadas. Una está formada por el conjunto de cartas que los presbíteros seculares y regulares del arzobispado de Guatemala dirigieron, a manera de informes, al arzobispo Pedro Cortés Larraz, quien gobernó entre 1768 y 1779. Esas cartas se inscriben en el contexto de la visita canónica efectuada por este prelado a todo su vasto territorio eclesiástico. Estos documentos forman el legajo 948 del Archivo General de Indias, en la sección correspondiente a la Audiencia de Guatemala. La otra fuente consiste en el fruto de esa visita: uno de los libros fundamentales para conocer la realidad hispanoamericana; nos referimos a una célebre obra cuyo título completo reza así:

“*Descripción geográfico-moral de la diócesis de Goathemala*, hecha por su arzobispo el Ilmo. Sr. Don Pedro Cortés Larraz del Consejo de S. M. En el tiempo y fue desde el día 3 de Noviembre de 1768 hasta el día 1º. de Julio de 1769. Desde el día 22 de Noviembre de 1769 hasta el día 9 de

Febrero de 1770. Y desde el día 6 de Junio hasta el día 29 de Agosto de dho año de 1770”.

Esta invaluable obra fue reeditada en 1958 por la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala, en dos volúmenes, con una introducción de Adrián Recinos. Ciertamente los datos ofrecidos por aquel ilustre arzobispo arrancan justamente en el año siguiente al exilio de Landívar, pero dado el ritmo de la vida social, económica y política de aquel tiempo, se aplican con cabalidad a los años que transcurren entre el nacimiento de nuestro poeta y 1767, año del destierro.

De Solano resume ciertas observaciones que el licenciado Juan Rogel comunicó al emperador Carlos V en 1547:

No existen riquezas mineralógicas sobre las que hacer rápida fortuna y la tierra padece frecuentes ataques, como si tuviese endémica la enfermedad del terremoto. Y a estos inconvenientes —el nerviosismo de la tierra y su esterilidad metalífera— se suma una orografía demasiado dramática, una población indígena reducida y un clima “poco sano”.

Siguiendo a De Solano, quien estudia en detalle el periodo 1768-1772, se obtiene una visión de Guatemala como un territorio que, en época de Landívar, contaba todavía con extensos bosques, lo cual disminuía la cantidad de tierras disponibles para la agricultura, y con un sistema montañoso que dificultaba el acceso a las tierras en cultivo o con posible vocación agraria.

De Solano expone apretadamente una serie de informaciones que cabe aplicar a la época de Landívar:

- a) En 1772 el territorio conocido hoy como Guatemala contaba con 332,000 habitantes: 265,000, indígenas; 50,000 ladinos, y 17,200 blancos. En los años cuando Landívar salió al exilio, en la capital habitaban, según Lutz (1984:13), alrededor de 37,500 personas.
- b) La población rural era abundante y vivía a base de una economía agrícola sumamente débil que generaba una permanente amenaza de subalimentación.

- c) Buena parte de la tierra en cultivo estaba agotada, y ese factor, juntamente con otros, causaba que la población habitara sobre espacios reducidos y escasamente productivos.
- d) La economía dependía del monocultivo: el xiquilite o añil, único producto exportable, el cual hará crisis en el siglo XIX, cuando el país recaerá en el monocultivo de exportación, que girará esta vez en torno al café.

¿Cuál era la situación agropecuaria del territorio guatemalteco en la segunda mitad del siglo XVIII? La respuesta proviene de los documentos ya citados relativos a la visita del arzobispo Cortés Larraz. Los datos respectivos han sido organizados e interpretados por De Solano, McLeod (1980) y Lutz. En esencia, se observa que mayoritariamente los cultivos y la ganadería estaban destinados al mercado interno. Esta situación, vista históricamente, se prolongó por siglos; solamente el ganado se convirtió, desde el siglo XIX, en objeto de comercio con Honduras. Hubo que esperar hasta el siglo XX para que el ganado y sus derivados alcanzaran otros mercados más lejanos. Por lo demás, según hemos apuntado ya, el monocultivo en torno a un producto de exportación ha sido y sigue siendo una señal distintiva de la economía guatemalteca: primero, el añil; después, el café.

En cuanto a cereales, ocupaban lugar prioritario el maíz y el trigo. Este último fue traído por los conquistadores y constituyó un componente esencial en la dieta de peninsulares, criollos y mestizos, por lo cual las zonas trigueras se situaban en las cercanías de núcleos humanos poblados por aquellos tipos de personas. Respecto a las leguminosas, destacaba el frijol. Curiosamente, la producción de garbanzo, una leguminosa tan importante en la dieta del español, manifestó escasa presencia. Respecto del frijol, De Solano (36) juzga que los criollos adoptaron el frijol como equivalente de la habichuela, gracias a lo cual el frijol devino un ingrediente distintivo en la alimentación de los distintos estratos sociales.

De los cultivos de huerta, la patata, que como se sabe llegó a Europa luego del descubrimiento de América, porque es un producto nativo de Suramérica, se cultivaba en la Guatemala del XVIII para la alimentación del sembrador, sin que tuviera mayor presencia en el

mercadeo. De las hortalizas se cultivaban verduras y cebollas, productos que se comerciaban en los mercados de las diferentes localidades.

Los árboles frutales no tuvieron en el XVIII una presencia económica importante, y sus frutos se destinaban al consumo del propio productor o al intercambio en los mercados locales, sin que fuera extraño el hecho de que buen número de árboles frutales crecieran espontáneamente.

El azúcar, el cacao y el tabaco son, como se sabe, productos que proceden de un proceso industrial que puede ser rudimentario o muy tecnificado. En el caso del Reino de Guatemala, el segundo de estos productos manifestó una presencia importante en la economía indígena y también en la de la Colonia, en lo cual se coincide con otras regiones hispanoamericanas. Sin embargo, en el caso de dicho Reino, desde 1681 la Corona prohibió la exportación del cacao, para que no compitiera con el de Guayaquil; fue justamente entonces cuando el añil se alzó como el principal producto de exportación. En el siglo XVIII, por diversas causas, el cacao manifiesta una escasa presencia, cabalmente cuando en Europa se está poniendo de moda el consumo del chocolate, lo cual hubiera incentivado la producción guatemalteca de cacao.

La caña de azúcar es un producto que supuso importantes beneficios económicos para Las Antillas y Brasil, regiones que juntamente con las Indias Holandesas dominaban el mercado mundial del azúcar, a la altura del siglo XVIII. En el corte de la caña y en el trabajo de los trapiches fue esencial la mano de obra indígena o negra. En el caso de Guatemala, las plantaciones y los trapiches de mayor productividad se hallaban dominados por órdenes religiosas: el caso emblemático es el del ingenio San Jerónimo, que hoy corresponde a la cabecera municipal de San Jerónimo Verapaz y alrededores, y que pertenecía a los dominicos. Los para entonces modernos trapiches mecánicos se localizaban solamente en Comalapa, El Chol y Jocotán. Con todo, el azúcar trascendía modestamente los mercados locales, y provenía de una serie de fincas de religiosos, que Luján (91) enumera, con base en su estudio *Agricultura, mercado y sociedad en el Corregimiento del Valle de Guatemala (1670-1780)* (1988) y en el de Pinto Soria llamado *El Valle Central de*

Guatemala (1524-1821). Un análisis del origen histórico-económico del regionalismo en Centroamérica (1988). Citemos la lista ofrecida por Luján (íbidem):

La presencia de la gran hacienda fue en casos aislados notoriamente controlada por las órdenes religiosas. Entre éstas destacaron los dominicos, las grandes haciendas de azúcar de anís (San Juan Amatitlán), Nuestra Señora del Rosario (Petapa), Palencia (al oriente del Valle de Guatemala), y San Jerónimo (en Salamá, Verapaz); Cerro Redondo (al oriente de la Sierra de Canales) y Llano Grande (Cubulco), de ganado y San Juan Bautista Chiché (Quiché), de trigo y maíz. Los jesuitas tuvieron las haciendas de azúcar de la Santísima Trinidad y Nuestra Señora de los Dolores entre Amatitlán y Palín, y siembras de trigo y maíz en la Sierra de Canales. Los agustinos fueron dueños de la hacienda de azúcar de San Nicolás, en Petapa, y los mercedarios de La Vega y San Ramón, también de azúcar en Petapa, y de otra hacienda en San Martín Jilotepeque. En estas enormes haciendas, que contaban con muchos indios de repartimiento y numerosos esclavos negros, producían la mayor parte del azúcar que se consumía en Guatemala y en las regiones vecinas, así como amplios hatos de ganado y gran acopio de trigo (que ellos mismos molían) y maíz.

En cuanto al tabaco, precisemos que se cultivaba escasamente, por ejemplo en la mencionada hacienda San Jerónimo.

Respecto de los productos destinados a la alimentación, Lutz ha dedicado a este tema el capítulo XIV de su obra (333-366), basado en diversas fuentes, pero principalmente en Cortés y Larraz. Ese capítulo se denomina “Alimentación de la población urbana: la función de los grupos no pertenecientes a la élite”. Citemos un párrafo de sumo interés respecto del tema que nos ocupa:

La economía regional de ganado y cereales incluía la producción y el abastecimiento de carne, maíz y trigo, aves y ganado menor. Otros productos (gallinas,

marranos, ovejas, manteca, leche, huevos, pescado, sal, azúcar y verduras frescas), también llegaban a la ciudad por manos de los indígenas, españoles y castas. El sistema de abastecimiento del mercado de la ciudad involucraba la participación de personas de todas las condiciones y grupos étnicos. La complejidad del sistema de abastecimiento del mercado fue aumentada por el grado de especializaciones subregionales originada por la distribución irregular de los recursos naturales, clima y topografía. El concepto de “región simbiótica” parece aplicarse al área alrededor de Santiago. La ciudad estaba situada a 1,500 metros sobre el nivel del mar, en tierra templada (granos, verduras y azúcar), pero también se encontraba a la orilla de la boca costa del Pacífico (una región rica en cacao) y cerca de la tierra caliente (una fuente de sal, cacao y otros productos tropicales), en tanto que la tierra fría (madera, leña, carbón, hielo y granos) quedaba a poca distancia. A menos de medio día de camino a pie desde Santiago, productos de diversos climas, como caña de azúcar, manzanas y peras, se podían cultivar. En algunos casos los habitantes de un pueblo sin ningún recurso natural en especial o ventajas tradicionales como oficios artesanales, se especializaron en el abastecimiento de un producto en particular introducido por los españoles y necesario en la ciudad, como la manteca de marrano, o en el transporte como carreteros, o en algún servicio, como panaderos o carniceros.

Respecto de este tema, resulta provechoso consultar el estudio de Luis Luján Muñoz “La Catedral y el Mercado de la Ciudad de Guatemala hacia 1680”, publicado en la revista *Universidad de San Carlos*, número 70, correspondiente a 1967 (85-100).

Volviendo al estudio de Lutz, podemos extraer algunas informaciones útiles para situar el contexto económico de Landívar, y precisar ciertos referentes de suma importancia en la vida cotidiana de Santiago de Guatemala hacia la segunda mitad del siglo XVIII. Una de esas informaciones enfatiza el papel jugado por las “castas”

en el aprovisionamiento de productos alimenticios. Anotemos que muchos estudiosos aplican el término de “castas” a los grupos sociales ajenos a los sectores que podemos llamar fundacionales: indígenas y españoles, así como a los criollos. Se trata de grupos provenientes de la mezcla entre miembros de estos sectores, entre africanos y miembros de estos sectores, entre negros africanos, esclavos o libres, mulatos e indígenas y, finalmente, entre descendientes de estas mezclas, lo que explica la heterogeneidad de la población hispanoamericana y las dificultades que los habitantes de estas tierras encuentran para definir una identidad propia. En cuanto al tema que nos ocupa, Lutz (337) expone que “La falta de oportunidades de empleo libre hizo de la red de mercado de Santiago, una alternativa atractiva para la creciente población de castas, indígenas hispanizados de los barrios periféricos y españoles propios”.

Un producto fundamental en la economía de nuestros países ha sido y sigue siendo el maíz. Lutz (343) apunta que los habitantes de Santiago se encontraban mejor abastecidos de maíz que los habitantes del Valle de México, a causa de la falta de sequías severas y porque no había en el territorio hoy llamado Guatemala otros grandes centros urbanos. De esta forma, las fuentes principales del maíz demandado por la ciudad de Santiago eran los valles ubicados al norte, noroeste y noreste de dicha ciudad.

Sin pretender entrar en detalles que no vienen al caso, sí conviene aprovechar la información de Lutz respecto a la producción de pollos y marranos y sus derivados, satisfactores que provenían de productores indígenas, en tanto que el abastecimiento de carne de res y de carnero era controlada, “al menos nominalmente” dice Lutz, por españoles. Estos datos adquirirán particular importancia cuando, más adelante en este estudio, comentemos las referencias ganaderas que contiene el gran poema landívariano.

Estas reflexiones de índole económica ayudan a entender el estatus socioeconómico de la familia de Landívar, la cual gozaba de una situación privilegiada que se derivaba de la concesión exclusiva que el padre de Landívar disfrutaba, a la cual hemos aludido al inicio del presente estudio. Esto significa, entre otras cosas, que la familia Landívar gozaba de un nivel económico muy acomodado, el cual permitió a nuestro poeta obtener desde muy temprana edad unas

condiciones privilegiadas que le garantizaron la dedicación exclusiva a las tareas académicas. De esta manera, el factor económico aparece como relevante en la consolidación de la personalidad de Landívar como un criollo sumamente ilustrado.

Según se aprecia, los productos agropecuarios de consumo diario generaron un mercadeo por demás importante, aunque, desde luego, nunca alcanzaron el peso de los productos demandados por el mercado exterior, en particular el añil. Se trata, obviamente, de productos prioritarios en la economía doméstica, pero que no merecen a Landívar una atención detenida. Según veremos más adelante, la RM contiene breves pasajes relativos a algunos de aquellos, pero cabe afirmar que en el proceso de “selección y descarte” que, según Benamou (1971), ocurre en la preparación de todo texto, nuestro compatriota prefirió priorizar los temas económicos de gran peso, como el azúcar, las minas, el añil.

Al añil, De Solano (50) lo llama “Producto vertebral sobre el que gira la fama, el prestigio, la riqueza y la economía de Guatemala desde casi los primeros años del siglo XVI hasta la fecha de la Independencia”. Aparte de las ganancias derivadas de la comercialización, hay que tomar en cuenta que el cultivo del añil y su procesamiento necesita una mano de obra numerosa, para lo cual se echaba mano frecuentemente de operarios aborígenes, a pesar de que varias Reales Cédulas prohibieron su utilización.

El algodón y el maguey, ubicados dentro de las fibras textiles vegetales, tampoco manifestaron una presencia económica significativa. Su utilización se reducía al productor y a los ámbitos cercanos a la plantación.

La explotación de los bosques era importante, pero se limitaba a la utilización de la madera en el ámbito local, bien sea para elaborar muebles o imágenes de bulto, bien sea como leña para la cocina. Este último aspecto es el más importante en cuanto a que constituía la fuente de ingresos para un buen número de habitantes. De todas formas, no había la deforestación masiva que se produjo en el siglo XX.

Las fincas destinadas al ganado bovino se encontraban dispersas. Su ubicación hace pensar que la carne vacuna era producto alimenticio

elitista, y la comercialización de ganado en pie se reducía a ferias y acontecimientos similares. El ganado lanar, por su parte, se concentraba en Totonicapán y Quetzaltenango, zonas que eran y siguen siendo centros donde la lana se aprovecha para la producción artesanal de frazadas y otros objetos. En cuanto al ganado porcino, tampoco había una importante producción sistemática; al igual que hoy, abundaba la crianza doméstica de cerdos. Ni el ganado caballar ni el mular constituían materia fundamental de intercambio económico, sino fuentes para contar con medios de transporte o de carga. La avicultura era predominantemente doméstica y se comerciaba en los mercados locales.

Al igual que hoy, la pesca, por diversas razones, no constituía un rubro prominente en la economía del siglo XVIII.

Toda esta información debe compararse con la situación económica que el territorio mexicano poseía en el siglo XVIII.

4.2. La economía mexicana en tiempos de Landívar

Una primera reflexión nos conduce a recordar que Nueva España constituyó la colonia española más rica y más poblada. En cuanto al número de habitantes, datos de 1760 revelan un número de pobladores que oscilaba entre dos y tres millones y medio de personas, y a finales de la Colonia ese número sobrepasaba los seis millones.

Desde el punto de vista económico, M. Hernández Sánchez-Barba (Vicens Vives, 1961, 439, *passim*) registra cuatro rubros básicos: minería, agricultura, ganadería, comercio. Los dos últimos rubros tuvieron tal grado de desarrollo que, cuando terminó el periodo colonial, alcanzaban un peso económico equivalente al valor de la producción minera. El ganado mayor generaba rubros muy importantes para el comercio y la vida cotidiana, como: carne para la alimentación, sebo para el alumbrado, curtidos de cueros para la exportación, lanas para los vestidos...

Pero, por otra parte, a estos datos, el citado autor agrega información de suma importancia para nuestro trabajo: “es preciso incluir aquí otros animales, como la gallina, pavo, cochinilla, gusano de seda y otros que constituyen la base de una industria natural fuerte

y próspera; especialmente la de la cochinilla, como elemento tintóreo, y el gusano de seda”. En 1799, según la citada fuente, “se exportaron por Veracruz 45,000 arrobas de cochinillas, por un valor total de 3,200,000 pesos, cultivados en las nopalerías, algunas establecidas en haciendas con más de 50,000 nopales”. Región especialmente dedicada a la cochinilla era la intendencia de Oaxaca. Es cierto que el dato de exportación corresponde a bastantes años después de la permanencia de Landívar en México, pero esa consideración se aminora al tomar en cuenta que la explotación de la cochinilla venía desde tiempos prehispánicos, lo cual nos habla de una arraigada tradición.

Ahora bien: el contacto de Landívar con la realidad económica agrícola se explica en función de las vastas explotaciones agrícolas de la Compañía de Jesús. Como se sabe, la Compañía fue un factor esencial en la economía agrícola de la Colonia. Por ejemplo, datos del Archivo General de México revelan que los jesuitas arribaron a la Nueva España el 23 de septiembre de 1572, y de inmediato se consagraron a dos sectores de actividad: la educación y las misiones. El número y calidad de establecimientos educativos fundados en diversos lugares de México convirtieron a la Compañía de Jesús en la institución educativa más importante de la Nueva España hasta la expulsión de los jesuitas, en 1767. Hay una Real Cédula, emitida por Felipe II en 1579, por la cual las materias de latinidad, retórica, artes y teología impartidas en los más destacados centros educativos jesuitas adquirían validez para graduarse en la Universidad de México. Respecto a las misiones, los jesuitas se regaron por el noroeste de México, y llegaron a contar con misiones en California, en donde, a causa de la expulsión, fueron reemplazados por los franciscanos.

Cada colegio jesuita tenía un administrador general, conocido con el nombre de “Procurador”, que velaba por los asuntos económicos del respectivo plantel. Por otra parte, los colegios poseían haciendas de ganado mayor y menor, así como de labor agrícola, ingenios azucareros, ranchos (en el sentido mexicano de este término), molinos y centros para trasquilar ganado. Gracias a la explotación de estas posesiones, los colegios eran autosuficientes, económicamente hablando, y a la vez, la Compañía fue consolidando y aumentando unos fondos monetarios que le permitían moverse con holgura.

Las misiones se beneficiaban de esos fondos, pues los respectivos provinciales proveían del dinero necesario a los misioneros; pero hubo casos en que las misiones obtuvieron tierras en donde realizaron trabajos agrícolas muy productivos que les permitieron ser autosuficientes.

Los jesuitas llegaron a obtener las tierras aludidas, así como bienes inmuebles, del mismo modo como lo han hecho y lo siguen haciendo: es decir, mediante donativos y, sobre todo, mediante legados de gente piadosa que los ponía como beneficiarios en su testamento.

En realidad, el poder territorial de la Compañía de Jesús formaba parte de un hecho todavía más amplio: la Iglesia, en cuanto institución, era en México la mayor propietaria de explotaciones agrícolas.

En todo caso, las fincas agrícolas jesuitas permitieron a Landívar tomar contacto directo con diversas zonas geográficas mexicanas y conocer, también directamente, los procesos de siembra, cultivo y procesamiento. Aquí conviene recordar que justamente en el siglo XVIII la agricultura mexicana registró un renovado impulso, a causa del empleo de métodos eficaces, de la fortificación de la estructura comercial, que favorecía la exportación, y del aumento del territorio agrícola como consecuencia del aprovechamiento de terrenos baldíos. El incremento de la economía agrícola se manifestó en la Real Hacienda, cuyos ingresos se duplicaron durante los primeros sesenta años del siglo XVIII, y se cuadruplicaron en el resto de aquella centuria, cuando la Real Hacienda percibía de México dos tercios de todo lo recibido desde Hispanoamérica. Así pues, el tesoro real engrosó sus caudales gracias a la prosperidad agrícola de la Nueva España. Estos datos interesan para precisar que Landívar entró en contacto con una economía agrícola por demás floreciente, tal y como se aprecia en su magno poema.

Respecto a los productos agrícolas, Hernández Sánchez-Barba (Vicens Vives, 442, *passim*) apunta que no cabe separar los cultivos de origen hispano de aquellos propiamente nativos, a tal punto que en el siglo XVIII ambos se fusionan en una sola realidad económica. Más bien, añaden dichos especialistas, se deben distinguir los cultivos atendiendo propiamente a su índole económica, es decir, cultivos que constituyen la base de la alimentación, aquellos destinados a

convertirse en materia prima de las industrias, y un tercer sector destinados al comercio.

En el primer grupo predominan, en cuanto a Nueva España y Guatemala se refiere, el maíz, el trigo, el centeno, la cebada, la avena y la patata. La economía regional de ganado y cereales incluía la producción y el abastecimiento de carne, maíz y trigo, aves y ganado menor. Otros productos (gallinas, marranos, ovejas, manteca, queso, leche, huevos, pescado, sal, azúcar y verduras frescas), también llegaban por manos de los indígenas, españoles y castas.

Como cultivos industriales, los autores en cuestión registran los siguientes géneros: caña de azúcar, algodón, vainilla, tabaco y añil. El primero de estos géneros se incrementó notablemente en el tercio final del siglo XVIII, pero ya había tenido, a lo largo de la primera parte de esa centuria, un florecimiento del cual da testimonio Landívar en su obra. Se estima que únicamente por Veracruz salían anualmente alrededor de quinientas mil arrobas de azúcar producida en México, región en donde la mano de obra era indígena y no negra, como en Las Antillas o en buena parte de las explotaciones azucareras de Guatemala. De suerte que, en este sentido, cuando Landívar menciona la mano de obra negra se basa en referentes propios de nuestro país; así ocurre en el Libro Noveno “El Azúcar”, al referirse el poeta a la siembra de la caña: “(...) la turba africana de piel requemada por férvidos soles,/ insigne en sus fuerzas y en rudos trabajos curtida,/ la que tórrida tierra de Libia a nosotros envía/ para cultivar con rastros asiduos los campos melosos, (...)” (vv. 29-32).

En cuanto al algodón, del cual no se ocupa Landívar, se cultivaba ya en la época prehispánica, pero se incrementó notablemente durante la Colonia, a tal punto que en el siglo XVIII no había importadores europeos de algodón que no tuvieran como fuente la producción algodонера de los Estados Unidos y de la América Hispana. Sobresaliente fuente de algodón era México, sobre todo por la calidad del producto. Por su parte, la ganadería constituyó otro factor de riqueza.

Respecto de la minería, los historiadores afirman que ella giró, sobre todo, en torno a la plata, la cual sigue siendo actualmente una de las riquezas naturales más importantes de México. A la llegada de los españoles, de inmediato les sedujo esta riqueza argentífera pues,

como es de todos sabido, los conquistadores preferían el rápido enriquecimiento que no requiriera un mayor esfuerzo personal, como sucede con la agricultura. La explotación minera se dificultó porque gran número de las minas superficiales se habían agotado, por lo que hizo falta realizar excavaciones para construir galerías profundas, tarea nada fácil, en especial por las labores de apuntalamiento y desagüe que se requieren. En la época cuando Landívar residió en México la minería se encontraba en proceso de recuperación, luego de un periodo recesivo que abarcó aproximadamente entre 1680 y 1710. Se sabe que, a la altura de 1760, la producción minera se había triplicado. El número de minas existentes en el Virreinato era aproximadamente de tres mil; las más productivas se localizaban en Guanajuato, Zacatecas y San Luis Potosí. En cuanto al número de trabajadores, superaba los seis mil.

3.2.1. Los cantos ‘económicos’

En la estructura de la *Rusticatio*, aparecen en primer lugar el Libro Cuarto “La Grana y la Púrpura”, y el Quinto, “El Añil”. Ambos atañen a rubros básicos de la economía colonial de México y Guatemala, en particular el Quinto, dado el volumen de producción y exportación del añil en aquellos años. Cualquier libro de historia apunta cómo, al ponerse en boga los colorantes artificiales, la baja en la exportación de esos productos, sobre todo del añil, echó por tierra la coyuntura económica. Recuérdese que, en el caso de Guatemala, hasta mediados del siglo XIX el añil fue el centro de la faena agrícola y la de exportación, habiendo sido reemplazado por el café.

El Libro Cuarto contiene, por otra parte, un conjunto de versos que han merecido poca atención. Me refiero a los versos 12-27, en los cuales el poeta se refiere a la ciudad Oaxaca y a la llanura que la rodea. Este fragmento importa porque, por una parte, revela el ámbito de cultivo y procesamiento de la grana que Landívar tenía en mente, que no era un ámbito guatemalteco; y por otra parte, porque la descripción poética de los campos oaxaqueños (versos 26-27) constituyen una pieza literaria de especial valía estética, según puede apreciarse en el referido fragmento, que dice así:

12-15 La ciudad

Florece con gran esplendor en Hespérido mundo,
emporio de gente, una urbe de bellas mansiones dotada,
insigne en mercados y augusta por templos soberbios;
el valle de Oaxaca le hizo de noble renombre.

16-27 Los campos

Doquiera florida circúndala inmensa llanura
de campos, muy fértil en siembras y rica en terrenos;
allí el aura entremezcla el ardiente calor con el frío
aliviando con cielo benigno al ganado y al hombre.
De flores perenne se adornan hermosos los campos,
y en tanto que un árbol fecundo vestido de frondas
vernantes se encorva rumboso de frutos maduros,
el otro muy cauto te guarda sus frutos aún tiernos.
Por eso verás a los sauces con cresta frondosa elevarse
a los cielos, y tanto se hinchan con vientre fecundo
que inmenso perímetro invaden de tierra en redondo,
tendiéndose el árbol copudo por múltiples codos.

Una vez formulada esta descripción de lugar, el Libro desgrana su contenido de economía agrícola, así:

- El nopal
- Siembra y cultivo del nopal
- La Cochinilla, su modo de ser y costumbres
- Rasgos del macho y de la hembra
- Su forma y figura
- Vida y procreación en el Nopal
- Sus enemigos
- Necesidad de limpieza del plantío
- Necesidad de evitar las inclemencias del tiempo
- La Cochinilla alcanza la adultez en un bimestre
- Reserva de crías para el año siguiente
- El resto es sacrificado
- La Grana bajo la piel de los extintos

- Tal industria es patrimonio de los indios
- Transición a la Púrpura
- La región de Nicoya
- Recolección de la Púrpura en las costas Nicoyanas
- El Caracol se llena de jugo en cuarto creciente
- Extracción de la Púrpura y teñido del hilado
- Descubrimiento de la Púrpura

Dos fragmentos nos parecen relevantes en este conjunto de informaciones sobre la grana y la púrpura. El primero, relativo a la exclusividad reservada a los aborígenes en cuanto a la grana. Leamos unos trozos del respectivo apartado (vv. 188-205):

Mas a fin de que nadie se engañe con este señuelo de lucro,
conozca que el cielo se lo ha reservado a los Indios colonos.

(...)

Empero curtidos soportan los Indios los duros
trabajos, y ni palidecen remisos ante álgidas lluvias,
ni temen a Febo si blande su antorcha encendida.

El otro fragmento es aquel relativo a Nicoya. En cuanto al múrice, o sea el molusco a que se refiere el poeta, no había necesidad de remontarse a remotas zonas de Nicoya para informarse sobre ese tema. Si ubica la explotación de esta especie en la zona de Nicoya, ha de haber sido por dos razones: a) la calidad de la púrpura obtenida de la cochinitilla de aquel lugar; b) el afán de exaltar las excelencias del Reino de Guatemala a la par de las mexicanas, como cabe inferir de los versos 256-260, en los cuales se exalta la calidad del tinte obtenido de aquel molusco:

Con vivo fulgor se abrillantan las sedas teñidas
del tinte, al que nunca maltrata la larga vejez,
ni en cáusticas aguas sumido mordaces lejías lo borran.
Y aún más el vestido, lavado con gélida agua frecuente,
más brilla, y se goza en burlar todo esfuerzo
salvando, muy terco, inmutable su eterno color.

Pasemos al añil. El Libro V consta de 233 versos en los cuales se contiene un tratado agroindustrial referente a este producto,

fundamental en la economía colonial de México y Guatemala. Vale la pena enunciar los apartados en que se divide este Libro:

- Terrenos propicios para la siembra del Añil
- El cultivo de los terrenos
- La siembra
- El cultivo de los sembrados de añil
- La siega

Aquí se inicia una sección específicamente dedicada por Landívar a la elaboración del añil:

Indici opificium:

- Tres estanques absolutamente necesarios
- La elaboración comienza en el estanque mayor
- El agua pasa teñida al segundo estanque
- Batido del agua teñida
- El agua es expulsada del segundo estanque
- Trasiego del cieno al tercer estanque
- Purga final del cieno suspendiéndolo en sacos
- Secaderos al sol
- Vigilancia ante las lluvias repentinas
- Plaga de moscas

Según puede apreciarse, tanto el proceso meramente agrícola como el industrial aparecen cargados de dificultades. En efecto, la siembra, cosecha y beneficio del añil constituían una tarea por demás delicada, que podía verse en grave riesgo por factores imprevistos, como las lluvias repentinas y las plagas de moscas, o la misma pobreza de la planta, a lo cual el poeta se refiere (vv. 63-72):

Mas aunque el sembrado con tanto esplendor lujurioso
florezca, y pulule la tierra velluda de sombra,
no te alegres a ciegas del triunfo, pues largo camino
le espera al colono: la planta que crece primero
del grano, tan módico jugo retiene en su vientre,
que muy pocas veces su fruto repone los gastos pasados.
De aquí que dejando curvar por el grano dorado los tallos,
de seguido con corva segur los cercenan los mozos,

y se dan a limpiar de despojos el triste rastrojo,
esperando por tiempo obligados futura cosecha.

Ahora bien. Ciertamente este Libro se yergue como uno de los pilares de la *Rusticatio*, desde el punto de vista de la economía colonial; pero asimismo reviste peculiar importancia porque desde el inicio de este canto, el poeta se cuida de advertir que se refiere al añil de Guatemala, según se desprende de una nota a pie de página que dice así:

Este Añil llamado Guatemalense (en Español Añil, en Italiano Indaco, en Francés Indigo) porque en las provincias del Reino de Guatemala se cosecha, se estima superior a cualquier otro. Lee, si quieres, en Bomare la palabra Indigo; y en Robertson el tomo 4 de la Historia de América, libro 8.

La ponderación del añil guatemalteco constituye un ingrediente de especial relieve, por cuanto ayuda a explicar la demanda que este producto tenía en los mercados internacionales y, a la vez, pone de manifiesto el celo landivariano por exaltar lo nativo.

Las dificultades relativas a la siembra, cultivo, cosecha y beneficio del añil nos traen a la mente un par de reflexiones. La primera se refiere a la importancia que los productores de añil tenían en la sociedad colonial en virtud de las exigencias que su tarea implicaba. La segunda se refiere a la analogía que creemos encontrar entre añil y café. Por una parte, ya hemos afirmado que el añil constituyó el producto clave de exportación durante la mayor parte de la Colonia y durante las primeras décadas del periodo independentista. Pero, por otra parte, las exigencias del añil, desde la preparación de las tierras hasta la obtención del producto final, nos evocan los cuidados meticulosos que requiere el café, producto que se constituyó en el sucesor del añil como factor primordial de las exportaciones guatemaltecas.

Los datos ya mencionados acerca de la minería explican la importancia concedida por Landívar a este rubro económico: el Libro Séptimo se dedica a tratar sobre “Las minas de oro y de plata”; el Libro Octavo, sobre “Beneficio de la plata y el oro”. Nuestro poeta es consciente de la amplitud del asunto por tratar, y por eso advierte,

en el “Monitum”, “que sería deseable” dedicar más espacio a las minas; aún más: Landívar confiesa que “dar noticias en sus pormenores de tal industria “exigiría un volumen de gran tamaño”.

En el Libro Séptimo aparecen los siguientes contenidos básicos:

- Clases de filones; los filones de las minas y las excavaciones; los apuntalamientos.
- Distribución del trabajo; el trabajo de los mineros para resquebrajar las rocas, las duras condiciones de trabajo y las dificultades a que se enfrenta el laborante.
- Los diversos procedimientos de que se echa mano para extraer los trozos.
- El transporte del mineral.
- La perforación a plomada y la colocación de una noria; frecuentes manantiales; extracción del agua por medio de perforación; extracción del agua con varias norias.
- La entrega de los trozos, por parte de los mineros, al guardián, y el uso que este hace de los pedruscos para socorrer a la gente necesitada.
- El trabajo de los mineros, en horas extras, para recoger trozos de mineral destinados a ellos mismos.
- Los trabajadores que hurtan mineral; la baja índole moral de quienes se dedican al trabajo minero.

Este último subtema reviste singular importancia porque, dado que Landívar se basa, como afirma en el “Monitum”, en lo que vio o en lo referido por testigos sumamente confiables, la referencia a la índole moral de los mineros asume la función de un indicio de especial valor para configurar la composición social del colectivo de los mineros en la época a la cual se refiere el autor. En este sentido, son elocuentes los versos 302-305:

Y es que siempre socava a salario las tales cavernas
la ínfima hez de la plebe, incapaz de aguantar sujeción:
entre estos, sujeta a muy graves y múltiples penas
se oculta tan ímproba gente y trabaja en unión de la plebe.

Y Landívar caracteriza a estos seres marginados de la sociedad: “(...) ladrón por delitos sujeto de infames condenas,/ y crueles sus manos rociadas de sangre (...)”; “aquellos que, rotos los lazos de vida virtuosa, se gozan más bien de habitar en los tétricos antros/ que de dar reverencia sumisos al yugo del sacro deber./ El delito está a salvo, e impune campea allí el crimen (...)”

El Libro Octavo se ocupa más del proceso industrial; por algo se llama “Beneficio de la Plata y el Oro”. Sus contenidos, en forma de sumario, abarcan:

- Desmenuzamiento de los peñascos y pulverización de las piedrecitas.
- Riesgos que corren los mozos molineros.
- Molienda de los granzones y amasadura del polvo mineral.
- Exploración y diagnóstico de la masa; remedio para cuando la masa está fría; remedio para cuando la masa está caliente.
- Nueva amasadura de la amalgama; exploración y diagnóstico de la amalgama.
- El estanque o batidora para separar la plata.
- Nueva purificación de la plata en artesas: purgación de la masa argéntea.
- Modelado de diversas figuras con la maleable plata; endurecimiento de tales figuras.
- Extracción de la plata con agua hirviendo; extracción de la plata por medio de dos hornos; agitación y reposo de la plata.
- Extracción del oro; prueba de la calidad de la plata y el oro; separación del oro mezclado con plata.

En verdad, estos Libros, al igual que el Noveno, “El azúcar”, son muestras cimeras de la destreza y la creatividad landivarianas. ¿Por qué? Porque a lo largo de versos que se deslizan gratamente, y mediante un discurso poético muy sugestivo, el poeta nos informa de asuntos por demás ‘prosaicos’: todas las etapas del proceso de extracción y procesamiento de la plata y del oro; todas las etapas de siembra, cosecha u procesamiento de la caña de azúcar.

Conviene, entonces, citar y comentar unas cuantas muestras que prueban la susodicha maestría de nuestro autor, gracias a la cual otorga la textura de un discurso poético a referentes que, en manos de un tratadista de las materias en cuestión, generaría un discurso erudito y ‘prosaico’.

Vamos primero al Libro VII, y citamos el apartado “Distribución del trabajo” (vv. 112-120):

Mas cuando hacinado el tesoro la turba de nuevo detecta,
se para y excava debajo del monte una magna caverna,
y atenta las cumbres sustenta con vastas pilastras,
no sea que rueden en ruina y perezca aplastado el minero.
El Jefe, prudente, le da a cada cual su tarea al momento:
el uno en su diestra las teas y luz suministra;
aqueste desgarrá a cincel las macizas paredes;
y el otro recorre los trozos que saltan del muro,
y segrega con recto sentido los ricos peñascos.

La traducción de Chamorro, excelente por lo demás, no logra, por la estructura del idioma español, trasladar la elocuencia del original latino. Por ejemplo, el verso 116 es una muestra admirable de concisión y de fluidez sintáctica: “Tunc operam prudens partitur cuique Magister”. La morfosintaxis latina permite a Landívar desentenderse del artículo (inexistente en latín), expresar con concisión el enunciado “le da cada a cada cual su tarea al momento”: “Tunc operam (...) partitur cuique”, así como separar, en aras de la eufonía, el adjetivo “prudens” del sustantivo al cual modifica: “Magister”, y colocar a la forma verbal “partitur” en una posición en la cual no solo cumple una básica función de medida versual, sino que rompe la aliteración formada por las vocales “u” e “i”: “(...) prudens partitur cuique Magister”. Debemos, por otra parte, llamar la atención sobre la voz “magister”, que Chamorro traduce por “jefe” y Valdés por “el que dirige”. Ninguno de los dos logra, en verdad, darnos el sentido contextual del término usado por Landívar. Es cierto que “magister” tiene, entre sus significados, el de “jefe”, pero dada la materia de que el poeta se ocupa, y teniendo en mente la estructura laboral propia de la Colonia, “maestro” alude con justicia no solo al que manda, sino al que, en la escala de saberes, ocupa sitio

prominente. Se trata, ni más ni menos, de la escala medieval que se inicia con el grado de aprendiz y culmina con el de maestro.

En un sitio anterior a los versos citados, se encuentra uno de los más hermosos logros de este Libro. En efecto, el apartado “Necesidad de alumbrarse con teas” (vv. 73-90) brinda al poeta la oportunidad de que la palabra sirva, gracias a su magia poética, para trocar el esfuerzo de los mineros en un juego de luz y sombra, en una estructura progresiva, acorde con el ritmo de los mineros al avanzar en las cavernas, en unas imágenes por demás sugestivas y en una presencia de sobresalientes juegos adjetivales. Leamos esos versos:

Mas para que dicha tarea (localizar los filones y excavarlos) descubra montañas latebras,

profundos desgarrando sudando el obrero los antros,
envuélvense todos en hórrida sombra nocturna,
y senda ninguna aparece a través de las bocas cavadas:
trémulo el pie titubea, ni puede avanzar solo un paso,
y menos siquiera entregarse algún tanto a cualquiera labor.
Es al punto preciso que teas lucientes precedan la obra,
y primero expulsar con sus rayos horribles tinieblas
a fin de que asidua palanca trabaje rasgando la entraña.
Voltéase el humo hacia el techo en volutas pecientas
tiznándolo todo al momento de hollín renegrido:
negrean los muros, el techo y los pisos del antro,
y aquellos mineros en breve negrean en rostro y cuerpo.
¿A qué pues, no obliga la insana pasión de riquezas?
prosiguen la obra, y con teas aquí y por allí colocadas
se adentran por bocas negreantes, y rompen los muros
a golpes y golpes, siguiendo vestigios impresos
de nítida vena a través de los antros y rocas.

Desde luego, la traducción no puede comunicarnos ciertos logros que Landívar plasmó dentro de la peculiar estructura del latín. Por ejemplo, las expresiones “horrendae noctis”, “accensis (...) taedis”, “horrentes (...) tenebras”, “piceo glomeramine fumus”, “nitidae (...) uenae”.

La lectura de la traducción sí nos permite percibir el sentido del ritmo acorde con la faena de los trabajadores. En este sentido, son fundamentales los verbos, por ejemplo: “titubea”, “prosiguen”, “se adentran”, “rompen”.

De este mismo Libro, que al igual que el Octavo constituyen una lección poética de minería y de procesamiento del oro y la plata, vale la pena tomar otra muestra, por demás breve y elocuente. Al referirse al egreso de los mineros, supervisados por un vigilante colocado en la boca de la mina, Landívar expresa (vv. 255-258):

Sacadas las linfas del fondo a las auras de arriba,
a hierro y a fuego el minero so el monte en su esfuerzo
prosigue, y a lomo transportan afuera del antro
los mozos de carga los muchos fragmentos de roca.

No resistimos la tentación de citar en latín este fragmento que constituye otra muestra de las extraordinarias capacidades creadoras de nuestro autor:

In superum lymphis eductis aera fundo,
ignibus, et ferro fossor sub colle labori
insistit, dorsoque ferunt ad montis hiatum
omnia concisae uectores fragmina cautis.

Es grave la tentación de continuar citando trozos ilustres de la *Rusticatio*, con el fin de configurar un análisis estilístico y estructural, pero no es ese el propósito del presente trabajo. En todo caso, una breve incursión en el sentido mencionado aparece en nuestro trabajo de 1982, ya citado (34-43). Asimismo, un escarceo estilístico aparece en la “Introducción” a la edición Chamorro (XLVI-LV). Por lo demás, las ediciones Mata y Valdés contienen muy breves referencias a este aspecto.

Pero aparte de las consideraciones estilísticas y estéticas, debemos fijar la atención en los ingredientes económicos contenidos en los Libros Séptimo, Octavo, Noveno, Décimo y Undécimo. El Séptimo y el Octavo ofrecen una descripción poética relativa a la extracción minera y al procesamiento de los materiales extraídos. De suyo, de acuerdo con los contenidos que antes hemos expuesto, ambas partes de la *Rusticatio* apuntan hacia dos sectores estratégicos de la economía

colonial de la Nueva España. En el Séptimo, se aprecian los procedimientos empíricos empleados en el trabajo subterráneo. En este sentido, se siguen los caminos tradicionales de la explotación minera, un sector económico en el cual la introducción de máquinas no ha alcanzado la importancia que, por ejemplo, tiene el tractor para las faenas agrícolas. Resulta posible cotejar, por citar un caso, los relatos del volumen de cuentos llamado *Sub terra*, del chileno Baldomero Lillo (1867-1923). Ciertamente esos relatos están marcados por el Naturalismo, del cual fue un ferviente seguidor aquel narrador chileno. Sin embargo, al descartar los ingredientes naturalistas se obtiene una imagen del trabajo minero subterráneo bastante parecida a la que ofrece Landívar. La única nota de “modernización” consiste en el empleo de vagones de tracción animal para transportar los trozos de rocas. Landívar coincide con el chileno en cuanto al énfasis puesto por los operarios para arrancar a la tierra sus tesoros. Tomemos, para el caso, los peligros a que según Landívar se enfrenta el minero: posibilidad de que la galería se derrumbe (vv. 91-97); rudo esfuerzo para desgajar la roca con agua y barretas (vv. 121-135); posibilidad de envenenamiento a causa de vapores letales (vv. 136-150); posibilidad de sufrir asfixia a causa del humo procedente del fuego que a veces se usa para dominar la roca (vv. 171-190).

Es cierto que Landívar no carga su texto con el vigor de una “denuncia social”, a la manera de numerosos escritores de las etapas posclásicas; sin embargo, la elocuencia de sus versos, la fluidez de su destreza narrativa, la plasticidad de las imágenes hacen innecesaria cualquier “denuncia”, por cuanto cualquier lector medianamente sensible se percatará de las arduas condiciones de trabajo de los mineros.

El Libro Octavo ofrece una cátedra poética de la etapa industrial, por la cual las piedras son beneficiadas para obtener los preciados minerales. Aun cuando el autor presenta las duras fatigas de los trabajadores, la mayor parte del canto está dedicada a una minuciosa caracterización de las etapas conducentes a la obtención de la plata y el oro. Esta descripción comienza en los versos 20-23 “Desmenuzamiento de los peñascos”, y termina en los versos 268-308 “Prueba de la calidad de la plata y el oro” “Separación del oro

mezclado con plata”. En estos cuarenta versos Landívar caracteriza el trabajo de los que hoy llamaríamos “expertos” o “técnicos de alto nivel”. Así, una vez que ya se cuenta con los minerales, hay un funcionario, al cual Landívar llama *Prepósito*, nombrado por las autoridades reales y que se encarga de evaluar la calidad del oro y de separar la quinta parte destinada a las arcas reales, aparte de reservar para sí mismo un trozo que constituye el pago por su labor; Landívar llama a esta remuneración “digna mercede” o sea “digno estipendio”.

De las minas, Landívar nos traslada a “*El Azúcar*”, título del Libro Noveno. Es muy curioso un fragmento que figura entre los primeros versos de este Libro. Se trata de un trozo que no creemos reductible a una mera condición retórica. Como se sabe, el canon seguido por Landívar en su obra establece que al inicio de cada parte —nuestro autor usa el nombre Libro— se formule una breve caracterización del tema por tratar. A esta parte se acostumbra nombrarla “Proposición”. Pues bien, leamos la “Proposición” del Libro Noveno (vv. 1-7):

De la tierra la entraña opulenta y telúricas joyas ocultas
adame la plebe; que a mí dulces mieles me agrada cuajar
en los moldes de barro; no aquellas que en campos recoge
la abeja Sicania, y esconde afanosa por cóncavos troncos;
sino la que exprime en la prensa el mexica colono
y después bajo el fuego en las pailas de bronce condensa,
y en moldes de arcilla convierte en azúcares blancos.

Por una parte, nos parece por demás sugerente la confesión que Landívar formula en cuanto a su preferencia por lo dulce. Dice el texto latino “*Luteis me dulcia formis/ cogere mella iuuat*”. El dativo “me” resulta por demás elocuente. Pero hay más: en el verso cinco, el poeta identifica la localización de las plantaciones y el beneficiado del azúcar, cuando manifiesta que la miel por él preferida es “la que exprime en la prensa el mexica colono”; en latín: “*sed quae Mexiceus prelis expressa colonus*”. Landívar se goza con lo dulce, y esto sería materia para estudiar las preferencias landivarianas dispersas a lo largo y ancho del poema, lo cual no es materia del presente trabajo. Pero sí lo es esa identificación gentilicia que nos remite a un canto landivariano, el del azúcar, cuyo asunto es identificado por el mismo

autor con el territorio mexicano. Entonces, los Libros de las minas se basan en México; el del azúcar, también, y, como veremos, es obvio que los cantos sobre los ganados tienen también como referente al territorio que hoy llamamos México. Estas consideraciones no deben extrañarnos, a la luz de la información que antes hemos brindado sobre las características económicas del Reino de Guatemala. En cuanto al azúcar, De Solano identifica a la caña de azúcar y a su explotación industrial, como una realidad económica que encontró especial rendimiento no en la tierra caliente de la Guatemala colonial, sino en la zona de clima templado. El autor atribuye este hecho a que la llamada tierra caliente era escasamente poblada.

Recordemos que la producción azucarera de Guatemala era muy inferior a la de México, pero se trata ciertamente de una explotación agrícola e industrial compartida no solo por ambas regiones, sino por otras de América, sobre todo Las Antillas. De suerte que, independientemente de si los referentes azucareros en que se basa Landívar pertenecen a uno u otro país, cabe hablar de que el Libro dedicado al azúcar asume un carácter emblemático respecto de la economía colonial.

Este Libro abarca dos sectores: el de las plantaciones y el de los trapiches. El primero contiene los siguientes apartados:

- Cultivo del campo para la siembra de caña
- La siembra de la caña
- Riego de los sembrados
- Alterna faena de escarda y de riego
- La siega (Aquí se abre un paréntesis de dos apartados en donde el poeta elogia las virtudes del jugo de la caña para quitar la sed, y advierte la necesidad de sembrar en forma alterna la caña, a modo de no agotar las tierras).

El otro sector contiene una descripción del trapiche más ordinario, movido por mulas, una caracterización del trapiche movido por agua, y ambas descripciones se ilustran con dibujos elaborados por el propio poeta. Luego, el autor se ocupa de las siguientes etapas:

- Prensado de la caña, y riesgos de los obreros
- Riesgos de los obreros
- Cocción y depuración del jugo
- El jugo se convierte en miel
- Trasiego y condensación de la miel
- Cuajamiento de la miel en los moldes
- Blanqueamiento del azúcar
- Origen de tal arte
- Secamiento del azúcar al sol
- Nave para secadero del azúcar
- Los astutos tordos (que atrapan trozos de miel endurecida)
- Fabricación de las tortas o panelas; usos y ventajas
- Usos y utilidad de las panelas

Como se ve, Landívar formula un tratado económico-poético que abarca las diversas etapas del proceso agroindustrial azucarero. El poeta sigue la pauta observada al ocuparse de las minas: no deja de lado ningún aspecto importante y le merece especial consideración el trabajo humano. En este sentido, destaca, por su factura estética, por su patetismo y por la sensibilidad que trasunta, el fragmento que va del verso 204 al 214, en el cual se advierte la emoción del testigo:

¡Ay empero de aquel, cuyos dedos acaso la mole mordiese!
 Pues sigue a los dedos la mano, y detrás sigue el brazo,
 y después por el brazo a la zaga completo su cuerpo.
 En tal caso será necesario que tesen en giro las mulas,
 o al punto parar la caída del agua que fluye,
 o mejor a cuchillo cortar su antebrazo apresado,
 a fin de que bárbaro y fiero el trapiche no muele su cuerpo.
 ¡Ay, cuántas veces un miembros tronchado por hado maligno
 transíome de negro dolor condoliendo tal suerte!
 De aquí que convenga, alternando la charla, engañar
 al nocturno sopor, o pasarse la noche en vigilia cantando.

El texto latino contiene recursos varios de especial relieve, y al menos rescatemos a) el hábil empleo de la voz pasiva seguida de conjunción copulativa: “Quippe manus digitos seuitur, sequiturque

lacertus, integrumque dein abducunt bracchia corpus”. b) la personificación de la máquina, mediante el empleo del sustantivo encerrado entre dos adjetivos: “ne fera dente terat crudeli machina corpus”.

Ya antes, en este texto, he manifestado mi reserva en cuanto a clasificar solamente como de índole económica los Cantos X “Los Ganados Mayores” y XII “Los Ganados Menores”. Me parece que, por encima de factores como productividad, rendimiento, beneficio-ganancia, en ellos predomina la caracterización, tierna a veces, vigorosa otras, de la génesis, procreación, cuidado y aprovechamiento del ganado. Con todo, reconozco que en la configuración poética de ambos Libros se imbrica el tratamiento de procesos agropecuarios importantes, si no para la exportación, sí para el consumo diario. En este sentido, conviene recordar los datos aportados por Lutz en cuanto a ganados y carne en general: XXXX 345 y siguientes.

El Libro X, “Los Ganados Mayores”, presenta en los versos 14-25 una panorámica de los predios en donde, asevera el autor, “(...) verás por aquí y por allá sin pastor en los campos/ rebaños errantes con nueva progenie asociados”. ¿Cuáles son los animales que componen esos rebaños? Veamos las subdivisiones enunciadas por el propio Landívar:

- El caballo garañón al frente de su manada
- La doma de los caballos
- Las peleas entre los caballos
- Separación de las manadas
- El asno al frente de la manada de yeguas
- Las peleas del asno con el caballo
- Preparación del asno para semental
- Toros y vacas libres por los campos
- Las novillas recién paridas
- El ordeño
- Marca de los novillos
- Una cáfila de toros y su destino
- La doma de toros
- Los toros montaraces
- Cacería de los toros montaraces

Desde el punto de vista económico, hay una breve alusión carnícola, cuando Landívar apunta que los toros “pingües” se reservan para el matadero (v. 235). Este verso apunta hacia un ingrediente de la dieta colonial, e importa subrayar el adjetivo “pingües”, indicador de la calidad deseada en la res.

En este contexto de una ganadería que llamaríamos “asistemática”, nos parece relevante el trozo dedicado al ordeño, en el cual encontramos la caracterización de un proceso vigente en nuestros días en numerosas propiedades rurales de Hispanoamérica. Se trata del proceso tradicional de permitir al ternero extraer leche de la ubre materna para, enseguida, atarlos a las patas de la vaca y empezar la extracción de la leche. Landívar confiere a la relación entre ambos animales una sensibilidad propia del ser humano, como se aprecia, por ejemplo, en los versos 175-176: “Al punto insistiendo en quejidos él llama a su madre,/ y la amante nutricia con tierno clamor a su prole saluda”. O en el tierno verso 180, que presenta al ternero calmando su hambre: “logra festivo chupar de la madre las lácteas ubres”. Pero, como en otros textos de la *Rusticatio*, el hombre interrumpe, en aras de sus necesidades, aquella relación: el ordeñador extrae de las ubres el “candenti nectare”, el “cándido néctar”. ¿Y para qué? Landívar lo revela con impecable formulación: “fluminaque exundant plenis spumantia labris:/ unde fluit pleno butyri copia cornu,/ totque orbes lactis prelo stridente coacti./: “e inundan los chorros colmando de espuma los bordes: fluye de allí mantequilla con gran cornucopia/ e innúmeras ruedas de leche por prensa estridente cuajada”.

Aparte de este trozo, nos parece de repercusión económica el relativo a la doma de toros, es decir, el proceso por el cual se castra a los toros destinados a convertirse en fuerza para las tareas campestres o para el transporte.

En el Libro Undécimo, además de las ovejas, los carneros, los caprinos, hay 126 versos, de los 449 que integran el Libro, dedicados al ganado porcino: casi una cuarta parte del canto. Enumeremos los apartados que nuestro poeta dedica a los cerdos:

- Predios para el ganado porcino
- Separación de los verracos, de las hembras

- Género de vida y alimentación del ganado porcino
- Ayuntamiento y preñez de las cerdas
- Separación y encierro de la parturienta
- Sacrificio de los lechoncillos débiles
- Juegos de los cerditos
- Destete y separación de machos y hembras
- Castración y separación de sementales
- La ceba o engorde
- La matanza

Esta atención especial a los puercos posee peculiar relieve desde el punto de vista económico, pues ilustra y refuerza la información brindada por los historiadores acerca de la importancia del marrano en la alimentación colonial mesoamericana. En este sentido, hay que subrayar cómo el conjunto de versos consagrados al ganado porcino culminan en “La matanza” (vv. 442-449):

Sin demora, al instante ciñendo puñales los mozos,
mueven el pingüe rebaño, y del gremio a los cerdos raptados
aquél va cortando la suave garganta con duro cuchillo;
el otro hábilmente en calderos profundos las grasas derrite,
o de lomos picados embute según la costumbre fiambres,
mientras tanto la turba restante adereza la sangre cuajada.
Bulle el trabajo, y las mesas soberbias prepara el macelo
con que el dueño opulento recobra con creces los gastos.

Estos ocho versos revelan con densidad poética que no era únicamente la carne lo que el hombre de la Colonia aprovechaba del marrano; figuran también a) la grasa, elemento primordial para los alimentos fritos; b) los embutidos, de evidente ascendencia hispana, entre los cuales, gracias al dato de la “sangre cuajada”, descubrimos la morcilla.

Esta presencia de elementos porcinos apunta hacia uno de los componentes de mayor vigor y permanencia en la dieta de nuestros países. En efecto, diríamos que hoy, más que ayer, la carne, la manteca y los embutidos porcinos asoman como parte sustancial de la cocina hispanoamericana, pese a las prevenciones dictadas por los nutricionistas respecto de los riesgos que el abuso de estos productos puede entrañar para la salud.

En cuanto a la ovejas, se describe, desde luego, el esquila y el subsecuente aprovechamiento de la lana. Los carneros, por su parte, se destinan a la alimentación, al igual que las cabras. En todo caso, los libros de los ganados no solamente nos dejan informaciones muy útiles sobre la economía culinaria colonial, sino que manifiestan una de las pocas irrupciones de Landívar en el ámbito de los productos de consumo cotidiano, los cuales, con excepción del azúcar, quedan fuera de su magno poema, siendo que, según se sabe, el frijol, el maíz, los vegetales, las frutas, circulaban en los mercados comarcales o eran cultivados para el consumo hogareño. Sin embargo, nada expone el poeta acerca de ellos. En cambio, sí apunta con claridad los citados aspectos de los ganados menores y el de la leche vacuna.

El Libro XIII, “Las Aves”, nos remite hacia otros componentes de la dieta alimenticia hispanoamericana. El apartado “Las aves de corral” (vv. 11-25), alude a las gallinas —de origen hispano, apunta Landívar—, le proporcionan “banquetes al pueblo querido” (v 18). Los versos 29-54 caracterizan al pavo, mientras que del verso 55 al 91 se describen dos maneras de cazarlo. La inclusión del pavo nos trae a la mente la importancia de esta ave en la comida popular mexicana. Landívar ha de haber saboreado en aquel país platillos elaborados con la carne de esa ave, y seguramente también en Guatemala, aunque en ella la carne de pavo no ha tenido, ni tiene hoy, un peso alimenticio como el que asume en la cultura culinaria mexicana.

El faisán y la codorniz, aves sumamente apreciadas por los paladares refinados, ocupan también la atención de nuestro poeta. Al faisán lo describe en los versos 92-107, para ocuparse, en los versos 108-117 de la cacería de esta ave, a la cual cabe atrapar, según reza el texto, bien “con lazadas” (v. 108), bien “con golpe fulmíneo de plomo letal” (v. 109), discreto circunloquio para referirse a la cacería por medio de disparos. ¿Y para qué? El poeta responde de inmediato: “si regios manjares deseas poner en las mesas” (v. 110).

Concluamos. Los Libros donde Landívar se refiere a temas económicos no pueden considerarse exclusivos de Guatemala, y tampoco de México, por cuanto aluden a realidades propias de todo el territorio americano. Esto significa, en otras palabras, que los referentes específicamente guatemaltecos son: 1) la ciudad de

Guatemala, presente en el “*Urbi Guatimalae*”, así como en el Libro III “*Cataractae Guatimalenses*”; 2) los volcanes, montañas, bosques y campos propios del Valle de Panchoy, donde se asentaba la Ciudad de Santiago de los Caballeros de Guatemala; 3) las Cataratas de San Pedro Mártir, a las cuales se refiere el autor en el Libro últimamente mencionado. 4) el Libro V, relativo al añil.

4. La *Adhortatio*: amarre ideológico de la *Rusticatio*

La edición definitiva del gran poema landivariano, la de Bolonia, incorpora un “Apéndice” que no figura en la de Módena; Landívar lo denomina “La Cruz de Tepic”. Se trata de una parcela en forma de cruz, que siempre se mantiene floreciente, pese a los cambios de estación: una cruz que, a nuestro juicio, asume una connotación peculiar como representación de la perenne fecundidad de los suelos mesoamericanos. Este Apéndice se cierra con una “Exhortación a la juventud de Mesoamérica”, que abarca 18 versos de relevante significado. En él, nuestro autor invita vivamente a los jóvenes de estas tierras a poner en juego sus aptitudes en función de “ser más”. Leamos la parte sustancial de este valioso texto:

Aprende a estimar ponderando tus tierras feraces;
la riqueza del agro y la excelsa virtud de su clima
explora esforzada, y rastrea con ánimo atento.
Que otro los campos dorados por lumbres de Febo
recorra con ojos incautos, igual que los brutos;
que todo su tiempo consuma indolente en los juegos.
Tú en cambio, entre tanto, de gran agudeza de mente,
librada de viejos sentires, revístete ya de los nuevos,
y sagaz, con el voto de abrir naturales arcanos,
revela, buscando el diversos poder de tu ingenio,
y descubre con grata y sufrida labor tus tesoros.

He aquí, en apretada síntesis, una especie de “manifiesto” que plasma literariamente la ideología de un criollo patriota y de un jesuita ejemplar que pone el énfasis en la divisa ignaciana del “Magis”, que no invita a una vida de molicie, sino más bien reconoce el tesón y el desgaste que implica sacar a luz y aprovechar los tesoros de la tierra

natal. Desconocemos por qué Landívar agregó este “Apéndice” a la edición de Bolonia. ¿Lo tenía preparado ya cuando el poema se publicó en su primera edición? ¿Surgió del numen landivariano como un movimiento del ánimo al contemplar el vasto panorama americanista que había completado con la versión definitiva? Y otra pregunta inquietante: ¿no hay, acaso, quizá extraviados, otros textos que Landívar había destinado a una tercera edición de la obra o que los descartó por equis razón?...

Queden por ahora sin respuesta estas preguntas, y, mejor, abramos la mente y los sentidos a esta exhortación de permanente vitalidad, pero más ahora, cuando la llamada Posmodernidad induce al gusto por lo transitorio, lo desechable, lo superficial, al tiempo que favorece una actitud escéptica, hedonista y egoísta. Que este ‘manifiesto’ landivariano sea promesa de una América en donde la diligencia, el bienestar compartido, la cultura y el saber generalizados sean divisas que unifiquen a nuestros pueblos.

A.M.D.G

Nueva Guatemala de la Asunción, diciembre de 2004

5. Referencias bibliográficas

- Benamou, Michel. *Pour une Nouvelle Pédagogie du Texte Littéraire*, Paris: Librairies Hachette et Larousse, 1979.
- Higgins, Anthony. *Constructing the Criollo Archive*. Purdue University Press, 2000.
- Landívar, Rafael. *Rusticatio Mexicana*. Por los campos de México; segunda edición, primera bilingüe. Prólogo, versión y notas de Octaviano Valdés. México: Editorial Jus, 1965.
- Landívar, Rafael. *Rusticatio Mexicana*; edición bilingüe. Introducción, texto crítico, anotaciones y traducción rítmica al español por Faustino Chamorro; 2ª edición, corregida y aumentada. Guatemala: Universidad Rafael Landívar, 2001.
- Luján, Jorge. *Breve historia contemporánea de Guatemala*; 1ª edición. México: Fondo de Cultura Económica, 1998.
- Lutz, Christopher H. *Historia sociodemográfica de Santiago de Guatemala 1541-1773*. Guatemala: Centro de Investigaciones Regionales de Mesoamérica (CIRMA), 1984.
- Méndez de Penedo, Lucrecia. "Estructura y significado en la Rusticatio Mexicana", *Cultura de Guatemala, Cultura de Guatemala*, Año III, Vol. III, sep./dic. 1982.
- Méndez de Penedo, Lucrecia. "Perfil y función protagónica del sujeto criollo en el discurso poético landivariano", *El discurso colonial: construcción de una diferencia americana*. Editores: Catherine Poupeney Hart y Albino Chacón Gutiérrez. Heredia, Costa Rica: Editorial Universidad Nacional, 2002.
- Pinto Soria, Julio César. *El Valle Central de Guatemala (1524-1821). Un análisis del origen histórico-económico del regionalismo en Centroamérica*. Guatemala: Editorial Universitaria, 1988.
- Saint-Lu, André. *Condición colonial y conciencia criolla en Guatemala (1524-1821)*. Guatemala: Editorial Universitaria, 1978.
- Sapegno, Natalino. *Historia de la literatura italiana*. Barcelona: Editorial Labor, 1964.

Sobre los Autores

Francisco Albizúrez Palma

Licenciado en Letras por la Universidad de San Carlos de Guatemala, doctor en Filología Románica por la Universidad de Madrid. Profesor, investigador, ensayista, narrador, poeta. Ha publicado varios estudios sobre Landívar. Especialista en literatura guatemalteca y centroamericana. Coautor de la *Historia de la Literatura Guatemalteca* y autor de 22 volúmenes de estudios literarios, tres novelas y un poemario. Miembro de Número de la Academia Guatemalteca de la Lengua, Correspondiente de la Real Academia Española.

Antonio Gallo, S.J.

Licenciado en Filosofía por la Universidad Gregoriana de Roma, Licenciado en Teología por el Colegio Máximo S. Cugat de Barcelona, Doctor en Letras por la Universidad de Turín. Su trayectoria académica incluye la docencia universitaria y la investigación en los campos de filosofía, antropología y estética, mucha de la cual ha dedicado específicamente a Guatemala. En la Universidad Rafael Landívar se ha desempeñado como Decano de la Facultad de Humanidades, Vicerrector Académico y Director de Investigaciones, respectivamente. Entre sus libros, fruto de su labor de investigación, están: *Identidad nacional para un modelo de educación no alienante*, *Escultura colonial de Guatemala: evolución estilística de los siglos XVI, XVII y XVIII*, *Los mayas del siglo XVI*, *Manual de Hermenéutica*, *Introducción a los valores*.

Lucrecia Méndez de Penedo

Licenciada en Letras por la Universidad de San Carlos de Guatemala, Doctora en Letras por la Università degli Studi di Siena, Italia. Es investigadora, ensayista, crítica y docente universitaria. Su área de especialidad es la literatura guatemalteca y centroamericana. Ha publicado varios libros, entre ellos: *Cardoza y Aragón, líneas para un perfil*, *Joven narrativa guatemalteca*, *Teatro de Miguel Ángel Asturias*, *Memorie controcorrente: El río*. *Novelas de caballerías di Luis Cardoza y Aragón*, *El hilo del discurso (ensayos)*, *Mujeres que cuentan*. Ha dedicado parte de su labor de investigadora a la figura y obra de Rafael Landívar. En la actualidad sirve cátedras en la Maestría de Literatura Hispanoamericana de la Universidad Rafael Landívar, donde se desempeña como Directora de Posgrados. Es Miembro de Número de la Academia Guatemalteca de la Lengua, Correspondiente de la Real Academia Española.

Stefano Tedeschi

Doctor en Estudios Americanos por la Universidad Roma Tre, donde se graduó con una tesis sobre la recepción de la literatura hispanoamericana en Italia, ahora publicada con el título *All'inseguimento dell'ultima utopia* (2006). En el mismo año publicó un libro sobre Francisco Javier Clavijero, con el título *La riscoperta dell'America* (2006). Actualmente es Profesor Agregado de la cátedra de Lingua e Letterature Ispanoamericane en la Universidad La Sapienza de Roma. Ha publicado numerosos ensayos, sobre Garcilaso el Inca, la literatura del siglo XVIII, la novela histórica mexicana, la literatura indigenista en el Perú en el siglo XIX, la literatura de naufragio, la representación de los aztecas en la literatura.

APÉNDICE

URBI·GUATIMALÆ

RAPHAEL LANDIVAR.

Salve, cara Parens, dulcis Guatimala, salve,
Delicium vitæ; fons, & origo meæ:
Quàm juvat, Alma, tuas animo pervolvere dotes,
Temperiem, fontes, compita, templa, lares.
Jam mihi frondosos videor discernere montes,
Ac jugi virides munere veris agros.
Sæpius in mentem subeunt labentia circum
Flumina, & umbrosis littora tecta comis:
Tum vario cultu penetralia compta domorum,
Plurimaque Idaliis picta vireta rosis.

a 2

Quid

RUSTICATIO
MEXICANA,
SEU
RARIORA QUÆDAM
EX AGRIS MEXICANIS DECERPTA,
ATQUE
IN LIBROS DECEM DISTRIBUTA
A RAPHAELE LANDIVAR.

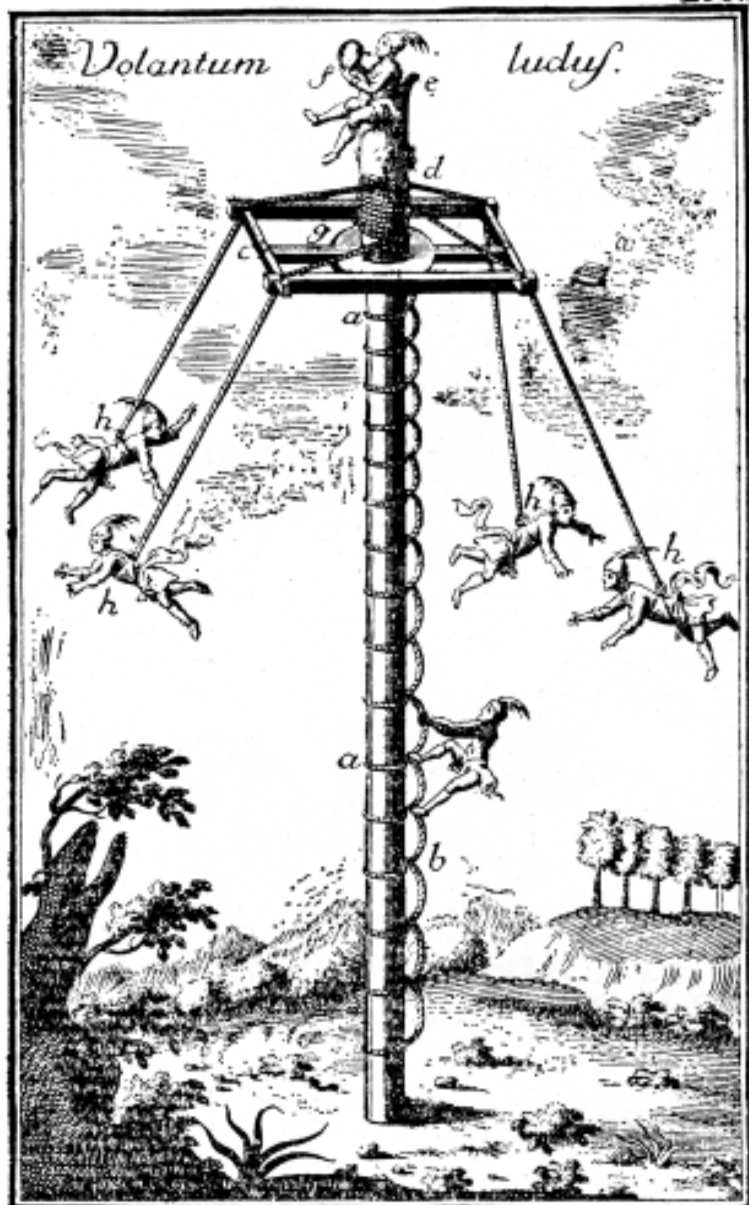
Secreti tacita capior dulcedine ruris:
Quod spectare juvat, placuit deducere verba.
Vanite. Prod. rustici lib. I.



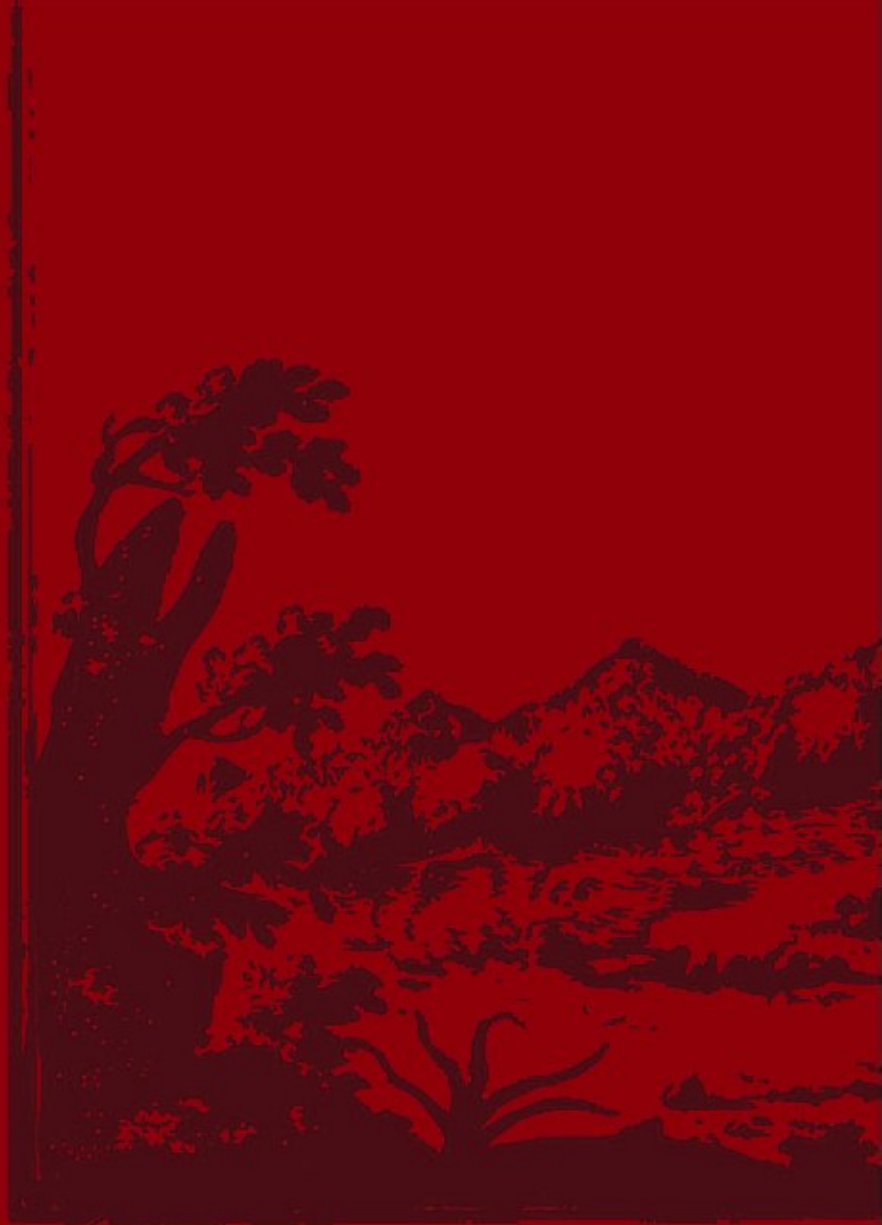
MUTINÆ MDCCLXXXI.

APUD SOCIETATEM TYPOGRAPHICAM.

Superiorum permissu.



Este libro se terminó de imprimir en
el mes de octubre de 2009
los talleres de Ediciones Papiro, S.A.
14 Av. 8-75, zona 1. Guatemala, C. A.
Tel.: 22537250 • info@edipasa.com
500 ejemplares.



Universidad
Rafael Landívar

Tradicón Jesuita en Guatemala